

74808

JUAN COMORERA

EL ABUELO

(LIBRO DEL HOGAR Y DE LA ESCUELA)



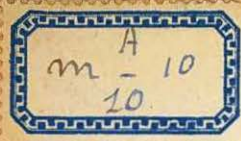
APROBADO POR EL CONSEJO NACIONAL
DE EDUCACIÓN COMO LIBRO DE
LECTURA PARA LOS
GRADOS 5º Y 6º



3.^a EDICIÓN

F. CRESPILO, EDITOR
BOLIVAR 369 - BUENOS AIRES

LL
1926
COM



00013934

EL ABUELO

(LIBRO DEL HOGAR Y DE LA ESCUELA)

51

JUAN COMORERA

O. R.
C. N. de E.

Exp. 2852-B/934

EL ABUELO

(LIBRO DEL HOGAR Y DE LA ESCUELA)

APROBADO POR EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION
COMO LIBRO DE LECTURA PARA LOS GRADOS 5.º Y 6.º

PRÓLOGO DEL DOCTOR

NICOLAS REPETTO

ILUSTRACIONES DE

MIGUEL RAHOLA

3.ª EDICIÓN

30408

z

F. CRESPILO, EDITOR

BOLIVAR 369, BUENOS AIRES



Biblioteca Nacional de Maestros

Reservados los derechos.
Hecho el depósito de ley.



*A mi hijita Nuri,
la Bienamada.*

El nacionalismo verdadero
no se fecunda con frases hue-
ras o sin sentido positivo, sino
con estudio, con trabajo, con
abnegación.

“LA PRENSA”

Septiembre 25 de 1926.

PRÓLOGO

(DE LA PRIMERA EDICIÓN)

Las condiciones de escritor y periodista que adornan al autor de este libro no necesitan ser encomiadas. De ellas ha dado muchas y muy elocuentes pruebas en su labor tan variada como fecunda, destacándose entre ésta el libro tan sesudo como macizo que editara hace pocos años en España con este sugestivo título: “La trágica ignorancia española”. En esa obra Comorera define, con rasgos acentuados y propios, su personalidad intelectual, dejándola consagrada como riguroso analista y escritor medular.

Este nuevo libro, cuyo prólogo nos ha confiado gentilmente el autor, no pertenece, sin duda, al género del anterior, pero es tan hondo en sentimiento como éste y revela el mismo interés por la infancia alegre, sana de cuerpo y vigorosa de espíritu, que mientras vive y se desarrolla mira e interpreta la vida dejándose guiar, suave y hábilmente, por una inteligencia despierta y libre.

No se trata, como podría inferirse de las palabras que anteceden, de un libro de lectura para niños. Es un libro que leerán con interés y deleite tanto los niños como los adultos y los adolescentes, pero que aprovechará de preferencia a la niñez que por su edad se halla ya en estado de comprender o, mejor, de intuir, los grandes problemas que le esperan en la vida. En este sentido el libro puede ser considerado como una introducción al conocimiento razonado de las primeras cuestiones que se plantean a los niños ya grandes.

Dentro de su conocida sobriedad y corrección de estilo, el autor desarrolla, en capítulos breves, el inteligente y bien meditado plan de su obra. La primera parte del libro la consagra a la escuela, "segundo hogar y faro que irradia haces de luz sobre la inteligencia de los niños". Se asiste en esta parte a las vísperas escolares y al primer día de clase; se traba relación con los maestros, a cuyo trabajo debe corresponder el trabajo de los niños; se enseña a amar al país a través de los niños, porque "los niños son los forjadores del mañana"; se describen los distintos caracteres de los niños, sus temperamentos, sus instintos y hasta ciertas taras hereditarias, y se asiste a la aparición de El Abuelo, interesante personaje que habiendo perdido su hogar, levanta otro, abierto a todos los niños. "El Abuelo conocía a todos los niños de la ciudad: vivía con, por y para los niños".

Una vez que el autor ha descrito el medio escolar y lo ha animado con sus personajes más descollantes, desarrolla en cinco partes realmen-

te notables los principios modernos de la educación cívica, física, intelectual, técnica, moral y estética, coronando el libro con una magnífica evocación del hogar del porvenir, organizado de acuerdo con nuevos conceptos de justicia e inteligentes principios de solidaridad. Sería muy largo hacer un análisis de estos capítulos, pero merecen señalarse sus aspectos más salientes, sea por la oportunidad de los temas escogidos como por la originalidad y el acierto con que ha sabido tratarlos el autor.

El tema de la educación cívica, puesto hábilmente a cargo de El Abuelo, permite al autor trazar un hermoso cuadro de la actividad comercial del puerto de Buenos Aires y anticipar la visión del fantástico engrandecimiento de nuestro país por la obra de sus hijos y la valiosa cooperación de los extranjeros. Nos muestra, también, los rasgos dominantes del argentino del porvenir, "síntesis de todas las razas del mundo fundidas en el crisol del trabajo". En un estilo noble y sobrio y sin incurrir en exageraciones que pudieran dar a su libro un carácter tendencioso, Comorera ofrece a la mente ávida de los niños nociones claras y adecuadas acerca del sufragio, el voto venal, la justicia y las fietsas del 10. y del 25 de Mayo. La fiesta del trabajo debería ser, según el autor, tan vieja como la humanidad, puesto que trabajar es la ley eterna de los hombres. La tierra es una en su variedad; los hombres son hermanos en su dispersión, en sus diversos colores y nacionalidades. Y después del himno del trabajo, el de la libertad, que está escrito en todos los corazones argentinos.

Sus estrofas se forman espontáneamente, vigorosas, heroicas...

La parte consagrada a la educación física está destinada casi toda ella a despertar en los jóvenes la repulsión por los deportes violentos y muy especialmente por el pugilismo. Para realizar su propósito relata el autor hermosas fábulas e historietas en las que se demuestra la superioridad de la inteligencia sobre la fuerza y las ventajas de una educación basada en la solidaridad y el amor. Los hombres, dice, no son fieras cavernarias prontas a herir y matar. "El hombre quiere al hombre y espera su confianza para confiar en él."

En la parte dedicada a la educación intelectual y técnica, el autor levanta la mente y el corazón del niño a las más nobles regiones del pensamiento y de la idealidad. Entona un hermoso himno a las bellezas, a las riquezas y a la bondad de la tierra, en la que viven y se reproducen todos los seres, desde el germen invisible hasta los animales mastodónticos, reservando su hostilidad para los que la desprecian. Describe el tipo del héroe moderno, que sacrifica impávido su salud y su vida al bienestar de los demás, y simboliza en el avión, que asciende hacia las regiones de lo sutil y del silencio, el insaciable deseo de aprender y elevarse que devora a los hombres.

El autor contribuye a la educación moral de sus lectores explotando con aquilatado ingenio muchos y muy corrientes episodios del hogar, de la escuela y de la calle. Explica el dolor de madre, "corazón sensible a todos los dolores", señalando

el episodio callejero que diezma día a día tantos niños proletarios. Muestra cuán implacables son las tribulaciones de la codicia, cuán vana es la ilusión de los que pretenden hacer desaparecer la pobreza por medio de favores personales, y hace desfilar a los “súbditos de la miseria” ante los favorecidos de los bienes de la tierra, sin que la tristeza ambiente sea capaz de aminorar un ápice el gozo del despilfarro. Y nos habla de la crueldad inútil que usan los hombres y los niños, del pájaro restituído a la libertad, de la risa callejera provocada por la desdicha ajena, y nos hace meditar ante el caballo viejo que muere en la calle reventado por una carga superior a sus fuerzas!

Al establecer los elementos esenciales de una verdadera educación estética, hace notar el autor, con mucho acierto, que la belleza no está precisamente en los museos, los que sólo encierran copias de ella. La belleza está en la vida misma, y puede ser sorprendida y admirada en todas partes: en la calle y en el campo, en los hombres y en las cosas. Combinado a la ciencia, el arte ha gobernado y guiado a los hombres desde las tinieblas primeras a las auroras modernas. Cada hogar debería ser una obra de arte y un nido de confort, y mientras a nuestro lado, en el hogar vecino, moren la fealdad, el desaseo y la tristeza, nosotros no podremos gozar de alegría entera ni de belleza sin mancha. “Y mientras la ciencia y el arte no estén en todos y sean de todos, no habrá justicia”.

En la parte última asiste el lector a la terminación del año escolar. Con la cara pálida afrontan los niños la prueba final y se dispersan

luego en bullicioso enjambre. Ante la puerta cerrada de la Madre Escuela, nadie podrá pasar de largo, indiferente, pues su acción está en nuestro cerebro y en nuestro corazón. El Abuelo dice su dolor, que tiene sus raíces en la ignorancia y la injusticia, en la superstición y el egoísmo, en la miseria y el vicio que aun no ha conseguido desterrar la escuela. Y la mayor tragedia es la del niño que pierde sus virtudes, que se marchita en el hogar desventurado, porque "los niños son las flores del hogar y el porvenir del mundo". Cierra la obra una magnífica evocación del campo — donde los niños pasan las vacaciones —, que el autor desearía ver fundido a la ciudad en una estrecha solidaridad de intereses y sentimientos.

Por las referencias que anteceden es fácil percibir que Comorera no ha acometido ni llevado a cabo una obra fácil. La feliz elección de los temas, la adecuada amplitud de criterio con que han sido tratados, la ausencia de todo sectarismo y el estilo sencillo y noble que campea en todas sus páginas, hacen de este libro una obra original destinada a tener muchos lectores y a prestar grandes servicios a la educación y orientación moderna de nuestros adolescentes.

Nicolás Repetto.

Buenos Aires, febrero de 1926.

PRIMERA PARTE

LA ESCUELA

En vísperas del año escolar

Millares y millares de niños inquietos se disponen, unos a comenzar la vida escolar, otros a reanudarla.

Aquéllos, los más chiquitos, esperan temblando el gran día, el primero de una carrera que los hará ciudadanos útiles a su patria y a sí mismos.

Los otros, veteranos ya en las hermosas lides escolares, se preparan con más confianza y, si son buenos e inteligentes, con grandísima alegría.

Estos saben que la escuela es su segundo hogar. Saben que a sus padres deben el ser, el sustento y el amor sublime cuyo delicioso recuerdo les ayudará mañana, cuando sean hombres, a amar y les hará dignos de ser amados. Y saben, también, que a la escuela deberán la vida noble del hombre: que la escuela forma su inteligencia, educándola para el trabajo útil y agradable, despierta y pule paso a paso sus sentimientos, cuida del desarrollo de su cuerpo, queriéndolo fuerte y hermoso.

La escuela es la ardiente fragua que forja y moldea la Argentina de mañana... La Argentina que será en vuestras manos más inteligente, más libre, más rica en hombres y cosas, en ideas y sentimientos, si en estas vísperas escolares pensáis en ella con cariño y prometéis ser obedientes, estudiosos, fraternales camaradas, alegres sin grosería; si prometéis compartir el amor a vuestra madre con el amor a la escuela y a los maestros, bondadosos padres de vuestra inteligencia y de vuestro corazón.

¡Femenino es el nombre de la escuela, como el de una madre!

¿Qué niño no ama a su madre, a la mujer santa que le dió el ser y cuya vida es toda ella de su hijo?

¿Qué niño no amará la escuela, sabiendo que ella es su segunda madre?

Primer día de clase

¡Es el primer día de clase!

¡Día de fiebre, en millares de cabecitas infantiles; de alegría, en el corazón de sus padres; de esperanza, en la mente de sus maestros!

¡La escuela abre las puertas, ansiosa de revivir su gloriosa vida de colmena humana!

A hora temprana despiertan de inquieto sueño los niños en edad escolar. Y un mismo pensamiento, uniforme preocupación, abrillantan los ojos del niño que pena en la modestia del hogar pobre y de aquél que se despereza en la abundante blancura de un rico hogar.

¡Pensamientos y sentimientos puros, no dislocados aún por la experiencia de una vida injusta!

Como si en las almas infantiles, almitas blancas, se reflejara con igual fuerza esta conmovedora y sencilla escena... del padre que antes de ir al trabajo besa a su hijo y le dice, con palabra ingenua y profunda:

—¡Ama la escuela, hijo mío!... Por ti trabajo,

para darte el pan de cada día, el techo que guarda tu preciosa salud de la intemperie, el cariño que te es a ti tan necesario como el agua a la flor. No quiero más que tu amor, ni más recompensa que tu felicidad de hombre y de ciudadano. En ti reposan todas mis esperanzas y alegrías. Y seré el más feliz de los hombres si mañana, cuando los años me doblen hacia la madre tierra, y mi mano temblorosa necesite el apoyo de vigoroso brazo juvenil, y mis energías agotadas me fuercen al descanso: te veo a mi lado, hijo mío, grande, hermoso, sano, inteligente, buen ciudadano, honrando a la Argentina con tu trabajo.

Y de la madre, que lo toma en brazos, lo besa y le habla con esa voz amorosa y suave sólo de las madres conocida:

—¡Ama la escuela, hijo mío!... Aprovecha el tiempo y no me causes penas inútiles. ¿Quieres a tu mamita?... ¿La quieres contenta y feliz? Sé bueno y estudioso, que nunca, nunca, vengan a decirme: “¡Su hijo es un ignorante, un niño mal aplicado!”, porque de tanto llorar me moriría de pena... Anda, hijo mío, anda a la escuela y piensa, al estudiar, al hacer tus deberes, al escuchar las grandes palabras del maestro: que el corazón de mamita estará a tu lado para latir gozoso si el hijo de sus entrañas se porta bien, para llorar de dolor y de vergüenza si se porta mal!...

El faro

¿Qué niño bueno puede desoír tan justas y dulces palabras? ¿Qué corazón de fiera no tendría un niño sordo al sacrificio de su padre, insensible al dolor de su madre?

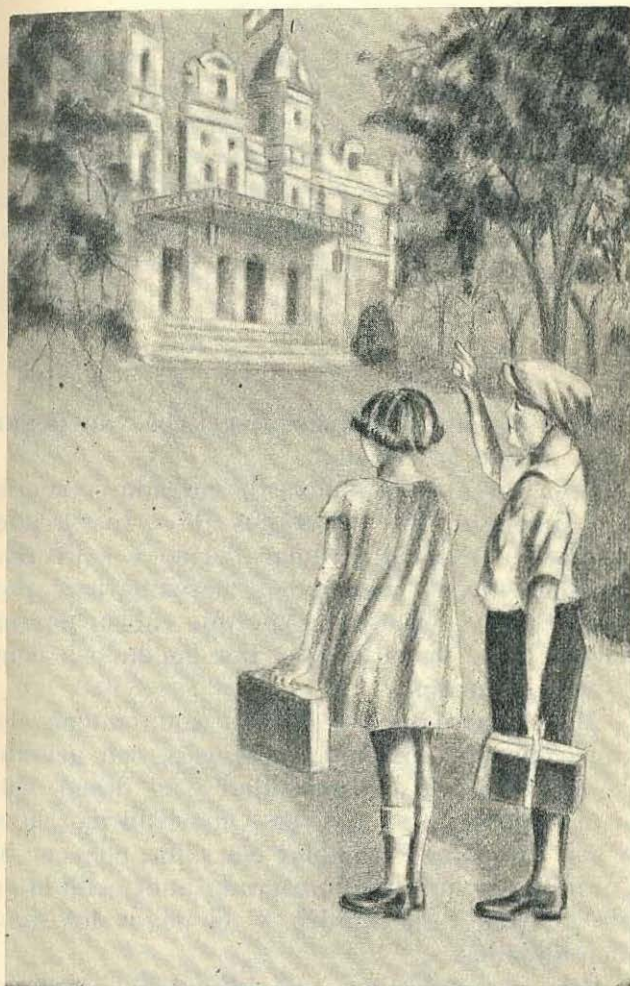
¡No, no hay niños así! ¡No los puede haber! Los niños, almitas blancas, son incapaces de tanto mal.

Salen a la calle, dispuestos a cumplir con sus obligaciones escolares, y después de enjugarse los ojos, que humedecieron las conmovidas palabras de sus padres, los niños se dirigen con paso firme y recta voluntad hacia la escuela...

¡Fácil es el camino!... La escuela está allí, como al alcance de la mano. Es el edificio más hermoso del barrio. Y se destaca límpido, radiante, en diez cuadras a la redonda. Es el Faro de la patria, irradiando haces de luz con todos los colores del arco iris. En lo alto flamea la bandera argentina. Y en sus pliegues ondulantes parece recoger las palabras del consejo familiar, para

recordárselas al niño que tuviera el mal corazón de olvidarlas.

Y mientras se acercan, van pensando los niños: “Allí tengo mi segundo hogar, allí me esperan mis bondadosos maestros para hacerme un hombre digno de mí mismo y útil a la Humanidad!”



... La Escuela está allí, como al alcance de la mano... (Pág. 19)

Los niños

En nutridos y bulliciosos grupos van llegando los niños a la escuela.

Bien cerca de la puerta de entrada se reúnen los “niños viejos”, veteranos de otros grados cursados en excelente camaradería. Y conversan animadamente, y juegan con desembarazo, porque no temen a la escuela, porque saben, por experiencia, que la escuela es tan bondadosa como sus buenas mamás.

Más apartados se asoman tímidamente los “niños nuevos”, mirando, recelosos, con grandes ojos abiertos por la curiosidad y el deseo. Quisieran jugar y no se atreven. Quisieran mezclarse con los “mayores” y hablar con ellos, conocer todo el misterio que la aún cerrada puerta de la escuela guarda, y la timidez y el pavor los mantienen alejados.

Pero todos acaban por encontrar al amigo preferido y bien pronto la calle es como una ciudad de pájaros juguetones, traviesos y parlanchines...

Pasan hombres y mujeres... Viejos y jóvenes, padres y madres que sonríen y se llevan, grabadas por mucho tiempo en la mente, imágenes luminosas de niños que se parecen a sus niños, recordándoles a sus hijos que en otra escuela, en la calle de otra escuela lejana, ríen y gritan, saltan y juegan, esperando la hora del primer día de clase...

Los maestros

Llegan los maestros.

Llegan sonriendo cariñosamente. Unos son ya viejos educadores de generaciones infantiles. Y su palabra fué el pan espiritual de los padres y lo es ahora de los hijos. Otros son jóvenes, fuertes y animosos, amigos del estudio y que han hecho del amor a los niños el secreto de su vida.

Con ellos, llegan también las maestras, esbeltas y graciosas éstas, graves y maternas aquellas. Y al verlas, los niños nuevos, actores de corazón encogido en los preliminares misteriosos de su primer día de clase, se sienten más sossegados y temen menos. ¡Es el secreto encantador de las almitas en su primer perfume! ¡Todo sonríe: la escuela, la calle, los árboles, los transeuntes y los pájaros refilan aleluyas! ¡Sonríen las almitas infantiles, y sus corazones, porque, ¡oh maravilla!, hermanitas parecían las maestras esbeltas y graciosas, porque en los ojos de las maestras graves y maternas veían la imagen amada y encantadora de sus buenas mamás!

La paz acompaña a los maestros. Y a su paso,

¡cuán profundo es el silencio de la calle al cesar la infantil algarabía!

El respeto, no el miedo, acalla las voces y detiene los gestos de tantos niños. ¡Respeto filial!

Pasan los maestros, conversando animadamente entre ellos, con gran intriga de los pequeños, que, absortos en su pequeño mundo, quieren leer, en el movimiento de sus labios y en la sonrisa de sus ojos, el misterio de su porvenir. Las puertas de la escuela se abren a su paso y a los niños les parece que con ellos la escuela se llena de luces brillantes y bienhechoras. Y un grito formidable estremece la calle y llega al corazón de los hogares, donde las mamás esperan y confían:

—¡Vivan las maestras! ¡Vivan los maestros!

Ha llegado la hora. Los niños se apretujan frente a la puerta de la escuela. Cada uno quiere ser el primero. Y gritan y se empujan por serlo. ¡Pugna inocente y reconfortante! Pugna razonable, porque el niño que ha visto en el maestro la ciencia que lo hará hombre y el corazón que sabrá hacerle amar para ser amado, se siente impulsado hacia él, ligado a él, por lazos tan sólidos como invisibles.

Patria y Escuela

La escuela ha recuperado su tesoro.

Lo ha reconquistado a la calle, poco ha tan bulliciosa y ahora triste y solitaria.

Las claras aulas son un zumbido, colmenas afiebradas por el afán de aprender, siendo ávidas abejas los niños.

Quieren libar las perfumadas flores del Saber y del Sentir y aguardan con sagrada nerviosidad la hora del vuelo sutil.

Las flores nacen y crecen en la cabeza y en el corazón del maestro y sus palabras están impregnadas de su perfume penetrante.

En la frente del maestro leen los niños todo su afán. Y quietecitos en sus bancos, topos blancos que salpican el fondo oscuro en un marco de inmaculada blancura: los niños, millares de niños semejantes concentrados en las escuelas argentinas, modestas escuelas campesinas, soberbias escuelas urbanas, esperan impacientes las palabras augurales.

Como si todos los maestros, comulgando en

la misma común visión del porvenir argentino, debieran decir:

—La escuela es el hogar de la patria. Y son mis almitas los hijos amados de este hogar. Infinito es, en su grandeza, el porvenir de la Argentina. Nos lo dejan entrever la fecundidad de sus pampas, la riqueza mineral de sus montañas, el sol tórrido del norte, los vientos suaves y oxigenados del gran centro, la eterna nieve del lejano sud y la red de sus caudalosos ríos y de sus trepidantes líneas férreas. Pero no ama, ni comprende, ni apresura el porvenir, quien no ama a sus forjadores de mañana: los niños. Amemos al país a través de los niños. Ayudemos a su progreso educando en el deber y en el trabajo a los ciudadanos futuros. Sembremos flores si queremos alegrar nuestra vejez con flores. Sembremos ciudadanía si queremos vivir libres. Sin ciudadanos no hay patria y la riqueza es peso muerto que hunde en abismos pestilenciales a las pobres almas embrutecidas. Y la escuela es ardiente fragua de ciudadanía...

Calla la voz del maestro, voz poderosa que resonaba en las almas y en la tierra. Y nuestras almitas blancas se entristecen al presentir el duro esfuerzo que deberían realizar para recoger y mejorar la herencia de sus padres.

Pero no terminaron las palabras augurales.

Gratitud

Y el maestro continuó:

—Se viene a la escuela a trabajar, queridos niños. A nuestro trabajo debe corresponder vuestro trabajo.

Debéis hacerlo por vuestro bien, porque de la escuela, el primero y más fecundo beneficio vosotros sois quienes lo gustáis.

Debéis hacerlo por amor a vuestros padres, que todos los días sueñan para vosotros un porvenir de gloria y bienestar.

Debéis hacerlo por nosotros, los maestros, que hemos dado nuestra labor y nuestra inteligencia al país para haceros ciudadanos útiles.

Debéis hacerlo, queridos niños, por gratitud.

Mirad esta escuela, contad cuántas de ellas hay en el país, cuántas se levantan todos los años, cuántas piensan construir los representantes del pueblo para que ningún niño argentino sea privado de la luz escolar, condenado a las densas tinieblas de la ignorancia... Esto se hace con dinero, queridos niños, dinero que los ciudadanos

argentinos, vuestros padres y los padres de los demás niños, entregan al Estado, sacándolo de sus sueldos y salarios, de sus, a veces, más penosas necesidades.

¡Y esto, hoy y mañana y todos los años de su vida!

¡Por vuestra culpa se va a perder un tan grande esfuerzo?

No, queridos niños. Eso no será. No sois desagradecidos, porque ya vuestras cabecitas comprenden que la ingratitud es negra y pestilente, empequeñece la inteligencia y el sentimiento del ser humano víctima suya.

No seréis ingratos. Al contrario. Corresponderéis al amor, sacrificios y desvelos de los ciudadanos argentinos con tan buena voluntad y provecho, que terminado el año escolar, todos se dirán:

—Con placer hemos dado nuestro dinero, con gusto lo volveremos a dar. Los niños argentinos han comprendido y lo merecen. Y, no lo dudamos, seguirán mereciéndolo.

¡A trabajar, pues, queridos niños!”

Las excelentes palabras del maestro han llegado al corazón de los niños. La semilla no ha caído en tierra infecunda. El buen maestro no ha predicado en el desierto.

La nube

Ha terminado el primer día de clase.

Los niños salen, como flechas, de la escuela.

La calle se estremece de nuevo con los gritos de sus amiguitos vestidos de blanco delantal.

Pasan viejos y jóvenes padres y madres. Y una ráfaga de inquietud ensombrece sus frentes. Piensan en sus hijos que, temerarios, saltan y gritan en la calle de otra escuela lejana, desafiando peligros a menudo, ¡oh tristeza!, mortales.

Nada temen los niños y no piensan en la inquietud de sus padres.

El primer día de clase ha puesto en tensión sus nervios, ya sobreexcitados. Y respiran con exaltada fruición el acre aire callejero y se entregan al gusto frenético del hablar fuerte, de gesticular libremente.

Bien pronto se pierde a lo lejos la cantora gritería. Ningún delantal blanco alegra la calle, frente a la escuela. Han regresado a sus hogares para colmarlos de alegres charlas e impetuoso desorden.

Ninguna nube gravitaba sobre sus hermosas almitas. Pasaron muy cerca de ella, pudieron tocarla con sus manos y no la vieron.

Sentado en el cordón de la acera, los codos sobre las rodillas, la cara, como recostada, en las palmas de sus manos, un niño contemplaba extático la escuela. Tristes eran sus ojos, que una lágrima humedeció al seguir, ávidos, la tumultuosa salida y rápida dispersión de los niños. No vestía delantal blanco. No hablaba. No se movía. Su almita estaba ausente, perdida de deseo en los corredores, aulas, despachos, salas, jardines y patios de la escuela. Una sonrisa pálida entreabría, de vez en cuando, sus apretados labios, porque los niños sonríen a imágenes y esperanzas solo de ellos conocidas. Y al perderse, en la lejanía, el último grupo de niños felices, su cuerpo se estremeció, hondos sollozos agitaron su pecho. Lloraba desconsoladamente, con la desesperación de funestos presentimientos.

Conmovidos, nos acercamos a él y le preguntamos:

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Nos miró con sus ojos empañados de lágrimas y vimos en ellos tanta tristeza, tanta angustia hija del misterioso terror, que en nuestro corazón sentimos el choque violento de la tragedia. Y nos contestó con una frase sencilla, espantosa en su simplicidad.

—¡Me quedé sin asiento!

El libro

¡Pobre almita!

Le han dado un libro, el primer libro, y muy bonito, de letras como puños y figuras que representan perros y gatos, casas y árboles, tigres y elefantes... Un libro más poblado que el arca de Noé.

Está muy orgulloso con el libro. Es suyo.

Es un libro dotado de estupendas virtudes, amigo de aventuras y de sorpresas. ¡Bien lo sabía él!

Le gustaban los libros. Antes de ir a la escuela tomaba los libros de su papá y, grave, inteligentemente, un dedo hundido en la mejilla, como suelen hacer los mayores, serio y el ceño fruncido, volvía hojas y más hojas "leyendo" diabluras jamás pensadas por quienes los escribieron. Pero su papá no le comprendía. Su papá no se daba cuenta del genio de su hijo. Y en su error, en su lamentable incomprensión, al verle absorto ante algún libro preferido, cuyas páginas echaba a perder con los dedos húmedos de saliva, le gritaba con voz grave, el rostro severo:

—¡Deja el libro!

Ya no ocurría eso, tan desagradable y humillante. Su libro, su lindo libro más poblado que el arca de Noé, había operado el milagro. Su papá estaba desconocido. No era el mismo, no. Sin duda, por súbita inspiración, se dió cuenta del grandísimo personaje que había en su hijo. Y lo vigilaba estrechamente. Y le decía, ¡oh inconstancia humana!, cada vez que lo encontraba jugando o enredando:

—¡Toma el libro!

No sucedía eso muy a menudo, porque el niño amaba entrañablemente su tesoro. Y gustaba de tenerlo en la mano y de hojearlo para extasiarse ante sus lindas figuritas.

Al principio, se entendieron muy bien.

A solas con su libro, nuestro amiguito leíalo de cabo a rabo, y con una rapidez asombrosa. ¡Todo lo sabía ya! ¡Y le habían asegurado que leer era cosa difícil, de paciente aprendizaje! ¡Se burlaban de él, sin duda, viéndole tan chiquito, tan poquita cosa! ¡Leer!... ¡Hasta a escribir se atrevía! Y, provocador, tomaba lápiz y papel y escribía vertiginosamente, mordiéndose la lengua, y al terminar saltaba sobre las rodillas de su papá para asustarlo con el fruto admirable de su ingenio. En esto seguía siendo genio ignorado, porque su papá, sonriendo burlescamente, le decía:

—No seas tonto, hijito. ¡Eso no dice nada!

¡No dice nada! ¡Y había escrito una historia fantástica, terrible y él la leía! Su papá era injusto. Su papá cerraba los ojos y no quería ver. Y lo miraba con ojos cargados de reproches. Los

padres, si quieren, pueden leer en las almitas de sus hijos, y el de nuestro héroe leyó en ella, por-que, acariciándolo, agregó con bondadoso acento:

—¡No llores, hijito!... Entre nosotros, los gigantes, hay también los emborronadores de papel que, como tú, creen escribir grandes cosas y no piensan nada!... Trabaja y escucha mi consejo, si, mañana, no quieres llorar otra suerte de lágrimas!... Y ahora, ¡a dormir!...

Los días pasaron y el hermoso libro le jugó la que debía ser última travesura. ¡Ya no se entendían! ¡Deletreaba penosamente las letras, él, que pocos días antes lo terminaba en media hora!

Y al ponerse, libro en mano, ante la maestra, se dió cuenta de su ignorancia. No sabía nada. Todo lo decía al revés. No leía: fantaseaba. Y aquellas lindas figuritas y aquellas letras como puños acabaron por enredarse de tal manera a sus ojos, que formaban acertijos enredadísimos.

Uno a uno fué resolviéndolos. Pacientemente y con el trabajo de todos los días.

Y cuando, en su cabecita, las figuras y las letras se correspondían, y con las letras sabía formar las palabras con que se nombran aquellas, comenzó a comprender que le costaría mucho trabajo leer bien y escribir, no ya historias tremendas, sino su nombre y apellido!

Misterio formidable que su buen papá le reveló con dos palabras:

—Sólo lo ignorado es fácil. Las dificultades empiezan cuando de veras se quiere aprender.

SEGUNDA PARTE

ALMAS GEMELAS

El Abuelo

Muy cruel es, a veces, la vida.

Cruelísima fué para el Abuelo.

El Hogar era su ilusión. Y solía decir: "Hombre sin Hogar es como perro vagabundo". Fiel a sí mismo y en busca de la felicidad verdadera, de muy joven constituyó su Hogar. Dulce era su compañera. Dulces se deslizaron los años. Conoció y amó a los hijos de sus hijos. Y en la sonrisa de sus hijos y de sus nietos se refrescaba su alma como en río de aguas transparentes, deliciosas de frescura y suavidad.

Rompióse el encanto. Y la desdicha se cebó en él. Murió su dulce compañera. Murieron sus hijos y sus nietos, espigas maduras, doradas, desgranándose batidas por recio vendaval.

Meses amargos vivió. Y su alma, hecha para amar y ser centro de amor, vagó desolada buscando sonrisas, invocando voces amadas. Y el silen-

cio de la casa, poco ha tan alegre y bulliciosa, pesaba como losa de plomo sobre su herido corazón.

Pasaron los años y la ceniza del tiempo cubrió el vivo rescoldo de su dolor.

En nosotros mismo mana, abundante, la fuente del consuelo. Y el Abuelo supo hallarla y beber en ella. Un Hogar había perdido: El Hogar levantado con sus manos y enriquecido con los tesoros de la Inteligencia y del Amor. Y sobre las ruinas de su viejo Hogar, cavó los cimientos profundos de otro Hogar. Pequeño era aquél. Inmenso es éste. Reservado aquél a los seres de su sangre. Abierto éste a todos los niños. Y en el nuevo Hogar recuperó el Abuelo la alegre serenidad.

Vivía con, por y para los niños. Les seguía en los juegos y paseos, y cuando, reposando recostado en un árbol o sentado en un banco de espaciosa plaza, sus ojos vagaban por el espacio, su alma levantaba el vuelo hacia las escuelas, anhelosa de presenciar el maravilloso espectáculo de tantos millares de almitas abriéndose, capullos perfumados, a la vida.

Gustaba, sobre todo, de presenciar la tumultuosa salida escolar. Los gestos y gritos desordenados, no por grosera educación, sino por exceso de vida, le rejuvenecían. Toleraba mucho, porque comprendía y amaba mucho. Y sus ojos sonreían si, al acariciar la nidada de inquietas cabecitas, encontraban una frente inteligente o presentían un bondadoso corazón.

Conocía a todos los niños de la ciudad. Y los niños reconocían de lejos su amable silueta. Y eran muchos los niños que al llegar a su casa contaban, excitados, a sus mamás que habían visto al Abuelo: un anciano alto, gallardo, fuerte a pesar de sus años, de grandes ojos acariciadores, de bondadosa sonrisa, de venerable barba blanca!

Las primeras clases

En paz transcurrieron los primeros días de clase. La escuela es una colmena en plena fiebre de trabajo, bajo la inteligente y bondadosa dirección de los maestros.

Animosos y preocupados llegan los niños a la escuela. ¿Habrán estudiado bien sus lecciones? ¿En sus cabecitas echaron fuertes raíces las primeras nociones aprendidas? ¿Sus deberes estarán bien hechos y con limpia y clara letra?

Riendo y libres de todo cuidado, salen los niños de la escuela. Más ricos en saber y en salud. ¿Todos? No. En la colmena hay zánganos. Y son los niños desaplicados y desordenados. Niños de cabeza pequeña, de sentimientos confusos, incapaces de comprender que sólo se es dichoso y justo con el propio trabajo. Niños que esperan dominar los días sin hacer nada.

¡Niños desventurados! ¡Niños parásitos!

Se creen grandes, en picardía, y son pigmeos. Se creen héroes y son blanco de hirientes ironías y acaban por ser víctimas de la execración uni-

versal. Se creen invulnerables, escudados en su inconsciente parasitismo, y cada gesto, cada palabra, cada grito suyos son otras tantas brechas. ¡Bien pronto lo comprenden ellos mismos! Y, al comprenderlo, se vuelven recelosos y desconfiados, irritables y peleadores. Y los gestos, palabras y sonrisas inocentes de los demás niños se les antojan burlas crueles.

Para ellos se ha escrito el refrán: “Piensa mal y acertarás”, porque no pensando ni haciendo nada a derechas, juzgan a los otros por sí mismos.

¡Patente es su desgracia!

Apártanse de ellos los niños inteligentes y buenos. No conocen la amistad, porque entre pícaros el más pícaro domina a los demás.

¡Grande es su desdicha!

Pregúntales el maestro, y ellos no responden, o dicen, para salir del paso, una tontería muy grande, tan grande como su ignorancia. Y durante la clase, mientras los demás niños escuchan atentos y se establece entre ellos y el maestro una corriente de alegre e inteligente simpatía: son como extranjeros en su propia casa.

¡Terrible es su ingratitud!

Pagan con la moneda falsa de su desaplicación y desorden los afanes de sus padres, que todo lo soportan alegres pensando revivir en sus hijos.

¡Pavoroso es su porvenir!

Pasan los años y se cierran las puertas de la escuela. Y la Vida absorbe, impasible, impetuosos torrentes de sangre nueva. La Vida es una encrucijada de pasiones y de intereses. Y en ella que-

dan, víctimas de triste derrota, para ser festín de lobos y perros de presa, las almas que pasaron por la escuela sin comprenderla, sin quererla; las almas que abandonaron la escuela sin haber libado las flores del Saber y del Sentir: las flores de fuerte perfume que germinan y crecen en la mente y en el corazón del maestro.

Raúl

Era nuevo en el barrio y en la escuela. No conocía a ningún niño y sus hermosos ojos azules parecían buscar ansiosos a su almita gemela, al compañero de juegos y de estudio.

Chiquito, delgado, de cabellos rubios y en-sortijados, frente despejada, ojos límpidos de franco mirar, boca dulce y risueña, color sonrosado, limpio y cuidadoso de su personita.

A buena hora llegaba todos los días a la escuela, con sus libros bien conservados, no injuriados por horrendos manchones de tinta, ni de tapas resquebrajadas, ni de punteras sucias y abolladas, los deberes hechos con limpieza y exactitud.

Tímido y temiendo las bromas que ciertos niños groseros suelen tener, se mantenía en estos comienzos del año escolar, apartado, siguiendo de lejos los juegos de sus compañeros, deseoso de participar en ellos y no decidiéndose.

En sus ojos azules, cuando se posaban con profunda dulzura sobre tantos amiguitos desconocidos, revivían los de su madre, joven, hermosa, buena y rubia, como él.

Seguía con apasionada curiosidad las enseñanzas del maestro, y a sus preguntas respondía, no con petulancia, sino sencillamente, con tranquila serenidad. No se avergonzaba de su ignorancia. Sabía que, siendo niño, lo ignoraba todo, que iba a la escuela para ser, día a día, menos ignorante. Por eso, a cada idea comprendida, a cada conocimiento adquirido, todo su cuerpo, sensible máquina nerviosa, vibraba de contento.

Insensiblemente, y sin darse cuenta, llegó a ser Raúl el centro de todos los niños conscientes, un modelo y hasta un maestro a quien interrogaban, con muda simpatía, ante una pregunta difícil o un ejercicio complicado.

Muy sensible, huía de todo gesto violento y temía la palabra grosera, expresión de sentimientos sin desbistar.

Orgullosa, le decían los niños desaplicados y desordenados. Se lo decían por espíritu de envidia y de venganza. El orgullo es patrimonio de los pedantes. Y Raúl no era pedante. No se jactaba jamás de sus conocimientos, ni humillaba a nadie agitándolos con vana ostentación.

Buen compañero, se sentía feliz ayudando a quien lo necesitaba. Y como en su almita conocía el secreto del Ritmo y de la Harmonía, nunca su consejo molestaba, ni ofendía.

Por eso, sin duda, los ojos del Abuelo sonreían al ver su frente despejada y al presentir un bondadoso corazón.

La primera aventura de Raúl

¿Quién hablaba de manera tan dulce y sabia?
¿Quién había escuchado consejos tan gratos y saludables?

Fué una curiosa aventura acontecida a Raúl.

Salía de la escuela, un día de lecciones muy provechosas. Raúl estaba muy contento, porque había aprendido y merecido, por sus respuestas exactas, unas alentadoras palabras del maestro. Para colmo de dicha, hasta los niños desaplicados dieron muy poco que hacer. Y su mirada, brillante de entusiasmo, se cruzó con la del Abuelo. Sintió grandes deseos de dirigirse a él y hablarle, pero, dominado por su timidez, se contentó con sonreírle de lejos.

Sonrió, a su vez, el Abuelo, y en su sonrisa y en la luminosa mirada que comprendía a todos los niños en dispersión, leyó Raúl hermosas palabras, ropaje de sanos consejos, y otras que su almita, aturdida por tan inusitada y asombrosa lectura, no pudo retener. Decían:

—La armonía entre los niños es la obra y el

orgullo de la escuela. Por eso el espectáculo más vergonzoso es una pelea de niños o el cambio de palabras hirientes y groseras. Cuando se insultan, los niños pierden su gracia, y cuando pelean, ya no son niños, almitas blancas, sino bestezuelas selváticas y odiosas.

Durante meses y años, los niños viven juntos, y juntos gozan de iguales alegrías y sufren las mismas penas. A todos habla el maestro, y para todos se yergue la escuela en su maternal majestad. Nada puede haber entre ellos, nada debe separarlos, a no ser la ignorancia, madre de funestas calamidades.

¡Amaos, queridos niños!... Ayudaos, estudiad y vivid fraternalmente, como si la madre de cada uno fuera la madre de todos.

Y la escuela os parecerá más alegre. Y las palabras del maestro, encontrando corazones puros y cabezas no enturbiadas por pensamientos indignos, echarán raíces profundas en vuestras almitas adorables!

... ..

Y, en su corazón, se sintió Raúl tan conmovido, que en ese instante hubiera querido ser gigante colosal para abrazar de un solo abrazo a todos sus compañeros de escuela y a todos sus hermanitos, los niños del mundo.

Jorge

Era el reverso de Raúl.

Alto, fuerte, musculoso, tostado del sol.

Su fama no tenía rival en el barrio de la escuela, donde había nacido y donde, ¡todavía!, se recordaban sus primeras travesuras.

Después de rudas batallas había sido proclamado campeón, y capitaneaba a los niños que piensan con entusiasmo en sus pies o en sus puños y olvidan su cabeza.

Vanidoso, como niño de cabeza ligera, gustaba de gallardearse, en actitud de famoso atleta, ante el fotógrafo: los brazos cruzados con poderosa contracción que hacía resaltar sus biceps, la sólida altura del pecho, los hombros como dos paquetes de nervios y de músculos, un cuello terroso, duro, y corto, columna de pétrea cabeza cubierta de erizado bosque de púas rojas y adornada de labios apretados, nariz aplastada, de orejas con un comienzo de deformación, mejillas secas, pecosas y pegadas a los huesos, cejas procelosas, ojos de brillo acerado y de angosta frente.

El tronco bien plantado sobre nerviosas piernas y el todo rematado en pies grandes y manos rocallosas y catastróficas!

Corazón de oro. Por sus amigos era capaz de cualquier sacrificio. Almita ruda y limpia. Siempre pronto a defender al débil, a castigar la injusticia.

En la escuela no era un modelo de aplicación, pero se apartaba de los niños desaplicados y desordenados. Sentía ojeriza contra ellos, por saberlos fáciles a la envidia y al traicionero ataque.

Admiraba al pequeño Raúl y, adivinando su delicada sensibilidad y obedeciendo a irresistible impulso, constituyóse en su protector. Escuchaba con entusiasmo sus respuestas fáciles, la gracia de sus gestos le subyugaba.

Durante las clases no apartaba los ojos de Raúl. Y en los descansos, prolongaba la arrogante exhibición de su cuerpo soberbio, sonriendo placenteramente.

La atracción de las almas es un grave misterio, queridos niños. ¿Por qué extrañas razones dos almitas tan dispares, opuestas en cualidades y aficiones, se sintieron atraídas y anhelosas de entendimiento? Es el misterio de la luz eléctrica. producto de los dos polos opuestos: positivo y negativo.

Y ellas también, las almitas de Raúl y Jorge, al ponerse en contacto, producirán una chispa divina y perdurable: ¡la Amistad!

Amistades

¿No habéis observado, queridos niños, cómo los pájaros, señores del aire, se llaman unos a otros y se juntan en parejas, en grupitos, al emprender largos vuelos y para engañar el cansancio con el mutuo contentamiento?

¿Qué podéis hacer vosotros?

¿No sois, acaso, pájaros amados y divinos, alados poetas de la humanidad?

Inmenso es el corazón humano. Caben en él todos los amores. Y los contiene todos sin fatiga.

Caben, también, en él el odio y la indiferencia. Pero no puede contenerlos. Y estalla, como motor mal construido o mal cuidado, recalentándose con sentimientos inferiores y nocivos.

Un niño no ha de ser jamás indiferente a otro niño.

Un niño no debe nunca odiar a ninguno de sus hermanos.

Sólo así merecerán la dulce protección del buen genio de la colmena escolar: ¡la Amistad!

La Amistad preside los juegos, trabajos y

estudios. Sin su ayuda acrecen las dificultades, se sufren sinsabores y pesares innecesarios, lo claro se torna obscuro, lo recto torcido, la alegre comprensión de los seres y las cosas en triste misantropía.

Dóciles al mudo mandato del buen genio, los niños, salvo enfermizas excepciones, se unen en círculos infinitos amigables. Círculos concéntricos con rayos que unen el centro de la íntima amistad con la periferia de la amistad uniforme.

Amigos uno de todos, y todos de uno, los niños van anudando amistades particulares con encantadora sencillez.

Por edades y gustos, según los temperamentos y aficiones, los niños se van atrayendo mutuamente, y a los pocos días la colmena escolar cobija y alimenta grupos fraternales. Y el gran conjunto adquiere mayor solidez y una fisonomía más alegre y humana.

¡Triste escuela cuyos niños no encuentren las almitas gemelas, buscadas con incansable afán!

¡Desventurado niño el que, en medio de la multitud inquieta, se sienta solo, huérfano de la almita gemela, compañera de confidencias y de historias, de juegos y estudios, de sueños y fantasmagorías!

Roque

¡Almita enferma!

No distinguía el bien del mal.

Y, como si obedeciera a voces e influencias terribles y misteriosas, se deslizaba por la pendiente de las acciones reprobables y de los perniciosos hábitos.

Sus ojos reflejaban sufrimientos extraños y relampagueaban irritados por accesos súbitos e incomprensibles de cólera.

Su frente, surcada de precoces arrugas, obtusa y oscura.

Su boca, de labios delgados y cautelosos, parecía siempre pronta a decir la palabra que ofende y entristece.

Y de todo su ser se desprendía como un aire sutil e inquietante, repelente.

Llevaba, como una cruz, el instinto de la pelea.

Envidiaba a Jorge su cuerpo de atleta y la simpatía universal que en su inocente y bonachona petulancia despertaba.

Envidiaba a Raúl sus modales, su inteligencia, sus triunfos de alumno metódico. Y su bondadosa timidez le enfurecía.

Apartábase de Jorge, temiendo la rudeza con que sus manos traducían sus sentimientos.

Pero se ensañaba en mortificar a Raúl, sabiéndole sensible a la palabra que ofende y entristece e incapaz de responder a la provocación ni a la violencia.

Se complacía en la bravata. Fiel al instinto de pelea, que le dominaba, desatendía sus deberes escolares sin voluntad de enmienda. Las reconvencciones del maestro le enardecían, y las burlas, más o menos disimuladas por el temor, de los niños, le proporcionaban un rosario de peleas. Pasaba el límite ante el cual se detienen los niños desaplicados y desordenados.

¡Pobre almita enferma!

No lo trataba, sin embargo, con dureza el maestro. Al contrario. ¡Era enigmática su actitud! ¡Absurda!, se decían los niños. Faltas que todos se castigaban severamente, no parecía advertirlas el maestro de cometerlas Roque. Mirábalo, en esos casos, con tristeza y cólera, y los niños oíanle murmurar estas enigmáticas palabras:

—¡Pobre inocente!

¿Y no las repetía, como un eco, el Abuelo, toda vez que era testigo de alguna de sus habituales hazañas? Sí, también el Abuelo murmuraba:

—¡Pobre inocente!

El incidente

Sucedió lo inevitable.

Durante la clase, Roque se complació, con ensañamiento inusitado, en molestar a Raúl. Imitaba sus gestos, remedaba su voz, le tiraba bolitas de papel y le amenazaba con sus ojos feroces.

Con inquietud veían llegar la hora del descanso, los niños.

Raúl presentía alguna escena dolorosa y temía, más que por sí mismo, por Jorge, cuya intervención en defensa suya adivinaba.

¡Bien lo daba a entender Jorge! No podía estarse quieto y a cada rato miraba la puerta de salida.

Terminada la clase, salieron en tumulto.

Raúl, arrastrado contra su voluntad, trató de rehuir a Roque.

Fué en vano.

Roque lo persiguió, gritando bravatas y enardecido por su propia acción, al alcanzarlo agarróle fuertemente de un brazo y con groseros insultos levantó la mano para pegarle.

No era cobarde Raúl. Era débil y demasiado honrado para complacerse en la pelea. Pero, obligado, con fuerza nerviosa, luchó, mientras le decía:

—¿Por qué me molestas? ¡No te hice ningún daño!

Un brazo poderoso separó a los dos combatientes. ¡Jorge entraba en acción! Del empujón, Roque rodó, y al levantarse vió a Jorge en guardia, que le gritaba, sonriendo despreciativamente:

—¡Andá!... ¡Pegame a mí, valiente!

Como por arte de encantamiento desapareció la bravucona acometividad de Roque, pero fingió un mentido coraje para no sufrir la rechifla de los espectadores y se puso en guardia para recibir el ataque del campeón.

Pero terminó el descanso, y los niños, de mala gana, volvieron al trabajo. Jorge se puso al lado de Raúl y le decía:

—¡No temas nada!... ¡Soy tu amigo!

Y mirando fieramente a Roque, agregó:

—¡Déjame a mí!... En la calle lo voy a dejar "nocaut", lo voy a dejar!...

Una clase perdida

Nada de provecho hicieron ya los niños. No podían estarse quietos. Y con mal disimulada impaciencia esperaban la hora de salida, porque todos habían oído las amenazadoras palabras de Jorge.

Jorge estaba desconocido. Tanta era su furia, que al entrar se condujo catastróficamente, tropezando con el encerado, con las mesas, encontrando a duras penas su asiento. Y su agitación aumentaba la de los demás. ¡Qué espectáculo se prometían! Ya en sus cabecitas alocadas veían a Roque con la nariz aplastada y chorreando sangre. Roque sería vencido. No cabía dudarlo. Y, en su corazón, era una derrota deseada, porque el ataque a Raúl no tenía disculpa.

Un zumbido continuo impedía oír las palabras del maestro. A fuerza de voluntad, el maestro impuso silencio y la clase continuó, aparentemente, como todos los días.

No era así. Silenciosos, los niños no dejaban de pensar en lo acontecido y en lo que sucedería

en la calle. Y la palabra del maestro, sus enseñanzas, se perdieron. Chocaban en las alocadas cabezas de sus discípulos, rebotando para perderse en el espacio.

¡Tan cierto es, queridos niños, que nada es tan perjudicial como la fuerza bruta desatada, ni nada tan desmoralizador como el espectáculo de dos niños dispuestos a pelearse cual bestezuelas salvajes!

En la calle

En tumulto, como fieras enjauladas que recobraran la libertad, salieron los niños de la escuela.

Raúl no participaba de la general excitación. Su almita estaba triste y deseosa de hablar a Jorge, para disuadirle de su proyecto vengativo. No pudo ni acercarse a él. Jorge, rodeado de sus admiradores, impulsado por ellos, tampoco le hubiera hecho caso.

Jorge y Roque se encontraron frente a frente, siendo centro de agitado círculo de niños, exacerbados por salvaje gritería.

Pero, algo insólito interrumpió el espectáculo. Algo increíble. Raúl, el niño tímido y que parecía incapaz de cualquier acto de arrojo, se abrió paso violentamente y separando a los dos contendientes, gritó:

—¡No quiero que peleen!

Y, recordando sin duda las palabras otro día leídas en la bondadosa mirada del Abuelo, agregó:

—¡Los niños no debemos pelear! ¡No somos bestias! ¡Querámonos como hermanos!

Mudos de estupor escucharon tan ardientes palabras espectadores y actores. Jorge desistió de la pelea, avergonzado, y Roque quiso aprovechar la situación y se dispuso a atacar por la espalda a su rival... pero, una fuerte mano detuvo su brazo.

¿La mano de Raúl? No. Era la del Abuelo, quien había seguido las rápidas incidencias del frustrado encuentro y escuchado con inmensa alegría las nobles palabras de Raúl.

El Abuelo apartó a Roque y, acariciando la rubia cabeza de Raúl, dijo a los niños, absortos en la contemplación del hermoso anciano:

—Vuestro amiguito tiene razón.

Y, sonriendo bondadosamente, repitió aquellas palabras leídas de tan extraña manera por Raúl, palabras justas que todos los niños deberían aprender de memoria:

—La armonía entre los niños es la obra y el orgullo de la escuela. Por eso el espectáculo más vergonzoso es una pelea de niños o el cambio de palabras hirientes y groseras. Cuando se insultan, los niños pierden su gracia, y cuando pelean, ya no son niños, almitas perfumadas, sino bestezuelas selváticas y odiosas!

Al quedar solo con Raúl y Jorge, el Abuelo se hizo explicar las causas del incidente, y felicitó a Raúl por haber impedido, no obstante ser el ofendido, la pelea, y congratuló a Jorge por su generoso arranque al salir en defensa del más débil. Y completó así su pensamiento:

—Porque, amiguitos, la fuerza sólo es útil y agradable cuando se pone, como instrumento, a



...¡Cuán agradables transcurrieron las horas!... (Pág. 61)

disposición de las causas justas... ¿Cómo te llamas?

—Raúl.

—¿Y tú?

—Jorge.

—¿Queréis ser mis amigos, las almitas de este anciano?

—Sí, abuelo. — contestó prontamente Raúl, escapándosele el título sagrado que, sin conocerle ni haberle hablado, le daba en su interior y al conversar con su mamá.

—¿Es tu abuelo? — preguntó estupefacto Jorge.

Raúl se quedó un rato confuso, sin saber qué decir. No había previsto la brusca observación de Jorge. Pero se repuso pronto, y dijo con voz firme:

—No, no es mi abuelo... Pero es el Abuelo tuyo, y mío, y el Abuelo de todos los niños.

—¿Mío también?

—Sí, Jorge. ¿No te gusta?

—Mucho. Me gusta tanto como ser tu amigo. — contestó el Campeón, profundamente conmovido.

Y los dos niños, obedeciendo a un mismo impulso, estrecharon la mano del Abuelo, que había escuchado sonriendo bondadosamente la conversación. Y concluyó:

—Queda hecho el pacto. Vosotros seréis mis amiguitos y seré vuestro Abuelo.

Orgullosos de la amistad y cariño del bondadoso anciano, Raúl y Jorge lo acompañaron. Y parecían sus ángeles de la guardia. Y los transeuntes,

atareados y precipitados, se detenían y se volvían para recrearse en tan bello espectáculo, que a todos les recordaba la infancia feliz y el Hogar donde un abuelo de sagrada memoria había alimentado sus imaginaciones ávidas de relatos maravillosos.

Inseparables

Las almitas gemelas se encontraron en una encrucijada de sus vidas aun inocentes y perfumadas. De lejos se vieron, reconociéndose, presintiendo en cada una las cualidades que, en la mutua y fraternal influencia, las haría mejores.

Su primer contacto no tuvo nada de extraordinario. No se sorprendieron, ni se miraron con inquieta ansiedad. Como si hubieran sido viejos amigos que al encontrarse después de breve separación, reanudan su vida y continúan una conversación interrumpida y sin término.

En el corazón de uno vivía la imagen del otro.

“Inseparables”, les decían sus compañeros de grado.

Inseparables eran, porque Raúl y Jorge vivían una vida paralela, y cuando no caminaban mano sobre mano se llamaban con el pensamiento. Juntos llegaban a la escuela, juntos estudiaban y jugaban, juntos paseaban y escuchaban la palabra del Abuelo.

Y los dos inseparables fueron, asimismo, los

inseparables del Abuelo, bondadoso Mentor de su infancia. Lo acompañaban en sus largos paseos y escuchaban infatigables sus pláticas llenas de dulce sabiduría y de infinita ternura.

¡Cuán agradables transcurrieron las horas!
¡Con cuánto provecho Raúl y Jorge estudiaban, leían, escribían, observaban y jugaban bajo la paternal mirada del Abuelo!...

¡Jornadas inolvidables!

TERCERA PARTE

EDUCACIÓN CIVICA

El niño italiano

—Sí, hijos míos. Conozco a Pietro — contestó el Abuelo a unas palabras de Raúl y Jorge. — Es moreno, de ojos vivos y frente despejada. Asiste por primera vez a una escuela argentina. Y son muy penosos para él esos primeros días. Añora el cielo de Italia y la escuela donde todos los niños hablan su lengua, donde sin esfuerzo entendía las palabras del maestro y los juegos de sus compañeros. El misterio encoge su almita, porque ha sido testigo y actor de fantástica aventura.

Escuchadla:

Vivía con sus padres, en Milán. Gustaba de ir a esperar a su padre, mecánico de una gran fábrica. Y un día, sin saber como ni porqué, el torbellino le arrastró. En la vieja morada milanese, morada tranquila, reinaba febril agitación. Parientes, amigos y vecinos, iban y venían gritando, riendo, empaquetando ropa, papeles, sacando mue-

bles. Su mamita lloraba, mientras su padre la animaba con gestos y palabras rápidos. Parecíale a Pietro que recitaba una lección, porque muy a menudo repetía dos palabras familiares aprendidas en la escuela: América, Argentina. Pero debían tener un sentido nuevo, de consuelo, puesto que para consolar a su mamita las pronunciaba su papá. Pensó en el bonito atlas, tantas veces hojeado con admirativo interés, y resolvió regalárselo a su mamita, explicándole dónde estaba América y qué parte de ella se llamaba Argentina. Corrió a su piececita. ¡Triste desengaño! Todo había desaparecido: la cama, la mesa, la silla, sus adorados libros... La piececita vacía le pareció tan nueva, desconocida y fría! Y el pequeño Pietro lloró... Y sintió miedo, entreviendo en la penumbra de su almita la pérdida del mundo conocido y amigo y la penosa marcha por caminos extraños hacia otro mundo y otro porvenir!...

Rodeados de varia y agitada gente, Pietro y sus papás se dirigieron a la estación. Muchas veces había estado en ella Pietro, en compañía de sus amiguitos, y se sentía agradablemente excitado por el ruido y el vértigo ferroviario. Pero, su almita veía ahora cosas y era presa de sentimientos prodigiosos. ¡Qué metamorfosis! Milán, sus viejas y amigas calles, sus casas, los hombres, las bestias: había crecido gigantescamente bajo un sol de fuego y una luz de blancura deslumbradora! El tren, igual a otros trenes, le pareció a una cadena sin fin de monstruos ligados a un monstruo de hierro y fuego. Temiendo peligros terribles y sólo de él conocidos, anduvo por el andén y subió

al coche, cogido convulsivamente de las faldas de su mamá. Llevóselo el tren, con rugidos de fiera en libertad, con tempestuoso desahogo de chispas y de humo. Y a los pocos minutos, perdida en el recuerdo la escena de partida, hecha de gritos alegres y animosos, y de llantos, Pietro, la nariz pegada en el vidrio de la ventanilla, se embebeció contemplando el paisaje cambiante, esfumado, diluído en la vertiginosa sucesión de imágenes.

Una ciudad desconocida tocaron sus pies: Génova. Amiga le pareció, porque los seres humanos hablaban como él hablaba. Y en su almita se extasió ante la grandeza del mundo, formado de enormes ciudades con inmensas multitudes de hombres, mujeres y niños con quienes él, Pietro, podía conversar y jugar libremente.

La prodigiosa aventura no había terminado... Un pensamiento sucedía a muchedumbre de pensamientos. Y su almita, solicitada por tan diversas y brillantes imágenes, se aturdía. Sus papás apresuraban el despacho de equipajes, porque se habían retrasado y temían perder el vapor. Sobreexcitados, llegaron al puerto, y viendo el bosque de mástiles, velas y chimeneas, Pietro se dijo:

—¡Es otra ciudad!...

No continuó su pensamiento. Envueltos en el oleaje de gente afiebrada, ensordecidos, mareados, respirando el aire agitado por gritos inarticulados y llamadas angustiosas, silbidos penetrantes y mugidos de sirenas, y el desagradable carraspeo de las grúas a vapor, empujados por hombres sudorosos trasteando equipajes, lle-

garon a la empinada y tosca pasarela. Con paso tardo, siendo eslabones de larga cadena humana, subieron al vapor. Y Pietro, sobre la borda, tuvo la rápida visión de una maravilla superior a todas las maravillas: el Mar Azul, el Mediterráneo. Nuevos llegados le impulsaron hacia adelante. Y se vió sobre cubierta, entre sus papás, apoyados en la borda, de cara a la ciudad. Ya no subían más pasajeros. La pasarela fué levantada. Levaron anclas y libraron los pilones de amarre. La sirena mugió larga, sordamente, y millares de corazones, a bordo y sobre el muelle, se estremecieron. Las máquinas rugían. Una sacudida profunda conmovió el buque y una extraña sensación, como de suave caída en el vacío, angustió la almita de Pietro. La poderosa mole de hierro y acero, con su preciosa carga, se separó lenta, majestuosamente de la ciudad. ¡Era como un desgarramiento!... Millares de seres se saludaban, y a medida que la estrecha franja de agua se iba ensanchando, las voces se tornaban más roncadas... Minutos después, sólo llegaba a oídos de los emigrantes un murmullo uniforme, especie de zum-bido del viento en el bosque... y luego, nada... Un gran silencio, y, lejos, borrosas figuras humanas agitaban minúsculos pañuelos blancos... La borda quedó desierta, siendo los últimos en dejarla Pietro y sus padres, mirando fijamente las ya imprecisas aéreas imágenes de la ciudad!... Estas se borraron también... ¡Estaban en poder del mar!... ¡El mar de sendas profundas e invisibles!... Y Pietro vió que sus padres, estreme-

ciéndose, despertando de prolongado ensueño, se miraban con inquieta ansiedad y lo contemplaban a él con infinita ternura, con expresión de temor y de esperanza, el corazón en la tierra nativa y el cerebro en la legendaria tierra de más allá del mar!...

¡Días largos, monótonos!... Hundidos, amontonados en infectas bodegas, los emigrantes sufrían en la miseria y promiscuidad... Pietro, sensible y contemplativo, se pasaba horas y horas siguiendo a lo lejos el lento desdibujarse de la brillante estela... Y en su almita pensaba en la inmensidad del mar, y en la vida misteriosa de los seres del mar, y en las brillantes islas que de vez en cuando tocaba el barco; pues creía que, fuera de Milán y la tierra y los pueblos que lo unen a Génova, todo el Globo es mar, un mar infinito salpicado de islas turbulentas: Barcelona, Las Palmas, Río de Janeiro, Montevideo...

El hermoso estuario recibió con apacible serenidad el nuevo visitante, y a las pocas horas de navegación, Pietro fué sorprendido por extraordinaria agitación... Llamadas, gritos, carreras, gestos violentos... Y de nuevo la borda se llenó de una multitud ávida y exaltada...

—¡Buenos Aires!... ¡Buenos Aires!...

¡Habían llegado!... El viaje, que parecía eterno, a través del mar, había terminado... Montado sobre los hombros de su padre, Pietro miraba con insaciable curiosidad. Y el puerto colosal y la inmensa ciudad, afiebraron sus ojos... Nubes de minúsculos pañuelos blancos saludaban

a los viajeros... Un rumor, como del viento soplando entre cordajes y mástiles en plena mar, agitaba a la argonáutica muchedumbre... Obediente a los fuertes tirones de los esbeltos remolcadores, la poderosa mole de hierro y acero se acercaba, con grave lentitud, al dique de amarre... De a bordo, todos, aun los que se sabían solos, buscaban en tierra el rostro amigo, el gesto de bienvenida. Palabras sueltas, entrecortadas, se cruzaban, caldeando al aire:

—¡Eh!... ¡Pietro!... ¡Giovanni!... ¡Luigi!... ¡Míralos, son ellos!... ¡Fratello!... ¡Fratello!... ¡Eh, aquí estoy!... ¿Va bien?... ¿Buen viaje?...

Y Pietro, que sentía ganas de gritar como los otros, se sorprendió viendo a su padre gesticular alegremente, mientras le gritaba a su mamá:

—¡Míralos!... ¡Allí están!... ¡No... no... más a la derecha!...

Sí, allí estaban, esperándolos, unos amigos, viejos compañeros de trabajo de su padre, que, más libres o más enérgicos, se anticiparon, entregándose al mar y a la ventura de un nuevo destino.

Desembarcaron. Y al pisar tierra argentina, abandonando el monstruo de hierro y de acero, Pietro sorprendió en los ojos de sus padres aquella misma expresión de vaga inquietud y de ternura... Gritos de bienvenida y abrazos.

¿Este es Pietro?... Pero ¡Si ya está hecho un hombrecito!...

Pietro besó a los rudos amigos de su padre... No entendía bien su lenguaje... Se caía de can-

sancio. Su almita, agobiada de tantas emociones diversas y de pensamientos varios y sorprendentes, dormitaba. Como autómata siguió a sus padres. Tomaron un taxi. Y tras larga y veloz carrera por las calles de la ciudad, llegaron a una casa. Pietro no oía ni veía nada. Entraron, Pietro se sintió en los brazos de su mamita, transportado con dulzura, puesto sobre mullida cama. Entrevió un círculo de caras borrosas que se inclinaban para besarlo suavemente, y cayó en profundo sueño...

Al despertar, Pietro creyó soñar. Su mamita iba y venía cantando alegremente. No hirió su olfato el penetrante hedor de miseria y húmeda suciedad. No se sentía mecido, habitante de la inmensa cuna sobre el agitado lomo del mar. Quietud, limpieza, inmovilidad. ¿Dónde estaba? Su mamita corrió a él, lo besó, zarandeándolo y le dijo:

—¡Vaya! ¿Ya dormiste bastante?... ¿Qué te parece?... ¡Ya estamos en la Argentina, en Buenos Aires!... ¿No te gusta?...

—¡Buenos Aires!...

No había terminado, para Pietro, la fantástica aventura.

Le habían cambiado el sol, el aire, las casas, las calles. Lo habían cambiado a él mismo, porque no le entendían y no entendía. Le habían cambiado los juegos y los gestos y las caras de los niños. Le habían cambiado hasta los libros, pues sabía leer y estudiar, y ahora, hojeando algunos que le regalaron los rudos amigos de su padre, veía signos iguales, sí, pero combinados de tal manera que

cada palabra resultaba misteriosa, incomprensible... ¡Pobre Pietro!...

Poco a poco fué comprendiendo que ninguna revolución había transformado la conformación de la tierra y de sus habitantes. Pero, en los comienzos de su vida escolar en una escuela argentina, siente turbaciones y temores que se forman y desvanecen y reaparecen en su almita aun bajo el influjo de su tremenda aventura.

—Ayudadle, hijos míos — terminó diciendo el Abuelo a Raúl y Jorge. — Y defendedlo contra las burlas de los demás.

Pietro

Raúl y Jorge sentían simpatía por Pietro, el niño italiano.

Después de las palabras del bondadoso Abuelo, se propusieron demostrarle su amistad.

No cursaban el mismo grado, pues Pietro por razones de idioma se vió obligado a comenzar el trabajo. No importaba eso, porque el grado no es nada y la escuela lo es todo.

Pietro, sabiendo que debía trabajar más que los niños argentinos, estudiaba mucho y con provecho.

En la escuela se sabía que Pietro era apacible, estudioso, de conducta irreprochable, cariñoso con sus compañeros, enemigo de riñas y burlas groseras. Queríanle los niños y los maestros, comprendiendo el dolor oculto del pobre niño en su afán de comprender y adelantar luchando con los inconvenientes de un idioma apenas desflorado: tratábanle con deferencia y tolerancia.

Pero Roque, el infeliz niño de almita enferma, no compartía tan nobles sentimientos. Envidiaba

la corrección y limpieza del niño italiano y alimentaba, en su almita oscura, incomprensible rencor. Y mientras los demás niños y los maestros se esforzaban en allanar las dificultades y desánimos de Pietro, Roque se complacía en mortificarle, remedando su acento italiano.

Nada contenía a Roque. Al contrario. Las convenciones de los maestros y el silencio de los niños, que no celebraban sus bromas de mal gusto, exacerbaron su rencor. Y se prometió excederse. Se convirtió en la sombra negra de Pietro, y si no fuera el temor que le inspiraba Jorge, sin duda le habría golpeado muchas veces. Excedió, sin embargo, toda medida.

Fué un día glorioso para Pietro. A fuerza de trabajo y buen comportamiento, había llegado a ser el primero de su grado. Con algazara le festejaban sus compañeros. Y ello bastó para que desbordara el rencor malsano de Roque. A la salida de la escuela, éste precipitose sobre Pietro, le pegó, le tiró los libros y cuadernos y, huyendo, temeroso de la justicia de los otros niños, especialmente de Jorge, que se le iba encima, le gritó con ánimo de insulto:

—¡Gringo!... ¡Gringo!...

A los golpes, Pietro respondió con los golpes, porque no era cobarde. Pero luego, al ver destrozados unos libros que tanto amaba y unos cuadernos trabajados con tanto esfuerzo, al oír el insulto, se quedó blanco como el papel y lloró desconsoladamente, con desesperación.

Acercándose Raúl y Jorge y a porfía le aca-

riciaron, consolándole con palabras dulces, sincera expresión de sus almitas blancas:

—¡No llores... Somos tus amiguitos... y te queremos mucho... todos te queremos!...

Y había en estas sencillas palabras tanta bondad, que Pietro se fué serenando y a través de sus lágrimas sonreía a Raúl y Jorge y a todos los niños y a la escuela, que le parecía ya más alegre y esbelta, y al sol que, brillando en un cielo puro, le recordaba el de su hermosa Italia...

Piedad

Roque había colmado la medida.

Reuniéronse los maestros, bajo la presidencia del director, y resolvieron expulsarlo de la escuela.

Al día siguiente, el director reunió a todos los niños de la escuela y les dijo:

—Roque ha sido expulsado de la escuela. Es un acto de justicia que debe aleccionaros. La escuela es vuestra madre común. Y como buenos hijos, debéis quereros, ayudándoos en el trabajo y compartiendo sin rivalidades rencorosas deberes y alegrías. No guardéis rencor a Roque. No era responsable de lo que hacía. Es una pobre almita enferma. Va a ser recluído en un Reformatorio, una escuela especial, donde su almita enferma hallará métodos y cuidados que aquí no son posibles.

La emoción embargaba a los niños. Y el director, luego de una pausa a propósito para que sus oyentes reflexionaran, continuó:

Si alguna vez le recordáis, que sea sin ren-

cor. Hacedlo con piadoso sentimiento, porque el pensamiento de los niños, si es puro, contribuye al buen éxito de la labor de aquellos maestros que moldean inteligencias enfermas y enderezan caracteres viciados... Olvidemos lo sucedido, en lo que tiene de desagradable, recordémoslo como acicate de buena conducta y de piedad y reanudemos, queridos niños, el trabajo que os hará a todos excelentes y útiles ciudadanos!

La visión

La impaciencia tenía intranquilos a Raúl y Jorge.

¿Qué diría el Abuelo de tan sensacionales acontecimientos?

¿Qué bondadosas reflexiones le sugerirían la injuria hecha a Pietro, la expulsión de Roque, las palabras del director?

Así, no corrían, que volaban, hacia la Avenida Costanera, donde el Abuelo les había dado cita.

De lejos le vieron, paseando pensativa su límpida mirada por el gran estuario de aguas tranquilas y profundas y por la enorme ciudad.

Atropellándose le contaron al Abuelo los diversos hechos y se aprestaron a escuchar...

Nada dijo el Abuelo. Se quedó más pensativo, y Raúl y Jorge creyeron ver, fugaz, un pliegue doloroso en su clara y serena frente. Al cabo de un rato, que les pareció larguísimo a nuestros amiguitos, la sonrisa iluminó de nuevo la bon-

dadosa cara del anciano y con acento tranquilo y acariciador se limitó a decir:

—¡Mirad y escuchad!...

Sorprendidos, Raúl y Jorge pensaban inquirir que debían mirar y escuchar... cuando, ¡oh ilusión!, fueron poderosamente absorbidos por un espectáculo maravilloso... como si el Abuelo, inspirado por los dioses de la antigüedad griega, hubiera descorrido el velo misterioso que oculta el fondo de las cosas y la verdad superior a las apariencias.

Y he aquí lo que vieron, bajo el conjuro del Abuelo:

.....
El disco rojo del sol poniente inundó de luz de incendio el profundo estuario, hasta más allá del horizonte.

Y a lo lejos, en el límite donde las aguas arcillosas del Plata luchan con las aguas azul-oscuras, verdinegras del océano inmenso, surgió una cadena sin fin de poderosos buques, repletos de hombres y cosas... Majestuosos y rápidos subían por el estuario, pasaban la boca del puerto, dóciles al gobierno de ágiles remolcadores, se desparramaban, segura e inteligentemente, por el dedalo de sus diques y dársenas y una multitud de hombres sudorosos y robustos los asaltaban para vaciar y apilar en los grandes muelles y almacenes de carga de sus vientres colosales...

Y en el puerto, con trepidar de motores y mugidos de sirenas, otra cadena sin fin de buques poderosos y repletos de hombres y cosas, se formaba. Majestuosos y rápidos bajaban por el es-

tuario, y más allá del horizonte, en el límite de las aguas del Plata y del océano, llevando en sus entrañas el valioso y codiciado fruto del trabajo argentino, tomaban rumbos distintos, dibujando en las turbulentas olas una estrella de estelas...

En la lucidez de tan extraordinaria hora, Raúl y Jorge comprendieron que en nuestro estuario los hombres, las cosas y los navíos del mundo se dan la doble cita de la reunión y de la dispersión. ¡Visión alucinante!

En los puertos litorales americanos, del Atlántico y del Pacífico, desde Tierra del Fuego a Groenlandia y Alaska, hermanas en la eterna nieve... En los puertos de la Confederación Sudafricana — la Argentina de Africa — y en los tórridos del litoral atlántico: Dákar, Casablanca, Tánger, y en los mediterráneos, con Alejandría la Soberana... En los puertos, numerosos y febriles, del quebranto litoral europeo... En los puertos del Lejano Oriente: India, Australia — la Argentina oceánica — Nueva Zelandia, Indochina, Filipinas, Japón y China... En todos los puertos del mundo civilizado, millares de navíos, grandes y pequeños, de vapor, a petróleo y veleros, rápidos como expresos y lentos como chatas que recorrieran, dando tumbos, la pampa ondulante, largan amarras, vomitando torrentes de humo o extendiendo a la caricia del viento su grácil velamen... Llevan en sus entrañas máquinas agrícolas e industriales, automóviles y camiones, carbón, hierro y acero, sedas, encajes y papel, tejidos, aviones y libros... y también, ¡oh tristeza!, venenos alcohólicos y las drogas pestilentes que

van a sumir en la degradación a tantos desventurados... Y en el pensamiento de las tripulaciones está grabado con letras de oro el nombre mágico: Buenos Aires. Y en los fardos y soberbios embalajes se lee, escrito por hombres de todas las razas, edades y religiones, el mismo mágico nombre: Buenos Aires... Y, dóciles al grito de reunión en el estuario del Plata, desafiando vientos y tempestades, dejando la dolorosa estela de los navíos vencidos por la furia del mar — bestia insaciable de hombres y cosas, — cruzan los grandes océanos y llegan a nuestro puerto, donde, distribuidos por la intrincada red de sus diques, dársenas y canales, son librados de su carga, productos multiformes y gloriosos del Hombre, inspirado por la Ciencia y la Necesidad... Pero no existe el reposo para los hombres y las cosas del mar... Y, tan pronto cumplida la cita de reunión, se aprestan a obedecer la orden de dispersión, repletos de nuestro trigo y maíz, cueros y carnes, lino, lana y algodón, maderas y frutos de toda especie, pedidos de todos los continentes, necesarios a todas las naciones... Y, en el pensamiento de las tripulaciones, vibran nombres y palabras de todos los idiomas y dialectos y puntos del vasto mundo. Y los productos del trabajo argentino acompañan a los hombres en la variedad de sus pensamientos y afectos...

Siguiendo, absortos y obsesionados, el incessante burbujeo de miles de estelas tan pronto dibujadas como borradas y rehechas, que marcaban en la cambiante cara de los océanos innumerables caminos de rumbo invariable, Raúl y Jorge oye-

ron, en susurro, la voz del Abuelo, voz de ensueño, que decía:

—Grande e inescrutable parece la Tierra a los ojos del ignorante. Pequeña y mensurable es la Tierra a los ojos del sabio. Fecundo pedazo del mundo, la Argentina está ligada al Todo, que es la Tierra y la Humanidad, por los sutiles cordones umbilicales que dibujan en las olas las estelas de los navíos. Por ellos la Argentina vive unida indisolublemente a todos los pueblos de la Tierra, y siente, con ellos, el dolor de la barbarie o la alegría de la libertad triunfante, el fuego de la corrupción o la luz brillante de sus multitudes entregadas al trabajo... La Argentina, para ser amada, debe ser comprendida y sólo la comprenderéis en esa su estrecha comunidad de vida, ideales e intereses con la Humanidad, que es una en su inmensa variedad. No ama a su patria quien es incapaz o no quiera comprender y amar a la Tierra con sus hombres y cosas...

... ..

Cuando la voz del Abuelo murió en el murmullo de su última frase, Raúl y Jorge no vieron ya las vastas regiones del mundo.

Ante sus ojos se extendía la Argentina, desde las mesetas y bosques del Gran Norte tórrido hasta las silenciosas y eternamente nevadas regiones de Tierra del Fuego; desde las dulces riberas del estuario hasta las grandiosas estribaciones y macizos de la cordillera andina.

Y vieron enormes extensiones inhabitadas y las misérrimas ciudades y pueblos del norte, las tristes taperas que a grandes distancias cobijan

extrañas familias de seres miserables, enfermos y famélicos, corrompidos por la soledad, la miseria y el alcohol, corroídos por la peste y la suciedad, madre de las pestes...

Vieron peregrinaciones lamentables de hombres, mujeres y niños, con sus animales de labranza y herramientas de trabajo, expulsados de la buena tierra trabajada con amor y rudo esfuerzo, por rebaños de vacas salvajes seguidos de míseros gauchos sin hogar y condenados a no tenerlo... Y los humildes ranchos se hundían tristemente!...

Vieron las pampas ondulantes de trigo y, luego, en fantasmagórica transición, inmensos amontonamientos de bolsas repletas del dorado fruto y pudriéndose por falta de brazos, de caminos y medios de transporte...

Vieron ciudades y pueblos, renacientes y pujantes tan pronto como la chacra se levantaba, languidecer absorbidos por el desierto o la miseria de las absurdas estancias...

Vieron el doble trazo negro de las líneas ferroviarias, y en sus almitas resonaban cantos gloriosos, porque con el riel rebullía la vida y los desiertos se poblaban de niños y escuelas, de tostados chacareros, de enérgicas madres que al cuidar y embellecer miles de hogares transformaban en jardines los paisajes ingratos y monótonos de la pampa solitaria e infecundada...

Vieron, en el norte, y en el sud, al este y al oeste, cómo el trabajo mataba el desierto doquier aparecía...

Vieron cómo, del polvo de los desiertos y del

que levantaban a su paso los lamentables peregrinos en busca de tierra y de hogar, del vaho infecto rezumando de taperas donde mora la miseria, el alcohol y la ignorancia, de las ruinas de ranchos míseros y de pueblos y ciudades adormecidos: se formaba, amasado por mano invisible, un ser terrible, el latifundista, con cabeza de hombre y cuerpo de pulpo, apretando, asfixiando con sus tentáculos viscosos toda la tierra argentina...

Espantados, Raúl y Jorge se esforzaron por desentrañar el misterio, cuando, de nuevo, la voz del Abuelo, voz de ensueño, dijo:

—No ama la tierra argentina el egoísta que se apodera de ella para absorber, sin fecundarla, sus riquezas...

... ..
La odiosa bestia desapareció y las miradas de Raúl y Jorge convergieron, atraídas misteriosamente, hacia el puerto y quedaron deslumbrados.

De los grandes buques correos salían hileras interminables de hombres, mujeres y niños... ¿Cuántos eran?... Millares... millones... quién podía contarlos?

¿De dónde venían?... ¿Quiénes y qué eran? Venían de todas partes. Eran de todas partes... Y en la confusión de los gritos y las llamadas, Raúl y Jorge reconocían a los flemáticos y rubios hijos de la multiforme Inglaterra; a los alemanes, lentos y de poderosa energía concentrada; la fina cabeza de los hombres de Francia; inquietos italianos de habla argentina; menudos y cetrinos españoles; israelitas y rusos, búlgaros

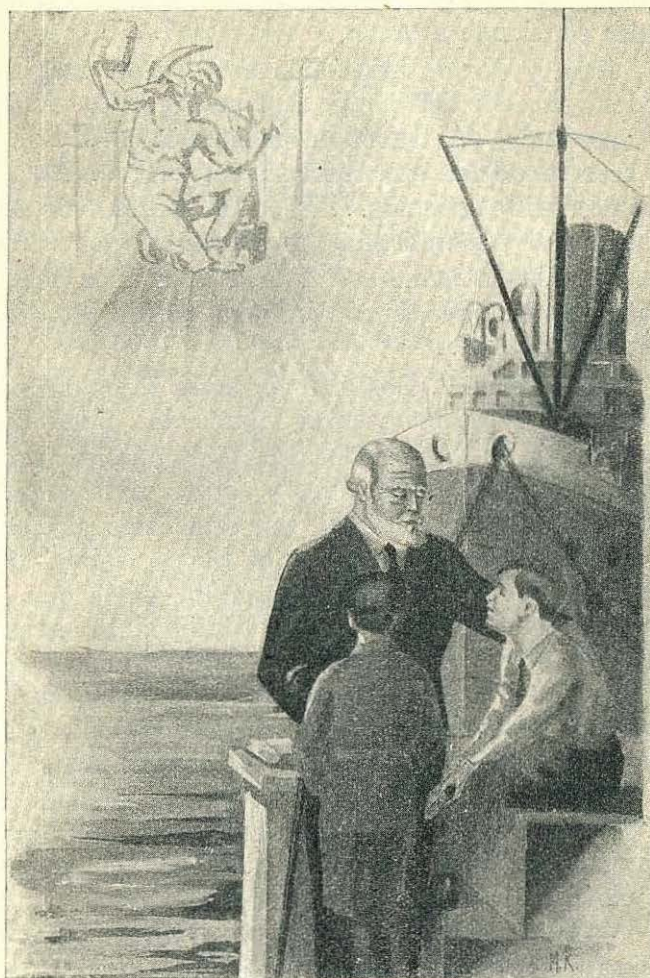
y rumanos; serbios y checos, austriacos, belgas y holandeses; escandinavos de cerebro equilibrado, y suizos de recia musculatura y de feliz espíritu democrático; griegos y turcos, de negro cabello y ojos de profundo mirar; libios tocados de albo turbante, indos de corazón misterioso y cerebro trabajado por milenaria sabiduría, chinos con trenzas y a los pequeños ágiles japoneses... Hombres, mujeres y niños de todos los pueblos de la tierra, de todas las razas, costumbres y religiones...

Y en esta Torre de Babel reinaba el orden más admirable, y la confusión de lenguas no impedía el mutuo entendimiento.

Esos millares, centenares de miles, millones de seres, desembarcando de los navíos del mundo, marchaban, en largas, inmensas teorías, tierra adentro... Y a su paso, las multitudes argentinas y de extranjeros asimilados y naturalizados conmovían el espacio con sus gritos fraternales de bienvenida, con sus cantos religiosos, arrancados, estrofa por estrofa, a la fecunda tierra trabajada: cantos triunfales del hombre vencedor de la naturaleza.

Absortos y una llama en los ojos, Raúl y Jorge fueron testigos de la fantástica transformación... Los desiertos se poblaban... Las taperas desaparecían desplazadas por hermosas chacras rodeadas de árboles y de flores: soberbios, cómodos e higiénicos hogares de millones de niños alegres y vivaces, sanos e inteligentes... Rebaños de vacas expulsadas por las chacras, buscaban refugio en las tierras lejanas, pobres y cos-

tosas o no aptas para el cultivo... Surgían, como por arte de encantamiento, ciudades enormes, y los viejos pueblos y ciudades asfixiados hoy por el desierto, se distendían en desperezo gigantesco y se extendían invadiendo la tierra generosa... Los ríos, de reflejos plateados, canalizados, sosteniendo innúmeras escuadras comerciales, alimentaban poderosos establecimientos fabriles, escalonados a lo largo de sus riberas, y, sangrados inteligentemente, distribuían, paternales, el agua que fecunda los campos áridos... Las cascadas y cataratas, agentes ahora de pavor y destrucción, producían millones de voltios, vital energía eléctrica, que transformada en luz y fuerza, llegaba a todos los rincones del vasto país... Ingentes y sutiles máquinas trabajaban la tierra, elevándose el hombre de esclavo a director del trabajo... Tupida red de centenares de miles de kilómetros de vías ferroviarias, largas líneas blancas recorridas por millares de automóviles y autocamiones, cubrían el territorio, y el argentino del norte y el de Tierra del Fuego, del este y del oeste, y aquéllos que vegetaban ahogados en muertas soledades, se sentían más próximos, más hermanos, más argentinos, al poder amar y conocer el país en la maravillosa diversidad de sus climas, paisajes y producciones... Potentes rugidos poblaban el aire surcado de rutas trazadas, a vertiginosas velocidades, por el avión grácil y el majestuoso dirigible... La tierra y el aire y los ríos argentinos vibraban agitados sonoramente!... ¡Cantos de hombres y máquinas!... ¡Risas de ni-



...¡Amad en este gigante al hijo futuro de esta tierra!... (Pág. 86)

ños y sonrisas de madres!... ¡Auroras de juventudes sonriendo al amor y a la vida!...

Raúl y Jorge, hijos bien amados del mágico poder vencedor del tiempo, habían tenido la visión del porvenir. ¿A través de cuántos años?... ¡Es el secreto de las generaciones nuevas!... No lo supieron ni lo sabemos... Pero 100 millones de argentinos vivían en el suelo argentino y Buenos Aires se daba la mano con Nueva York, por sobre ambos continentes, en un impulso cordial de gloria y progreso...

Obscurecía... Los últimos rayos rojos del sol poniente purpuraban, en la lejanía, las aguas del Plata... Y de los confines de la República, precedido de himnos augurales y soplos vivificantes, avanzó una figura colosal, tan alta como el cielo y cubriendo con su sombra la tierra visible. De músculos de hierro y frente amplia, en la que el genio había grabado su luz centelleante, avanzaba, lenta y seguramente, con paso rítmico y sonoro, la herramienta al hombro y un libro en la mano... Sin miedo, Raúl y Jorge miráronle a la cara y vieron que sonreía, coloso amable amasado en la paz y el trabajo... Y Raúl se disponía a preguntarle quién era, de dónde venía, que quería, cuando, por tercera vez, la voz del Abuelo se elevó en la calma apacible del atardecer:

—Amad en este gigante al hijo futuro de esta tierra, al argentino del porvenir, síntesis de todas las razas del mundo fundida en el crisol del trabajo!...

Y Raúl y Jorge, deslumbrados, cerraron los ojos...

... ..

Al reaccionar, ansiosos de beber nuevos destellos de gloria, todo se había desvanecido... A su lado estaba el Abuelo, con su sonrisa bondadosa y sus ojos de apacible mirar, la venerable barba blanca agitada por la fresca húmeda brisa del río... Y a sus espaldas las aguas del estuario se deslizaban tranquilas, perezosas, hacia el profundo océano... Y ante ellos y alrededor de ellos, bandadas de niños correteaban alegremente por la espaciosa y admirable Avenida Costanera... Y la gran ciudad les hizo llegar los últimos ardientes soplos de su incesante trepidar y jadear diurnos...

Y el Abuelo, a modo de comentario de la fantasmagórica visión, habló así a sus amiguitos:

—¡Comprendéis ahora, hijos míos, por qué los niños argentinos no deben burlarse, ni perseguir, ni guardar rencor, a los niños extranjeros que con ellos comparten las enseñanzas de los maestros y la intensa agitación de sus juegos?

Con cierto desgano abandonaron tan delicioso lugar, en silencio, absorto cada uno en sus pensamientos, y al cabo de un rato, Jorge, en cuya cabeza había dado mil vueltas la misma idea, estalló, recobrando inconscientemente sus antiguas maneras y lenguaje de campeón:

—¡Si me encuentro a Roque, lo dejo “nocaut”, lo dejo!

No había terminado y ya el rubor encendió su cara, comprendiendo la gran tontería dicha y no compensando la sincera cólera la burda intención e inculto lenguaje.

Así se lo hizo comprender Raúl, sacudiéndole un brazo, en aviso amistoso, y luego el Abuelo con su bondadosa sabiduría.

El alcohol

Y el Abuelo habló así:

—El rencor afea las más puras intenciones. No seas jamás rencoroso, Jorge. ¿Qué os dijo de Roque el maestro?

—Que no le guardáramos rencor, — contestó prontamente Raúl.

—Dijo bien el maestro... Y si conocierais a Roque, comprenderíais cuán noble y hermoso fué su consejo.

—¿Usted le conoce, Abuelo? — preguntó con ansiosa curiosidad Jorge.

—Sí... Y conozco algo más importante... Conozco su hogar... Compadeced al pobre niño. No es responsable de sus actos. Hay en él una fuerza superior a sus sentimientos, una fuerza brutal que le impele a obrar como lo hizo con Pietro, una fuerza extraña mezclada en su sangre y en sus nervios...

Conocí al padre de Roque, un buen hombre en su juventud. Pudo ser buen padre, cariñoso esposo. Pero el alcohol lo esclavizó. Bebió al principio porque sí, de ver beber a sus amigos, jugando a hombría, y poco a poco, envenenada, su sangre le fué pidiendo alcohol y más alcohol, in-

saciablemente, alcohol... Se casó. En su alma amaba a su compañera, anhelaba la sedante tranquilidad del hogar, acariciaba la ilusión del primer beso de un hijo. El alcohol venció. Y siguió bebiendo. Y con su sangre corrompida dió vida al infeliz, celebrado en su alma obscura como el advenimiento de la aurora. El alcohol destruyó el hogar: la madre de Roque, agobiada de dolor y de tristeza, murió en plena juventud... Sin madre y en compañía de un padre alcoholizado, ha crecido Roque... ¡pobre criatura víctima del vicio de su padre!... ¿Y tú serías capaz de odiarle, Jorge?

—No, Abuelo, — contestó Jorge, con doloroso arrepentimiento.

—Amadle más bien, hijos míos, que si en el mundo hay seres necesitados de amor, éstos son los desventurados como Roque... Amadle y recordadle siempre en vuestros años mozos. Quienes desprecian el ejemplo elocuente que por su lado pasó, no merecen compasión... Amad a la víctima y odiad al victimario: ¡al alcohol!... No bebáis jamás alcohol, y si, en vuestra juventud, os encontráis con amigos inconscientes dispuestos, en su inconsciencia, a jugar con tan repugnante enemigo, luchad con ellos para arrancar de sus manos el veneno maldito...

Y ahora, como niños, cuando os juntéis con otros niños en manifestaciones cívicas o en fiestas escolares, cantad a coro, fuertemente, para que vuestras voces amadas resuenen por toda la ciudad: "Padres, por amor a vuestros hijos, no bebáis alcohol!"

El día del sufragio

En la puerta de la escuela, transformada en colegio electoral, y preguntando mil cosas al agente de facción, Raúl y Jorge esperaban al Abuelo, que allí los dejara un momento antes.

Reapareció el Abuelo, sonriendo bondadosamente al buen sol, al suave aire mañanero, a los ciudadanos que se disponían a cumplir un sagrado deber, a sus almitas tan fieles como amadas.

Silenciosamente pasearon unas cuadras, y el Abuelo dijo:

—Hoy es el Día del Sufragio. ¿No comprendéis, hijos míos? Los ciudadanos de la República eligen hoy a sus representantes, a quienes transfieren su poder y sus preocupaciones. Es un día sagrado para la República. Los ciudadanos, cada uno por sí mismo y todos en conjunto, al depositar su voto en la urna, se identifican con la patria, porque votan pensando en las ideas y los hombres que a su progreso y libertad convienen. El Sufragio y la Escuela se complementan. No existe la una sin el otro. Un ciudadano ignorante, analfabeto, in-

capaz de comprender sus necesidades y la manera de acabar con ellas, se hiere como un niño muy niño que juega y se corta con un cuchillo. Por eso, los amigos del Sufragio construyen escuelas, piensan en los niños, forman legiones de maestros: para que, eliminada la ignorancia, la miseria del analfabetismo, todos los ciudadanos quieran y sepan votar. Por eso, también, el cerebro oscuro que medita la tiranía o la sujeción de muchos a sus caprichos, odia la escuela, mantiene a los niños en vagancia corruptora o los entrega a hombres voraces, cómplices suyos, ambiciosos de encerrarlos en fábricas lóbregas para enriquecerse explotando su cuerpo y envileciendo sus pobres almitas.

Calló el Abuelo y complacióse en mirar los grupos de ciudadanos que en las cercanías del colegio electoral comentaban, pacíficos y contentos, las incidencias del comicio. Y continuó:

—¡Hermoso espectáculo, hijos míos!... Sublime espectáculo para mí, que he conocido y sufrido los días sin libertad, días amargos que herían sin compasión a los inteligentes y honrados para ensalzar y elevar a pícaros y cínicos!...

Un mal patriota

Una aglomeración de ciudadanos interrumpió el paseo de nuestros amigos y las reflexiones del Abuelo.

Al acercarse al grupo, oyeron estas palabras: —¡Es un borracho que quiso votar por otro!

Entre dos agentes el infeliz fué llevado a la comisaría. Y el Abuelo comentó:

—Grabad en vuestra memoria la imagen de este hombre: es la imagen del antipatriotismo. Alcohólico, vencido por la vagancia y la incultura, ese hombre vendió su derecho de ciudadanía, quiso prostituir el Sufragio!... Pero, compadecedle, porque ha sido instrumento en manos de alguien más peligroso y odioso: de quien, dándole alcohol y especulando con su degradación intelectual, lo indujo al delito... Este es el verdadero enemigo! A éste debería castigar la ley, y sin compasión! Este no quiere el progreso del país, sino su progreso personal. Y si hoy, ambicioso de una representación, busca la complicidad

de alcoholizados, mañana, de tenerla, venderá su poder y su inteligencia al mejor postor.

Apacible, bondadoso, enemigo de las palabras fuertes, de los conceptos airados, el Abuelo asombraba a Raúl y Jorge con su vehemencia y la irritada vivacidad de sus gestos. Comprendiólo, sin duda, pues, serenándose y sonriendo, agregó:

—¿Me exalté, verdad?... Os pareció que hablaba otro abuelo, ¿verdad?...

—No, Abuelo, contestaron a una Raúl y Jorge.

—La exaltación suele ser, y lo es, cuando se produce espontáneamente, el lenguaje de la sinceridad... Viendo al desventurado que se vendió y adivinando a quién quiso utilizarle, recordé a los hombres deshonestos, bárbaros, viles caudillos que durante un siglo vivieron sobre la Argentina sumiéndola en el caos de la tiranía y de las guerras civiles. Y el pensamiento de los libertadores y de Sarmiento cobró en mi espíritu un vigor extraordinario. Siguen luchando la Civilización y la Barbarie. Esta renace en cada caudillo, aquélla vence por el Sufragio. Vemos por la pureza del Sufragio, instruíos para poder mañana cumplir como buenos ciudadanos y cazar como bestia dañina al último caudillo que pretenda estorbaros la marcha hacia adelante.

Y Raúl y Jorge respondieron con entusiasmo y sintiendo, palpar en ellos un corazón valiente:

—¡Viva el Sufragio!

1.º de Mayo

Raúl y Jorge esperaban al Abuelo con ansiedad. Tenían algo que contarle. En su impaciencia creyeron que el Abuelo se retardaba. Pero el bondadoso anciano llegó a la hora justa, fiel al consejo tantas veces repetido:

—Si convenís una cita no os anticipéis ni os retardéis. Acudid a la hora acordada, para no perder vuestro tiempo ni jugar con el tiempo de los demás.

Y adivinando su impaciencia, preguntó el Abuelo:

—¿Qué novedades tenemos?

—El maestro nos ha dicho que mañana no habrá clase, dijo Raúl con asentimiento de Jorge.

—¿Y os pesa, hijos míos?

—No, abuelito. Papá se puso muy contento y dijo a mamita: eso está muy bien, ¡haremos fiesta todos!

—Mi papá tampoco trabaja mañana, agregó Jorge.

—¿Por qué hacemos fiesta mañana, por qué

no se trabaja mañana, abuelito?, inquirió Raúl, siempre deseoso de saber.

—¿No lo sabéis, hijitos? Mañana es un gran día, un hermoso y humano día, el Día Universal! Mañana es 1º de Mayo. Es el día de vuestros padres, de vuestros maestros, es mi día. Es el día de todos los que piensan y trabajan. ¡Es el Día de la Humanidad!... Muchas fiestas interrumpen el trabajo de hombres y niños. Y de ellas, muchas son debidas a la rutina y otras a la superstición. Muy pocas tienen un significado concreto y noble y éstas sólo interesan a pequeños núcleos humanos, recordándoles episodios y epopeyas de su historia particular. La Fiesta del Trabajo debería ser tan vieja como la humanidad, puesto que trabajar es su ley eterna, pero es la más nueva de las fiestas, porque recién ahora el Trabajo piensa por y en sí mismo. En todos los continentes se trabaja y se sufre trabajando, hijitos. Por eso en todos los continentes, sin distinciones de razas, religiones, gobiernos y costumbres, se celebra el 1º de Mayo. Haced un pequeño esfuerzo de imaginación y respiraréis la intensa belleza del Día Universal. Millones de hombres americanos, europeos, africanos, asiáticos, oceánicos, desde el rudo argentino de las pampas hasta el misterioso habitante de las islas Fidji, reunidos en inmensas y vibrantes multitudes, ondeando la misma bandera, hablando espiritualmente el mismo lenguaje, cantando los mismos himnos, alimentando idénticas esperanzas, afirmando su fe en ideales de paz y de justicia que a todos interesan por igual, sufriendo injus-

ticias que sólo la distancia y las características locales parecen diferenciar, nos dicen: La Tierra es una en su variedad, los hombres son hermanos en su dispersión, en sus diversos colores y nacionalidades!... ¿Puede haber algo más sublime, hijos míos? La Humanidad se recoge en sí misma y contempla, estremecida, los fulgores del Sol futuro vigorizando una vida más justa y más hermosa, entristecida sólo por los dolores físicos y morales inevitables, no debiendo ningún dolor, ningún mal, a la soberbia, al egoísmo, a la prepotencia de unos hombres sobre todos los hombres, de una casta de hombres sobre los demás!...

—¡Es hermoso, abuelito! ¿Será alguna vez, será pronto?, interrumpió súbitamente Raúl, con intensa preocupación.

—¡Muy hermoso!... Ello será. Si será más pronto o más tarde, no lo puedo decir, hijo mío, porque el secreto está en vosotros, en la fuerza de vuestro corazón y en la claridad de vuestro cerebro.

25 de Mayo

—Escuchad, hijos míos, dijo el Abuelo. La historia de los antepasados debe recordarse si ella nos ayuda a ser buenos actores de la historia actual.

Raúl y Jorge, vestidos de fiesta, se prepararon para no perder ni sílaba. Y el Abuelo, sonriendo bondadosamente, continuó:

—En las jornadas épicas de la Reconquista, los criollos de comienzos del siglo XIX hicieron excelente aprendizaje. Se habían limitado hasta entonces a obedecer las órdenes de los funcionarios metropolitanos, de cerebro estrecho y de corazón menguado como su rey Fernando VII, a quien los mismos españoles llaman Abyecto. Después de la Reconquista, vieron que, confiados a sí mismos, también podían vivir y vencer. Y una idea soberbia germinó en sus cerebros: un pueblo no debe derramar su sangre para cambiar de amo, sino para conquistar su libertad, para disponer libremente de sus destinos. De esta idea, madurada, nació el 25 de Mayo, hijos míos.

Para todo argentino es, pues, una fecha gloriosa. Por el 25 de Mayo el pueblo argentino nació a la vida de los pueblos libres. ¡Celebrémosle con entusiasmo!

—¡Viva la Argentina!, gritaron a un tiempo Raúl y Jorge, interpretando el pensamiento del Abuelo.

—Sí, hijos míos, ¡viva la Argentina! Pero no basta gritar ¡viva!, para que la Argentina viva realmente. La vida es trabajo y libertad. No vive el prisionero, no vive el holgazán. Aquél languidece entre rejas, éste se corrompe, ya rodeado de lujo y de parásitos, ya vagando sin rumbo y sin dignidad. Cada uno de nosotros puede cantar un himno inmortal: el himno de la libertad y del trabajo. Y este himno, cantado por millones de ciudadanos, hará de la Argentina un país de gigantes: Estados Unidos de Sud América. Los hombres del 25 de Mayo de 1810 dieron su sangre, y millares de ellos su vida, porque querían ser libres, porque querían trabajar los desiertos, porque querían convivir internacionalmente con los productores del mundo intercambiando hombres, ideas y frutos de la tierra y de la fábrica... En los corazones argentinos del 25 de Mayo halló un eco profundo el himno de la libertad y del trabajo. Cantándolo fueron invencibles, destruyendo las fuerzas opresoras de la metrópoli y conquistando, en sublime esfuerzo de fraternidad continental, la libertad para otros pueblos hermanos.

—¿Por qué no nos enseña ese himno, abuelito?

—Es un himno que no se enseña, hijitos. Es-

crito está en el corazón y en la inteligencia de cada argentino. Aprended a leer en vosotros mismos y las estrofas se formarán espontáneamente, vigorosas y heroicas. Son tres las estrofas y se titulan: Libertad, Trabajo, Solidaridad... ¿Queréis cantarlo?...

Así iban conversando el Abuelo y sus almitas, mientras se dirigían con paso alegre y decidido al lugar designado en la víspera por el director de la escuela, para la concentración escolar.

Muy cerca estaban ya y un murmullo cada vez más fuerte, de voces y risas y cantos sueltos, interrumpió su agradable conversación.

Muy cercanos, los acordes de la Banda Municipal, coreados por millares de argentinas voces infantiles, conmovieron el aire y el corazón de nuestros amigos. Y sus voces, obedientes al mismo impulso, respondiendo a un mismo sentimiento, cantaron también:

“Oíd, mortales, el grito sagrado:
Libertad, Libertad, Libertad...”



CUARTA PARTE

EDUCACIÓN FÍSICA

Kid Molinete

—Jorge la conocerá, sin duda, porque ha leído las historias de todos los campeones, dijo el Abuelo, sonriendo burlonamente.

—¿Qué historia, Abuelo?

—La de Kid, el Campeón!

—Ya lo creo, replicó Jorge con entusiasmo. También se llama Kid Molinete!

—Es, realmente, una historia curiosa. Contémosela a Raúl, aunque mucho me temo que sólo conozcas una parte, Jorge...

Reflexionó un momento el Abuelo, y dijo:

—Kid nació en Tejas, siendo su padre el cowboy Relámpago, muriendo de parto su madre. Vario y rudo había de ser su destino.

.
A la escuela del lugar asistían Kid y Mary, niña rubia como espiga madura, de sentimientos y gustos delicados. Kid, fornido y amigo de los ejercicios violentos, quería, no obstante, a Mary,

admirando la delicadeza de sus rasgos y la divina dulzura de su sonrisa. En nada se parecían. De inteligencia vivaz y curiosa, Mary amaba los libros, las flores, la carrera por el campo, la gimnasia de movimientos gráciles y armónicos. De inteligencia tarda y perezosa, Kid prefería el desenfreno a la disciplina, el campo a la escuela, la lucha brutal al ejercicio metódico y educativo; un buen libro le adormecía, una pelea le exaltaba. Mary se desarrolló esbelta, rítmica, riente, brillando en sus ojos y en su frente la variada riqueza de sus sentimientos fecundados por una inteligencia sutil. Kid, a los 14 años, era un mocetón macizo, de cabeza dura, puños de hierro, corazón firme, mirada de reflejos acerados, de inteligencia escasa y rico en sentimientos.

Gustaban de ir juntos, recordando los días pasados y queriendo entrever el futuro a través de sus respectivas ilusiones. Se querían como hermanos. Se lo figuraban así, al menos, siendo demasiado jóvenes para ver muy hondo y muy fino. Pero Kid era celoso. Pensaba mucho en Mary. En el trabajo, en el vagar, en el sueño, la imagen de Mary no se apartaba de él. De niño a puñetazos defendía a Mary. Ya muy hombrecito, a puñetazos seguía defendiéndola. No toleraba bromas ni travesuras de nadie, si le parecía que ellas molestaban, irritaban o hacían sufrir a Mary. Se complacía en excederse para despertar en Mary entusiasmo, para ser a sus ojos un héroe infatigable e invencible. Mary le correspondía, y al reprenderle sus excesos había en su voz tanta dulzura, que Kid se prometía reincidir.

Cuando, cansados de alguna fiesta o de divertirse en compañía de sus amigos, corrían al campo a sentarse a la sombra del árbol preferido, se complacían en la confidencia:

Mary.—Me gustaría tener una casa grande, rodeada de árboles y flores, alegre con el trino de pájaros multicolores, blanca y llena de sol. Kid cuidaría el jardín, mientras yo leería un tratado de floricultura... porque Kid, mi querido Kid, es muy cabezón!...

Kid.—Quiero corre mundo y ver muchas cosas... Quiero pelear y ser Campeón para ganar millones y regalar a Mary un palacio de oro... porque Mary, mi Mary querida, es muy vanidosa!...

Y, las manos en las rodillas, balanceando sus cuerpos a impulsos de gratas visiones, Mary y Kid iban desgranando ilusión tras ilusión, indiferentes al tiempo y la realidad.

Lentos y monótonos pasaron los años...

La paz del pueblo fué turbada. Un circo ambulante, salido de cualquier parte, sentó en él sus reales. Todd se llamaba su empresario, un hombrecillo inquieto, de indecisa edad, calvo salvo rebelde mechón que acariciaba su frente rugosa a cada gesto, nariz robusta y rubicunda, charlatán, aficionado a los chistes y a la risa sistemática. Los enfáticos programas prometían al pueblo grandes hazañas de la Reina del Aire, del Hombre Serpiente, del Mago recién llegado de Oriente, del Fakir que se deja enterrar en vida, del Tragador de Sables, y de Fox, campeón de los campeones, y que prometía 5000 dólares al vecino que se atreviera a medirse con él y lo venciera...

Noche a noche se llenaba el circo. Todos los números eran aplaudidos, pero nadie gustaba tanto como Fox. Su presencia provocaba delirantes aplausos. Fox, para hacer ánimo, peleó primero con los hombres más fuertes de la compañía, derrotándolos ignominiosamente. Y a cada victoria, Todd, el empresario, renovaba el desafío de los 5000 dólares. Tentados por el premio, se fueron presentando los mocetones que gozaban fama de peleadores. A todos venció. Sólo Kid no daba señales de vida, haciendo como que no oía alusiones bien claras y directas:

—¡Kid no pelea!

—¡Kid le tiene miedo a su mandíbula!

—¡Kid consiente que el pueblo pierda sus prestigios!

—¿Qué teme Kid?... ¡Los puños de Fox!

Nadie adivinaba el secreto. Kid no faltaba a ninguna sesión y a cada derrota se mordía los puños de rabia. Pero se quedaba quieto, porque un día Mary le dijo:

—No quiero que pelees con Fox. ¡Prométeme que no pelearás!

Y Kid prometió.

¡Quebrantó su promesa, sin embargo!

Los espectáculos del circo perdían su interés, porque Fox ya no tenía con quién pelear. Antes de levantar el campo, Todd, el empresario, se propuso ganar una entrada rebosante y meditó, y puso en práctica, un ardid excelente. Repartió programas, anunciando las últimas funciones y prometiendo que en el término de tres noches Fox combatiría y vencería a un Campeón. ¿Quién era

el Campeón? Nada dijo Todd, pero el empresario ladino pensaba en Kid. Y al llegar la tercera noche, lleno a rebosar el circo, Todd salió a la pista y pronunció el siguiente discurso:

—Respetable público: Hablo en nombre de Fox, el Campeón invencible. Da las gracias a todos los campeones de esta importante ciudad que le hicieron el honor de medirse con él, les pide disculpas por haberlos vencido...

—¡Hurra! — gritaron los espectadores.

—Respetable público — continuó Todd —: no he terminado.. Fox dice que en este pueblo de valientes hay un cobarde... Silencio, señoras, señoritas y señores!... Sí, un cobarde. ¡Y ese cobarde se llama... ¡Kid!...

—¡Sí... Sí!... ¡Kid es un cobarde! — vociferó el público.

—¡Atención, caballeros y señoras!... — Fox por mi boca, le dice a Kid que es un cobarde!... Fox, por mi boca, le dice a Kid que si baja a la pista le zurrará, le tirará de las orejas y le hará bailar el oso!... He dicho.

Una gritería infernal acogió el extraño desafío de Fox, por boca de Todd:

—¡Kid!... ¡Kid!... ¡Kid!...

Sí, entre el público estaba Kid, como de costumbre. La injuriosa provocación borró de su mente promesas y recuerdos. Y sin escuchar las palabras de Mary, ciego de ira, bajó, impetuoso, a la pista, de un revés derribó a Todd y rugiendo gritó:

¡Kid zurrará, tirará de las orejas y hará bailar el oso a Fox, campeón mantequilla!...

Maltrecho y contento se levantó Todd, mientras el público bramaba de impaciencia.

Orgulloso, petulante, perdonando vidas, compareció Fox. Al ver a Kid, le hizo una mueca y se dispuso a zurrarle. Profundo silencio sucedió a la tremenda gritería. Kid se puso en guardia, gritando:

—¡En guardia, en guardia... mantequilla!... ¡Y a puño limpio!...

Cayó en guardia Fox y comenzó la pelea. Y a los pocos segundos Fox caía pesadamente, vencido. No se retiró Kid, ni hizo caso del público que le aclamaba, ni de Todd, que estudiaba su cuerpo con extraña y asombrada persistencia. Volvió Fox de su desmayo. Veía miriadas de estrellas y dos soles que le infundían pavor: los ojos de Kid. Levantóse tambaleante, y avergonzado inició la retirada. Kid se interpuso, le zurró, le obligó a dar dos vueltas a la pista tirándole de las orejas y otras dos más bailando el oso, exacerbado por el público y los mocetones derrotados, que se ensañaban en el vencido para vengar agravios:

—¡Que baile!... ¡Baila, oso!... ¡Más aprisa, oso lindo!... ¡Arrea, Kid, una vuelta más!...

Satisfecha su venganza, Kid huyó, sin querer hablar con nadie, sin escuchar llamadas ni aplausos. El silencio reinaba en el circo, y la obscuridad ocultaba el dolor de un pobre hombre, humillado, herido, comiendo un pedazo de pan duro mojado de lágrimas amargas...

Kid no estaba tranquilo. Buscando paz se refugió bajo el ramaje protector del árbol amado

por Mary. Allí estaba Mary... Mary, que huyó del circo espantada por la crueldad de Kid y del público. Mary, que lloraba, bajo el árbol testigo de tantas y tan amadas confianzas, alguna ilusión perdida.

Nada se dijeron durante largos minutos. Por fin Mary habló:

—¡No cumpliste la promesa, Kid!

—Me provocaron.

—¡Un hombre no debe quebrantar jamás una promesa dada libremente!

—¡Un hombre no puede tolerar que se dude de su hombría!

—¡Pero, si fuiste un cobarde, Kid!

—¿Yo, cobarde?

—¡Sí, sí, cobarde! Cobarde, porque temiste el juicio de los demás. El temor de parecer cobarde a una multitud embrutecida, hábilmente trabajada por un empresario sin escrúpulos, te hizo ser cobarde ante tu conciencia y la mía.

—¡No seas boba, Mary!

—¡Fuiste salvaje, Kid!

—¡Hice lo que quisieron hacer conmigo!

—No, Kid. El pobre Fox se gana el pan desafiando y amenazando por boca de Todd. Pega y se deja pegar, a la orden. Y tú no, Kid. Nadie te mandaba a tí, y te ensañaste con él, sin sentir lástima de su miseria, de su debilidad, sin ver en el espanto de sus ojos la historia terrible del hombre que soñó quién sabe cuántas glorias y se ve entregado a la crueldad de un gañán pueblerito!...

—¿Qué me importa?

—Eres un muchacho fuerte, Kid... ¡Pero no eres más que un muchacho fuerte! — agregó todavía Mary con triste acento y como respondiendo a misteriosa pregunta.

—¡Soy lo que quiero ser!

¿Qué se había hecho de aquellos diálogos saturados de íntima dulzura, en los que dos almas se fundían soñando en el porvenir? ¡Oh, tristeza! ¡Estaban juntas y no se reconocían!

Levantóse Mary y balbuceó, entristecida:

—¡Adiós, Kid!

Sordo murmullo respondió a su saludo:

—¡Adiós!...

Todd no durmió en toda la noche. Se la pasó en blanco viendo el cuerpo herculino de Kid y la trayectoria de “su derecha” aplastándose en la mandíbula del desdichado Fox.

Al clarear el día se lanzó a la calle. Una idea había germinado en su cerebro fértil. Alcanzó a Kid, que se dirigía a la doma dispuesta para ese día. Saludóle cordialísimamente:

—¡Hola, muchacho!... ¡Bravo, Kid!... No me guardes rencor. Te provoqué por tu bien, para que salieras de entre polleras y demostraras lo que vales... En “tu derecha” hay millones de dólares, muchacho!... ¡Millones de dólares!... ¡Lo oíste, muchacho?... ¡Millones de dólares!... Con sólo cerrar “tu derecha” y lanzarla contra las mandíbulas de los campeones que yo me sé, la retiras llena a rebosar!... ¿Qué dices, muchacho?... Soy zorro viejo y sé lo que me digo. Seré tu “manager” y serás el terror del “ring”.

—¡Conforme!

—¡Bravo, muchacho!... ¡Así hablan los hombres! Convenidos. Mañana salimos, pero antes firmaremos un contrato, ¿eh?

—¿Y la gente del circo? — preguntó Kid..

—¡Que se los lleve el diablo! ¿Qué hago yo ahora con ese pellejo de Fox?... Abur, muchacho, y no te me pierdas!...

Y se fué alegre y silbando el “shimmy” de moda.

Kid regresó a su casa. Preparó sus cosas. Pensó en Mary con dolor de corazón. Pero, estaba decidido. Nada ni nadie le haría retroceder. Salió para tratar los términos del contrato y se cruzó con Mary. Ambos se miraron con penoso desasosiego, y Kid dijo, queriendo recuperar la vieja efusión:

—Adiós, Mary.

—¿Por qué adiós?

—Me voy, Mary... con Todd!

—Adiós, pues. Pero, teme la venganza del tiempo!

—Nada temo, — replicó alegremente Kid. — Soy joven, soy fuerte y en “mi derecha” hay millones de dólares!

—Sólo un consejo voy a darte, pues. ¡Piensa en Fox!

—¡Tonterías!... Quiero ser Campeón, para ganar muchos millones y regalar un palacio de oro a mi querida Mary!... — Y Kid, rebosante de vida y optimismo, abrazó a Mary, la besó sonoramente en ambas mejillas y escapó riendo.

Los diarios hablaron muy pronto de Kid. De su manera de pelear sacaron el apodo. Y para

todo el mundo era Kid Molinete, el rey del "knock-out".

Bien entrenado, con fuerza de toro, manejado por Todd, el "zorro viejo", Kid recorrió triunfalmente las capitales de Norte América, dejando en todas un tendal de mandíbulas rotas y de ilusiones truncadas... Cada puñetazo le acercaba al Campeón Mundial, y no había noche que no soñara con el cinturón de oro... Llegó, por fin, a Nueva York. Un ejército de periodistas le salió al encuentro y a todas sus preguntas respondió Todd. Su fotografía apareció en diarios y revistas, acompañando historias fantásticas inventadas por Todd para conquistar el corazón de la multitud. Artistas, empresarios, pugilistas, corredores de avisos, no le dejaron vivir en paz. Todd atendía a la gente, aunque los diarios le atribujeran a Kid respuestas ingeniosas, propuestas atrevidas, audacias inconcebibles, desafíos heroicos... Cuatro campeones le cerraron el paso. Uno a uno debía derribarlos para llegar hasta el Campeón. Las historias y fantasías de Todd lo mareaban, pero dejaba hacer, porque ya sabía por experiencia que nunca perdía de vista el negocio. Y así sucedió esta vez. Una mañana, Todd le despertó y le dijo:

—Bueno, muchacho. Se acabó la buena vida. Al campo, se ha dicho. Dentro de un mes subes al "ring"... Atiende bien, Kid. Cuatro campeones te estorban el paso: el Toro, el Tigre, la Pantera y el Gato. En este año te liquidas los cuatro y el próximo rompemos la mandíbula al León de Misurí, Campeón Mundial!...

Kid se sometió con entusiasmo a las privaciones y trabajos del entrenamiento. Su aparición en los "rings" neoyorquinos fué sensacional. Al Toro — "ánimo, muchacho, le gritó Todd, ese Toro es un caballo", dándole a entender que era fácil de golpear — lo venció en el primer "round". Al Tigre, en el segundo. A la Pantera, en el cuarto. Y al Gato, en el undécimo.

Kid no podía salir a la calle, porque a su paso se producían catastróficas interrupciones del tráfico. Salía de noche y bien escondido en su automóvil. Todd se superaba. Los representantes de empresas cinematográficas corrían, a porfía, hacerle firmar contratos, regalándole millones de dólares a cambio de una sonrisa ante la pantalla... si vencía al Campeón.

En los bancos tenía ya los millones necesarios para regalar un palacio de oro a Mary... Pero Mary era una imagen cada día más borrosa en el corazón de Kid. Por eso Todd se atrevía a decir bien fuerte:

—¡Esa pueblera insignificante!

Todo llega. Y el día tan ansiado por Kid llegó también. Sentado en su rincón del "ring", centro minúsculo de vasto estadio, vibrando de profundos murmullos y gestos nerviosos e impacientes de la inmensa multitud: veía, en el rincón opuesto, al Campeón, al temible León de Misuri, a quien se había propuesto arrancar el título... Sonó el "gong", levantáronse los dos rivales, se dieron la mano y comenzó la pelea!... ¡Dura y sensacional pelea!... Se pegaban sin piedad, rablando por herirse en los ojos para machacar lue-

go sobre la sangrante herida... Se hundían el estómago con golpes que habrían aplastado a un buey... Se machucaban las orejas y se martilleaban en la nuca, al estilo de los matarifes... Se destrozaban los riñones... Se buscaban el corazón... Y la multitud rugía, desatada la fiera del instinto cavernario... Kid, sangrando de boca y nariz, un ojo cerrado, arremetía como bestia acosada... De nada se daba cuenta... La cegadera luz de los focos le quemaba, el hálito apasionado de la muchedumbre le ahogaba y la voz de Todd, que se movía y gritaba como un energúmeno, le parecía lejana, y unas palabras pronunciadas alguna vez por alguien le roían el corazón:

—“¡No eres más que un muchacho fuerte, Kid!”... ¿Quién le habló así una vez, hacía mucho tiempo?... Pero, ¡claro que era un muchacho fuerte!... ¡Más fuerte que el León de Misurí!... Y, dando alaridos de salvaje en danza de guerra, volvía a la carga y pegaba... pegaba... pegaba!... Un cuerpo cayó pesadamente... Kid sintió que alguien levantaba su brazo y que su brazo era saludado con una salva prodigiosa de alaridos, rugidos, de cencerros, de patadas y hurras. Todd saludaba por Kid, cubrió su cuerpo ensangrentado con la “robe de chambre” cuyos colores acababan de ser cablegrafiados a los cinco continentes y lo sacó del “ring”. Cuando Kid recobró a medias sus cinco sentidos, se vió en el camarín, rodeado de periodistas y fotógrafos, peliculeros y artistas, financistas y tahures, y oyó a Todd que le decía, orgulloso:

--¡Vamos, muchacho!... ¡Ya eres Campeón!...

—¡Ah! ¡Conque ya soy Campeón!...

—¡Viva Kid Molinete! — gritaron los demás.

Kid quiso levantarse y sonreír, pero cayó en profundo desmayo. La emoción lo había puesto “knock-out”!

... ..

Aquí termina la primera parte de la historia de Kid el Campeón, dijo el Abuelo sonriendo burlonamente. Pero... ¿qué es eso, Jorge? ¿Qué te pasa?

Agua fría

Efectivamente, algo le pasaba a Jorge.

Estaba desconocido, rojo de entusiasmo, se movía agitado y nervioso y, no pudiendo contenerse más, contestó a la interpelación del Abuelo:

—¡Hurra!... ¡Hurra!... ¡Hurra por Kid!...

El Abuelo, sonriendo burlescamente, preguntó a Raúl, que había escuchado la historia sin entusiasmarse y comprendiendo, quizás, su sentido:

—Y tú, hijo mío, ¿no das los tres hurras reglamentarios?

—No, Abuelo.

—¿Por qué?

—Porque no me gustan Kid ni Todd... Esta mañana, al salir de casa para la escuela, vi dos perros trabados en pelea, sangrando. Apresté el paso, disgustado. ¿Por qué he de aplaudir, Abuelo, a dos hombres que se pelean como perros?

—Ven acá, Jorge. Aprende de Raúl. Sus palabras son excelentes y acertadas.

Jorge, avergonzado de su actitud, compren-

dió que se había dejado arrastrar por un entusiasmo malsano. Prometiéndose no reincidir y así se lo dijo al Abuelo.

—El entusiasmo, hijo mío, es una excelsa virtud humana. Pero, también las bestias se entusiasman. Dejemos el entusiasmo bestial a las bestias y reservemos el nuestro para hechos e ideas propios de hombres civilizados.

Por breves minutos el Abuelo acarició a Jorge, para que la amonestación no pareciera castigo y súbitamente preguntó:

—¿No conocéis la historia de los “Pies grandes y cabeza pequeña”?

—No, Abuelo — contestaron a una Raúl y Jorge.

—Es una historia bíblica que me vino oportunamente a la memoria. Con ella, y antes de proseguir con las hazañas de Kid, enfriaremos del todo el desdichado entusiasmo de Jorge.

Escuchad:

Pies grandes y cabeza pequeña

Entre los filisteos y el pueblo de Israel había estallado la guerra. Y los ejércitos enemigos se avistaron, preparándose a reñir tremenda batalla, en el llano que separaba las dos montañas que cada uno ocupaba.

Y he aquí que, cuando el ejército de Israel se alineaba para la batalla, del campo filisteo salió y descendió al llano un gigante llamado Goliath... un gigante de seis codos y un palmo de estatura, con casco de acero en la cabeza, sólida y acicalada coraza en el pecho, poderosa lanza en la mano, grebas de hierro en las piernas y brillante y acerado escudo sobre el hombro.

Y, parándose en el llano, de cara al ejército de Israel, dijo, con voz tan potente que los pájaros huyeron asustados y el corazón tembló en el pecho de los israelitas más valientes:

—¿Para qué salís a dar batalla? ¿No soy yo el Filisteo y vosotros los soldados de Saúl? Escoged de entre vosotros un hombre que venga contra mí. Si él pudiere pelear conmigo y me

venciere, nosotros seremos vuestros siervos. Y si yo pudiere más que él y lo venciere, vosotros seréis nuestros siervos y nos serviréis!

En el campo de Israel, las soberbias palabras del gigante produjeron honda perturbación y miedo. Y de tantos varones esforzados, como sin duda había, ninguno se atrevió a bajar al llano para trabarse en pelea con Goliath.

Durante 40 días Goliath repitió el mismo desafío al ejército de Israel, sin éxito. Pero en el que hacía 40 había llegado al campo de Israel el más pequeño de los hijos de Isaí de Beth-le-hem, de nombre David: un pastorcillo que nada sabía de batallas ni del manejo de las armas.

Goliath estaba en el llano vociferando su cartel, y los guerreros israelitas se decían consternados:

—¿No habéis visto aquel hombre que ha salido? Se adelanta para provocar a Israel. Al que le venciere, el rey le enriquecerá con grandes riquezas, y le dará su hija, y hará franca la casa de su padre en Israel!

Mas ninguno se sentía con ánimo para salir y ganar la rica recompensa.

Y David, al conocerla, se presentó al rey Saúl y le dijo:

—No desmaye ninguno a causa de él. ¡Iré a pelear con ese filisteo!

—No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él, porque tú eres mozo y él un hombre de guerra desde su juventud — le contestó Saúl.

Y David insistió:

—Yo era pastor de las ovejas de mi padre, y

si algún león u oso las atacaba, me iba sobre él y le hería, y si se levantaba contra mí, tomándole de la quijada le hería y le mataba. Este filisteo será como uno de ellos, pues desafiaba al pueblo de Israel.

El pequeño David consiguió el permiso para bajar al llano y pelear con el gigante Goliath. Quiso, antes de acometer la aventura, imitar a los hombres de guerra y cubrió su cuerpo con la rica armadura. Y viendo que con tanto hierro encima no podía andar, se la quitó y salió al campo sin lanza, sin escudo, armado sólo de su cayado de pastor, de la honda y de cinco piedras guardadas en el saco pastoril.

Viéndole tan joven, de apariencia débil, mal armado, Goliath se echó a reír, y gritó, aludiendo a su cayado de pastor:

—¿Soy yo perro para que vengas a mí con palos?

David avanzó impasible, y Goliath, encolerizado rugió:

—¡Ven a mí y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo!

Y rugiente, agitando su lanza formidable, haciendo retemblar la tierra con sus poderosos pies y llenando de pavor al ejército israelita, Goliath se lanzó a la carrera seguro de aniquilar al insignificante David.

David no tenía miedo. No retrocedió ni huyó. Puso una piedra en la honda y revoleándola con su consumada maestría de pastor, tiró con tal puntería, que la piedra se hundió en la frente del gigante, matándolo. Y gracias al pequeño David,

el ejército de Israel, que había vivido 40 días temblando ante Goliath, ganó la batalla.

.....

David, comenzó el Abuelo, es la fortaleza confiando en la destreza, hija de la inteligencia. Goliath es la fuerza bruta confiando en sí misma, incapaz de ver sólo el poder y el peso de sus armas. Y en tan singular combate, la fuerza inteligente venció a la fuerza ciegamente brutal.

Luego de breve pausa, el Abuelo terminó, sonriendo bondadosamente:

—Y en la vida, hijos míos, los combates suelen tener el mismo fin... Y los niños tontos que olvidan su cabeza para lucir un gran cuerpo, son siempre derrotados en lo que más debe importarles, porque consiguen el gran cuerpo y se quedan sin cabeza. Y si esos niños obcecados llegan a hombres, con su gran corpachón y cabeza de pájaro, serán sin remedio juguetes de todos los pillos, de los enredadores, de los enanos que gustan de vivir chupando la sangre de los Goliaths ignorantes y fanfarrones.

El campeón enmascarado

—Abuelo — dijo Raúl después de cambiar los acostumbrados saludos —, ¿va a cumplir hoy su promesa?

—¿Qué promesa, hijo?

—Prometió contarnos la segunda parte de la historia de Kid.

—¡La que no conozco! — completó Jorge.

— Lo prometido es deuda, y puesto que tanto os interesa, allá va — contestó el Abuelo, sonriendo bondadosamente:

... ..

24 horas después del “match”, que la prensa calificó con rara unanimidad de “pelea entre caballeros”, Kid pudo saborear, cómodamente instalado en el más caro departamento del más caro hotel neoyorquino, la gloria de su triunfo. Montones de cables y telegramas daban fé de ella. Y de ella hablaba Todd con Bluff, “experto” en box, rey de los cronistas.

Bluff admiraba a los hombres fuertes. Pe-

queño y raquítrico como Todd, ensalzaba la fuerza y a los cultores del “noble deporte”, grata expresión que no se cansaba de repetir.

Bluff no perdía el tiempo, no daba pasos en vano. Campeón mundial en el “noble deporte” de ganar dinero a derechas o a torcidas, no se entretenía por mera vanidad con los campeones del “ring” y sus “managers”. Eran sus máximas: “el tiempo es oro”, “los negocios son los negocios”.

Todd y Bluff se entendían a medias palabras. En pocos minutos se pusieron de acuerdo. Y Todd interrumpiendo el nirvana de Kid, le dijo:

—Atiende, muchacho. Un campeón debe tener historia. Y aquí está el amigo Bluff dispuesto a publicar tu historia.

—Mi historia es corta, Todd. ¡He peleado y he vencido!

—Eso no es historia, amigo Kid — terció Bluff. — La verdad no interesa a mis lectores, a lo menos la verdad sin fantasía. Sé lo que digo, pues he escrito la historia de diez campeones mundiales.

— Y la tuya va a ser la undécima, muchacho. Y la nuestra será la mejor. Bien dijo Bluff: la verdad sin pimienta nada vale, y en todo caso prefiero la salsa en la carne. ¡Vamos a escribir una historia con mucha salsa y pimienta!

—Todd, déjame tranquilo. Escribir una carta me cuesta más sudores que un combate, ¿y me quieres ahora novelista? ¡No quiero saber nada de tus líos! — Y Kid huyó.

Todd y Bluff se rieron y siguieron conversando, tomando Bluff abundantes apuntes.

Al cabo de una semana, "The World" anunció con títulos a toda página: "Mañana comenzaremos a publicar las Memorias de Kid Moline-te, Campeón Mundial, escritas por él mismo". Kid no las leyó. Tampoco las había escrito.

Pero sus memorias dieron la vuelta al mundo y regocijaron a los buenos vecinos del pueblo lejano donde Kid había nacido y vivido su primera juventud. Recibió millares de cables, telegramas y cartas de admiradores. Y entre las cartas, había una excepcional que decía:

"Querido Kid: He leído tus "memorias". ¿Son tuyas, verdaderamente? ¡Me he divertido mucho! La distancia, los combates y el dinero te concedieron un don de que siempre careciste: fantasía, y una cualidad que nunca te distinguió: ¡saber escribir! ¿Te costó mucho dinero? ¿Qué importa, verdad?, si lo ganas a manos llenas para comprar, no uno, sino diez palacios de oro... ¿No te acuerdas, pobre Kid?... Tus "memorias" son maravillosas, y bien valen el diez por ciento de tu campeonato!... Kid amaba a Mary, la muchacha más linda del pueblo — ¡gracias, Kid!, — amándola, también, el capitán de temible banda de facinerosos cuatreros... el capitán raptó a Mary — ¡pobrecita! y Kid salió en persecución de los bandidos — ¡buen bandido estás hecho tú, pobre Kid! —, mató al jefe, desmayó a puñetazos al resto, rescatando a Mary, mientras los desalmados, revólver en mano, se la jugaban a los dados!... Pero, siguen las "memorias", Kid...

Mary no mereció el abnegado y heroico amor de Kid y despreciólo para casarse con un pelafustán cualquiera! Y Kid, desesperado, huyó del pueblo para convertirse en rey del "ring"!... ¡Es romántico!... Desde la publicación de "tus memorias", los niños del pueblo pelean a "bandidos que se juegan a los dados la muchacha más linda del pueblo"!... Es un juego que tiene mucho éxito, Kid!... Sólo que los mozos del pueblo aseguran que en cuanto te vean por esos alrededores te van a cortar las orejas y a Todd le harán bailar el oso dos días seguidos teniéndolo a pan y agua!... Adiós, Kid, de la que, a pesar de tus "memorias", no te desea ningún mal. — MARY".

Kid y Todd leyeron y releieron la carta.

Todd bramaba de rabia, barbotando:

—¡Esa pueblera insignificante, impertinente!...

Y Kid, exaltado, escribió:

"Mary: ¡No seas boba! — KID".

Kid ganaba millones. Hacía películas, concertaba peleas con rivales poco peligrosos. Los años comenzaron a pesar y el título de Campeón se le escapaba de los puños. Desde los "rings" más oscuros comenzó a correr el rival. Bisonte le llamaban, porque arremetía con violencia irresistible. Kid recordó su carrera fulminante y aunque fingía despreciar a Bisonte, temblaba de espanto.

Llegó la hora de Bisonte, como había llegado la hora de Kid.

Y en noche aciaga, Kid cayó vencido, ensangrentado, sobre el "ring", centro minúsculo de inmenso estadio.

Y también el “match” Kid-Bisonte fué “una pelea entre caballeros”, según el juicio unánime de la prensa.

Horas después, Todd le decía a Kid:

—Estoy cansado de los negocios, muchacho. Me retiro a vivir de renta. ¡Qué te vaya bien, Kid!

Pero Todd mentía, porque en compañía de Bluff se fué a buscar a Bisonte, cómodamente instalado en el más caro departamento del más caro hotel neoyorkino. Bisonte publicó en “The World” sus “memorias escritas por él mismo” y contrató de “manager” a Todd.

Para consolarse, Kid se dedicó a los negocios y enriqueció a especuladores, truhanes y a propietarios de minas de oro en Cochinchina. Para rehacerse, volvió al “ring” y contrató un “match” de desquite con Bisonte. Perdió.

En pocos años repitió su carrera, pero a la inversa. Difícilmente encontraba ya un empresario dispuesto a contratarle un “match”, porque la gente, al leer los programas, se decía riendo:

—¿Kid Molinete?... ¡Vaya un farsante!...
¡Kid Molinete murió!...

Hambriento, acosado de menudos acreedores, Kid vagaba de una a otra ciudad. De vez en cuando se ganaba unos dólares posando ante pintores y escultores, pues su cuerpo era aún hermoso, escultórico. No sabía trabajar. No sabía hacer nada. Conocía las triquiñuelas del box, pero su cuerpo no resistía los golpes.

Andrajoso, vagabundo, deambulaba por las calles neoyorkinas, alimentándose de recuerdos. Una placa refulgente atrajo sus miradas. Leyó:

“Todd, ex “manager” de campeones”. Le dió un salto el corazón. Quiso entrar a la lujosa mansión y el portero le cerró la puerta, escupiendo de indignación sobre sus andrajos. Paciente y humilde, esperó. Un “Packard” se paró en seco. Galoneado “chauffeur” abrió, reverencioso, la portezuela. Y descendió, hierático, engordado, envuelto en pieles, Todd. Con exclamaciones de alegría, Kid se precipitó, los brazos abiertos:

—¡Todd!... ¡Mi querido Todd!...

Todd retrocedió, espantado. El “chauffeur”, enarbolando pesada llave inglesa, atacó a Kid, mientras el portero corría en busca del agente y dando grandes voces de auxilio.

—¿No me conoces, Todd?... Soy Kid... Kid Molinete!... La gente dice que Kid murió!... Es mentira... mentira... Kid Molinete soy yo!...

En vano se esforzaba. Las apariencias lo condenaban. ¡Nadie cree en la palabra de un montón de andrajos! Y Todd, temeroso de que Kid querría reclamarle una parte del dinero que le había robado, vociferaba, refugiándose bajo el asiento del “Packard”:

—Amárrenlo bien. Es un loco. ¡Quiere matarme!... ¡Amárrenlo bien!

La policía encerró a Kid y el juez le condenó a tres años de cárcel por escándalo y atentado a la moralidad y seguridad públicas y por tentativa de asesinato en la respetable persona del “venerable Todd”.

—¿Murió en la cárcel, abuelito? — interrumpió Jorge, lloroso.

—No, hijo mío. No murió en la cárcel.

—¡Se casó con Mary! — aseguró con aplomo Raúl.

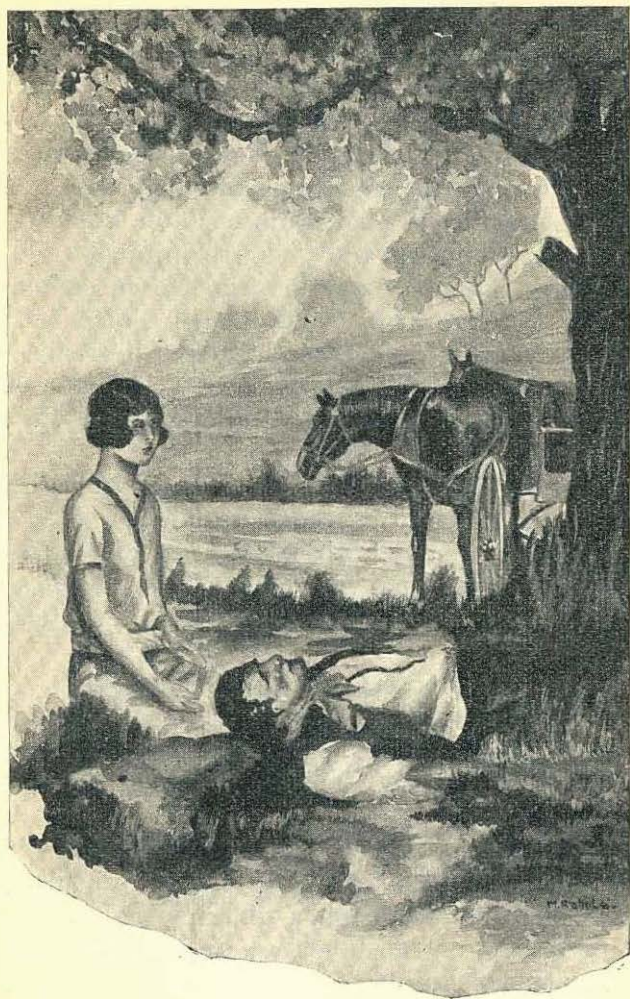
—Tampoco, hijo mío. Mary se casó con un honrado chacarero. Tuvo muchos hijos. Su vida se deslizaba tranquila y serena. Amaba y comprendía. Cantaba, reía, trabajaba, educaba a sus hijos bienamados y pensaba... en Kid, muchas veces, y en el árbol bajo cuyo protector follaje se habían dicho dulces confidencias.

—¿Qué hizo Kid al salir de la cárcel?

—Ya lo sabríais, hijitos, de no haber interrumpido... El pueblo de Mary estaba de fiesta. Un circo famoso había sentado en él sus reales. Entre los números sensacionales, el mejor, sin duda, o por lo menos el que atraía más gente, se contaban las hazañas del "Campeón Enmascarado". Nadie le conocía, ni su nombre, ni su cara. Jamás salía del circo. Y en público se presentaba la cara cubierta con negro antifaz. Tremendas historias se contaban, porque el vulgo es muy dado a inventar para suplir su ignorancia. De cuerpo hermoso, escultórico, el "Campeón Enmascarado" era el ídolo de la juventud.

Y he aquí que de los jóvenes había uno apodado Bulldog, muy ambicioso y soñando a todas horas en el título de Campeón. Se reía con petulancia de sus compañeros, cuando salían maltrechos de sus encuentros con el "Campeón Enmascarado". Y decía en voz alta que él era capaz de acabarlo en dos segundos y aun de zurrarlo, tirarle de las orejas y hacerle bailar el oso.

Llegaron las fanfarronadas de Bulldog a oídos del empresario, y éste meditó una idea exce-



...Le besó en la frente, balbuceando con voz quebrada: ¡Oh, Kid! ¡mi pequeño Kid!... (Pág 128).

lente para ganar dinero. Redactó un programa que decía: "El "Campeón Enmascarado" desafía al lengualarga Bulldog y promete zurrarle, tirarle de las orejas y hacerle bailar el oso". El efecto deseado se consiguió. Por la noche, el circo rebosaba de espectadores. Bulldog bajó a la pista, tranquilo y provocador. Y en viendo al "Campeón Enmascarado", se precipitó sobre él y le derribó. Fácil fué su victoria. No se contentó con ella, y zurró, tiró de las orejas e hizo bailar el oso al vencido, mientras el público berreaba:

—¡Que baile!... ¡Baila, oso!... ¡Más aprisa, oso lindo!... ¡Arrea, Bulldog, una vuelta más!...

Bulldog fué llevado en triunfo por las calles del pueblo. El circo se rodeó de silencio y de tinieblas y en su triste obscuridad un oído atento habría percibido una voz doliente que imploraba y otra, áspera, que decía, implacable, insistente-mente:

—¿Qué hago ahora con tu maldito pellejo?

Y un ojo experto habría visto deslizarse en la negra noche, correr por el campo, para caer exhausto, moribundo, al pie de un árbol: un cuerpo desnudo.

Amaneció... Mary, afiebrada por extraña congoja, saltó de la cama, se vistió apresuradamente, salió al campo para dirigirse hacia el árbol preferido de su juventud, testigo de dulces confidencias y de ilusiones amadas.

Al pie del árbol yacía un hombre, y arrodillada, sollozante, Mary cerró sus ojos y le besó en la frente, balbuceando con voz quebrada:

—¡Oh, Kid!... ¡mi pequeño Kid!...

La tristeza de Jorge

Jorge estaba inconsolable.

En su casa, en la escuela, estudiando, jugando, una idea tenaz fatigaba su cabeza y entristecía su corazón.

Estando con Raúl y el Abuelo, se esforzaba por parecer alegre y despreocupado. Pero, el fingimiento, la hipócrita simulación, no convenían a su temperamento, no placían a su almita.

—¿Qué te pasa, Jorge, hijo mío? — le preguntó un día el Abuelo, sonriendo burlonamente, porque había leído sus pensamientos.

—Siempre está triste y preocupado, Abuelo — corroboró Raúl.

Y Jorge, en súbita decisión, contestó:

—¡Abuelo, no quiero ir más al campo de deportes, no quiero hacer más ejercicios gimnásticos!

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero morir como el pobre Kid!

De buena gana y largamente se rió el Abuelo y, sosegado, dijo:

—Jorge, hijo mío, no te contaré más historias!

—¡No, no! — protestó Jorge.

—¡Para qué contarlas, si en tu cabecita les das vueltas!... El campo de deportes y la escuela se complementan. Los ejercicios gimnásticos son tan útiles como los intelectuales. Estos fortalecen el espíritu y le capacitan para comprender y querer la belleza, el ritmo, la armonía. Aquéllos fortalecen el cuerpo y le dan agilidad, belleza, ritmo y armonía. Espíritu fuerte en cuerpo débil, es algo tan indeseable como espíritu débil en cuerpo fuerte.

Ve al campo de deporte, hijo mío, sigue con tu gimnasia, pero no olvides los libros, ni la pluma, ni la observación inteligente de hechos, hombres y cosas. Cuida, querido Jorge, de que nadie, viéndote robusto, de líneas clásicas, diga de tí:

—¡Soberbio cuerpo!... con la intención del "turfman" que grita, maravillado, ante un caballo "pur sang":

—¡Soberbio animal!

Y vivirás como pudo haber vivido Kid, de seguir los dulces consejos de Mary.

A la defensiva

Y, seguidamente, el Abuelo, para consolar a Jorge, contó la siguiente historieta:

—Erase una vez un pobre hombre, de apellido Romo.

Había oído de alguien a quien no conocía ni recordaba, que el box, la esgrima, el tiro al blanco, el juego de bastón, eran deportes nobles que proveían al hombre de las armas defensivas necesarias para hacer frente al enemigo.

Y en la pobre cabeza de Romo se formó la extraña idea de que el mundo era una cueva de fieras dispuestas a caerle encima y despedazarle.

Aprendió el box y la esgrima, el tiro al blanco y el juego de bastón.

De sentimientos pacíficos, no se proponía atacar a las fieras que le acosaban. Pero estaba siempre a la defensiva, preparado a repeler el ataque.

Salía a la calle dispuesto a cualquier heroísmo. Paseaba receloso, y pretendía adivinar intenciones agresivas en la mirada indiferente de los transeuntes.

Si alguna vez le sorprendía la noche fuera de su casa, tomaba infinitas precauciones. Al cruzar las esquinas se ponía en guardia, escudriñaba la sombra de los árboles, dábase vuelta rápidamente para sorprender al enemigo que le siguiera los pasos.

Pasaron los días y los años sin que nadie se atreviera con Romo. No por ello disminuía las precauciones, ni perdía un ápice de su maestría en el conocimiento y manejo de los deportes defensivos.

Llegó a viejo, y ante propios y extraños se envanecía de su sabiduría previsor, y solía decir:

—Para vivir seguro y tranquilo, hay que estar siempre a la defensiva.

¡Pero, cierto día, su método fracasó!

—¡Le asaltaron! — gritó Jorge.

—No, hijo mío. ¡Romo era inatacable por las fieras humanas!... Iba por la calle provisto de armas defensivas, saturado de conocimientos defensivos, y al pasar frente a una obra en construcción, le cayó encima el andamio, aplastándolo como si en vez de un hombre sabiamente colocado a la defensiva hubiera sido una vulgar cucaracha!

—Lo mereció, ¡por idiota! — comentó Raúl.

Claridad

La brusca salida de Raúl no chocó al Abuelo, Al contrario. Acariciólo como tenía por costumbre, pasando la mano por sus rubios cabellos, y le dijo:

—Las palabras claras son el reflejo de pensamientos claros. Claridad de pensamiento requiere claridad en la expresión... Idiota era Romo, sin duda. Pero, hijos míos, en el mundo viven muchos Romos.

Son muchos los hombres que para cruzar la calle empuñan el revólver y se proveen de municiones a granel.

Son muchos también quienes, para combatir el uso de armas de fuego, hacen la apología de los deportes “defensivos”.

Y son muy pocos, queridos Raúl y Jorge, los que van por la vida sin recelar de nadie, porque no creen en la maldad de sus semejantes.

Adiestrar el cuerpo para dar y recibir golpes, es absurdo.

Decir que se debe ser fuerte para rechazar ataques, es criminal.

La tierra no es un bosque inextricable lleno de peligros y asechanzas.

Los hombres no son fieras cavernarias, prontas a herir y matar.

El hombre quiere al hombre y espera su confianza para confiar en él.

El hombre no es violento si no se hace violencia contra él.

¡Destruid la violencia, hijos míos!

Destruidla en vosotros mismos, confiando en la vida y en el sentimiento fraternal del hombre.

No penséis en ser atacados y no os atacarán.

Y concentrad todas vuestras fuerzas de defensa, que tienen su origen en el instinto de conservación, en la lucha contra los agentes naturales: el bacilo, el clima, el rayo y la tempestad, las aguas que se desbordan y las que se estancan...; y contra los agentes artificiales: la miseria, el vicio en todas sus formas, el alcohol en todos sus grados... que amenazan al hombre con peligros y emboscadas terribles y evidentes!...

QUINTA PARTE

EDUCACIÓN INTELECTUAL Y TÉCNICA

La tierra

Patria común de todos los hombres, la Tierra debe ser amada.

Abre sus entrañas y dócilmente entrega su hierro, su carbón, su platino, su oro, la serie rica y variada de sus minerales: al que a ellas descien-
de para trabajarlas.

Extiende sus grandes llanuras, pronta a fecundar la semilla que el hombre, con su trabajo, le confía.

Por sus ríos corre el agua divina que transforma los páramos en vergeles y apaga la sed del sediento viajero; que inunda de luz y limpia las ciudades y pueblos y la chacra más solitaria; que favorece a los hombres con los maravillosos dones de la agilidad y la salud; que sostiene y transporta los buques repletos de mercaderías y los

frágiles esquifes deslizándose a compás del dorado sueño de los enamorados; que en su eterno descenso hacia el mar, pone en relación a hombres separados por la distancia, el desierto o la montaña virgen...

Hendiendo el agitado lomo de sus océanos, millares de navíos de todo tamaño corren de un continente a otro, repartiendo, intercambiando, riquezas e ideas creadas por el trabajo del hombre. Y en su seno, miriadas de peces viven y se reproducen como si, en previsión de algún cataclismo telúrico, preparara a la Humanidad reservas inagotables alimenticias.

Vivimos con el oxígeno de su atmósfera. Y en ésta se forman las nubes con el agua de mares, lagos y ríos, que devuelven, paternales, a los campos del interior de los continentes, amorosas de sus plantas y animales, de sus árboles y flores, de sus hombres.

En sus montañas recupera el enfermo la salud y la alegría de vivir.

La Tierra es inmensa en su bondad. En ella viven y se reproducen el hombre y el gusano, el pájaro y el pez, la humilde florecilla y el árbol gigantesco.

Sólo es hostil la Tierra para quien no la conoce o la desprecia... Sus ríos ahogan y destruyen, cuando el hombre no quiere dominar su furia temporal transformándola en perenne fuente de energía. Sus tempestades arruinan y aniquilan, porque el hombre no ha podido aún prevenirlas, comprenderlas y utilizarlas. Sus mares se tra-

gan millares de navíos y de seres, porque el hombre ignora el secreto que aquieta y subyuga la ola gigantesca. Sus vientos arrasan cosechas, poblados y bosques, porque el hombre no sabe encauzarlos... Plantas venenosas, reptiles venenosos, alimenta la Tierra, pero da vida también a las plantas y sustancias antidotas...

La Tierra quiere ser comprendida y trabajada. Y a medida que el hombre con su trabajo y su ingenio, que es asimismo trabajo, penetra sus misterios y los devela, la Tierra, en recompensa, aumenta su riqueza y bienestar.

La Tierra se nos ofrece eternamente, hijos míos, concluyó el Abuelo... Tomémosla toda entera. Tomemos sus mares, sus ríos, sus montañas, sus llanuras, sus entrañas, su atmósfera... Amémosla y trabajemos sobre ella, incansables, si queremos conocerla y gozarla!

Heroísmo

—Muchos son los falsos héroes... Las ciudades y las naciones contienen muchedumbres, ya en las plazas, ya en los museos y, muy especialmente, en sus libros de historia... ¡Pocos son los héroes verdaderos!

Así hablaba el Abuelo a Raúl y a Jorge, sonriendo tristemente. Y continuó:

—Honores, recuerdos y litúrgicas ceremonias se malgastan para honrar la memoria de falsos héroes y se mantienen en el olvido la memoria y los hechos de héroes verdaderos, cuya vida fué una sucesión ininterrumpida de sacrificios y de victorias sobre la naturaleza y el hombre cavernario!...

—¿Por qué, Abuelo? — interrumpió Raúl.

—¿Por qué? Raúl, hijo mío, eres insaciable. El “porqué” llena tu cabecita.

—Perdóneme, Abuelo. No le interrumpiré más.

—Al contrario, hijito. No te recrimino. Ensalzo y estímulo tu curiosidad. ¿Qué sería del hom-

bre si el “por qué” no hubiera espoleado su cerebro? Cada “por qué” es una incógnita que el hombre resuelve. Y cada incógnita resuelta es el comienzo de civilizaciones nuevas, de nuevos modos de ver y comprender las cosas en su relación con el hombre. Pregunta, hijo mío, no te sacies jamás, pues el verdadero héroe es aquel que graba en su cerebro algún “por qué” vital y lo resuelve. ¿Por qué existimos? ¿Por qué el hombre ve? ¿Por qué el fuego quema y el agua hierve? ¿Por qué una piedra y una hoja de papel tirados a la vez y desde una misma altura llegan al suelo en tiempos distintos, descienden al suelo con velocidades distintas?...

Hoy, queridos Raúl y Jorge, he sufrido mucho... No he padecido de dolor físico... Leyendo el diario, que suele regalarme páginas enteras de lectura insubstancial o nociva, encontré, perdida entre centenares de noticias baladíes, ésta: “Hallándose en su laboratorio haciendo experimentos con el radio, el doctor Marcio sufrió graves y crueles quemaduras. Y, a consecuencia de ellas, quedará ciego”.

Y, luego de dolorosa pausa, el Abuelo dijo:

—Amad a ese hombre, hijos míos, amad su memoria, reverenciadla!... Es el Héroe, un héroe verdadero!... Ese hombre se preguntó: ¿por qué la Humanidad ha de ser presa del cáncer? ¿Por qué no he de librarla de tan espantoso enemigo? Y encerrándose en su laboratorio y realizando mortales experimentos, quiso hallar el secreto que devolvería la paz y el contento a millones de hogares hoy deshechos por el dolor y el

llanto... ¡Ha sido víctima de su amor a una humanidad más feliz!... ¡Amémosle, hijos míos! Que si en el corazón humano y en el recuerdo de niños y grandes vibran sentimientos de gratitud: nadie es tan merecedor de ellos como esos hombres modestos, trabajadores incansables, que en el aislamiento de sus laboratorios, lejos del vulgar ruido que tantos falsos prestigios y héroes crea, luchan cuerpo a cuerpo con la Ciencia para arrancarle sus secretos bienhechores o sucumbir bajo su poder terrible!

El avión

El motor llena el espacio con sus palpitaciones regulares y sonoras... Y el avión, esbelto, fino, pájaro enorme, hijo de un sueño milenario, arrastrado por su hélice en giros vertiginosos, sostenido sobre sus anchas y frágiles alas, guiándose por las oscilaciones de su cola sensible, cruza el espacio, vencedor del aire y del peso, en raudo vuelo: baja, sube, se encabrita como caballo caprichoso, cae recto como una piedra para detenerse de golpe, planear majestuosamente y ascender..., ascender..., ascender, incansable, poderoso, invencible, hacia las regiones del aire sutil y del silencio!...

Era grande un segundo hacía. A simple vista podían distinguirse la vibración de su cuerpo conmovido por las explosiones de sus 300 caballos, y la cabeza atenta y nerviosa del aviador... No es ya, segundos después, más que un punto en el espacio, una manchita negra que va de nube en nube y reverbera, de vez en cuando, herida por los rayos del sol... Ya lo busca, un minuto más

tarde, anhelosa e infructuosamente, la mirada del espectador. La altura guarda su secreto, ha absorbido a su conquistador y lo oculta extendiendo su manto azul!... Y en las regiones infinitas, de la quietud, el avión vuela, va y viene, suspendido y como navegando en el seno de insondable océano!...

Se ennegrece el cielo... Gruesas nubes se corren unas a otras, en fantástica carrera, se juntan, se confunden, chocan y el trueno profundo, con sus mil ecos, sucede a las deslumbradoras descargas eléctricas... El sol ha sido vencido por la sombra, y la noche anticipada interrumpe la febril actividad ciudadana, y el silencio enorme de la naturaleza amortigua la ensordecedora algarabía de la ciudad... Caen pesadas gotas de agua, lentas, chasqueando como látigos al deshacerse en el suelo... Y la tempestad se desata, imprevista, furiosa... El agua cae a torrentes, y la obscuridad es rasgada por vivos y largos relámpagos, y el firmamento, de transparente convertido en bóveda de acero, vibra sonoramente...

La angustia oprime el corazón de Raúl y Jorge, que siguieron, entusiasmados y extáticos, el magnífico vuelo del avión... Y buscaban en los ojos del Abuelo la alegre confianza que la tempestad había ahuyentado de sus dulces, blancas almitas.

¿Qué fué del avión? ¿Sorprendido por la tempestad, habría sido herido por la fuerza incommensurable de la electricidad atmosférica, desatada y en furia, y deshecho en pedazos, lanzado, quizás, fuera de la tierra? ¿Y estaría ahora per-

dido en el espacio sideral? Y todas las historias de heroicos aviadores desaparecidos misteriosamente en uno de sus vuelos, como si más allá de cierta altura una fuerza desconocida los atrajera para no soltarlos jamás, acudieron a la memoria de Raúl y Jorge.

Pero, no... Ligera sonrisa entreabre los labios del Abuelo... Si el Abuelo sonreía, ¿cómo temer, qué temer?... El Abuelo, no obstante la lluvia, escuchaba, de cara al cielo... Y, súbitamente conmovido, dijo a sus amiguitos:

—¡Escuchad!...

¡Ron... ron!... ¡Sí..., sí, habían oído!... Entre dos truenos percibieron, nítidamente, el sonoro, regular “ron-ron” del motor... Imperceptible, primero, perdiéndose, luchando con el trueno... Firme, dominador, luego... más fuerte que el trueno, más firme que la naturaleza desatada, más ágil que el rayo, reapareció el avión... una centella... un meteoro luminoso!... Y en vuelo tranquilo descendió, las hélices arrancando chispas al rayo, y de nuevo, tan bajo volaba, que Raúl y Jorge pudieron ver la cabeza atenta y nerviosa del aviador... Y el avión, insensible al agua, conquistador de la tempestad, en vuelo planeado, aterrizó!...

¿Qué importaban ya la lluvia, los rayos, los truenos, la obscuridad? Raúl y Jorge se sentían felices y el orgullo brilló en sus ojos. ¿No eran hombres los conquistadores del espacio? ¿No fueron hombres los que inventaron y construyeron la máquina maravillosa? ¿No era un hombre el que, sentado en el avión, había recorrido el espacio,

violando sus secretos, desafiando y venciendo sus peligros acechantes, catalogando sus rutas a pesar del agua, del viento y del rayo? ¿No serán hombres ellos también?

Nunca, nunca habían comprendido tan claramente, tan luminosamente, la fuerza del hombre y el porvenir del hombre en un mañana cercano: cuando la miseria, la ignorancia, la injusticia y el vicio no traben el progreso, no malgasten la energía espiritual de la humanidad.

Y el Abuelo, como si quisiera traducir en palabras los pensamientos de Raúl y Jorge, les dijo:

—Habéis sido testigos, hijos míos, de una hazaña maravillosa, síntesis de otras superiores... El hombre que ha volado sobre una máquina de apariencia frágil, es el heredero de otros hombres que sufrieron, que trabajaron y, a veces, murieron para que aquél pudiera volar... Tras la estela del avión moderno debemos representarnos la larga teoría de mártires que dieron su vida ensayando máquinas primarias...

—¿Son los héroes, verdad, Abuelo? —inquirió Jorge.

—Sí, hijo mío... ¡Son los héroes!...

Y completando su pensamiento, el Abuelo agregó:

—Los hombres de hoy gustamos el fruto del trabajo y del sacrificio de generaciones pasadas. A su turno, los hombres de hoy, en este campo de la técnica y en todas las actividades sociales, científicas, económicas, políticas y culturales, trabajamos, luchamos y morimos, también, para que vosotros, hijos míos, podáis gozar de una vida me-

jor, gustar una ciencia superior y, desde una altura más serena, más fraternal, seguir el camino del progreso y legar a vuestros sucesores nuevas conquistas, nuevas leyes, mejores escuelas, mejores costumbres, nuevas verdades, ahora incógnitas misteriosas, científicas...

Que ésta es la ley del progreso y de la vida:
¡el trabajo incesante de las generaciones humanas!

Raúl, enfermo

La desgracia interrumpió las pláticas del Abuelo.

¡Raúl cayó enfermo!

Y el dolor de su cuerpo y la mortecina luz de su almita acongojaban al bondadoso anciano y a Jorge y sumían en la desesperación a sus padres.

Terribles días de incertidumbre, de alegrías súbitas, de letales decaimientos, se sucedieron.

En su postración, Raúl sonreía, a veces, viéndose rodeado de cariño y para tranquilizar a su mamita, cuya inquieta mirada le hacía sufrir más que su propio mal.

Jorge, en esos días de prueba, conoció su corazón: amaba a Raúl como si fuera un hermano.

El Abuelo, sentado en la cabecera del lecho de dolor, comprendió también que amaba al pequeño Raúl como había amado a sus hijos y nietos de sangre.

Y en la pesadumbre del padre se entreveía

la obsesión que no le dejaba momento de reposo.

La llegada del médico apresuraba el latir de tantos corazones unidos por el indestructible lazo del amor. Y sus menores gestos eran seguidos con una ansiosa intranquilidad.

Maestros y niños de la escuela que Raúl honraba con su aplicación, anhelaban su vuelta y sufrían, asimismo, con las inevitables alternativas de la enfermedad.

Y no os extrañe, queridos niños, porque un buen corazón late al unísono con los corazones de todos los seres capaces de amar.

Raúl, convaleciente

Poco a poco, Raúl fué venciendo la crisis, para entrar en período de franca convalecencia. ¡Raúl reía, quería reír!

Y con sus risas devolvió al viejo hogar la vida que su enfermedad mantuvo suspendida, a Jorge la paz y al Abuelo su bondadosa y alegre sonrisa.

Dos pensamientos apenaban, sin embargo, a Raúl.

Con el pensamiento revivía la vida escolar, seguía a sus compañeros en las clases y en sus acostumbrados juegos, escuchaba las grandes palabras del maestro y soñaba con sus libros y sus cuadernos.

Con el pensamiento rehacía las hermosas jornadas vividas con el Abuelo y Jorge, y solía desesperarse por la lentitud de su mal.

Tranquilizábalo el Abuelo, diciéndole:

—No te impacientes, hijo mío. La salud se pierde en un minuto y se recupera en días, semanas y meses!... La impaciencia sólo prolongará tu quietud. Tú lo has visto: una casa se de-

riba en una semana y para construirla se necesitan meses y años, y a fuerza de trabajo metódico y matemático. Nada valen, en estos casos, la impaciencia ni el apresuramiento. Al contrario. ¡Conducen a derrumbes imprevistos! Cuida, hijo mío, que tu salud se reconstruya paso a paso y no la expongas a peligros fáciles de evitar. Tu constructor es el médico, una inteligencia que ha estudiado y perfecciona, día a día, la manera de restablecer las energías, de formar las reservas vitales agotadas por la enfermedad. Atiende sus consejos.

A todo atendía Raúl, pero reincidía. Y mareaba a Jorge con mil preguntas, y fatigaba a mamita con caprichos raros, y sorprendía a su papá con ideas y palabras extrañas y obligaba al bondadoso anciano a renovar sus sanos consejos y a reforzarlos.

—¡Raúl, hijo mío, tu pensamiento se desata!
¡Recógelo!

¡Y el pensamiento, indócil, navegaba a toda vela!

La disputa

Una tarde, Raúl y Jorge disputaron. Jorge era un terco cuando creía tener razón. Y Raúl, a quien hemos conocido siempre tolerante y accesible a razones, debilitado por la enfermedad y el desenfreno de su pensamiento, se empecinaba en el menor de sus caprichos.

Jorge recordaba unas palabras del médico:

—Raúl necesita reposo. Nada de libros. Reposo completo.

Y Jorge las mantenía al pie de la letra. Sacó todos los libros y cuadernos de la habitación de Raúl y, ayudado por mamita, los encerró bajo llave en una pieza desocupada.

Raúl, mimoso, preguntaba a Jorge mil cosas sobre la escuela, le recordaba palabras del maestro, queridas historias del Abuelo, y siempre concluía:

—¿Sabes? Hoy he soñado que me leías los “Viajes de Gulliver”. Es un libro muy lindo, ¿verdad?... ¡Muy hermoso!... ¡Anda, sé bueno y léemelo!...

Y Jorge, severo, replicaba:

—No puede ser. El médico lo ha prohibido... Eres un hipocritón, pues quieres el libro, no que te lo lea.

La diaria contienda degeneraba en disputa. Raúl anhelaba con todas sus fuerzas ese libro o cualquier libro. Y cuanto más gritaba, con mayor terquedad Jorge se oponía.

Sonriendo burlonamente, el Abuelo, llegado minutos hacía a la casa de Raúl, interrumpió la disputa:

—¿Qué pasa?... ¿Por qué disputáis?...

Quedaron suspensos y avergonzados los dos amiguitos.

—¿Habrá secretos para el Abuelo?

—¡No... no... nunca! — respondieron, vehementes, Raúl y Jorge.

Y Jorge, con franca resolución, explicó al Abuelo lo sucedido. Nada dijo Raúl, antes bien, comprendiendo que había sido injusto, corroboró con su silencio las palabras de su hermanito.

Rióse el Abuelo del enfermizo empecinamiento de Raúl y dijo:

—Jorge tiene razón, pero la cabecita de Raúl no está para razones!... Hermoso es un libro. ¡Y lo es más cuando no tapa el sol! ¡Bien lo supo Daniel, el niño prodigio!...

—¿Qué Daniel? — preguntaron golosamente Raúl y Jorge, presintiendo alguna bonita historia.

—¡Ah!, ¿no sabéis quién fué Daniel, ni lo que le sucedió?... Pues estad atentos.

Y el Abuelo contó:

El niño prodigio

—He leído que Edison, el inventor del fonógrafo, es millonario y duerme tres horas cada día. ¡Yo quiero estudiar para Edison!...

Así contestó a su papá, Daniel, el niño prodigio, asombro de las buenas gentes y joya sin precio para su mamá, una preciosa niña de grandes ojos azules sonrientes siempre, porque en ellos moraba, presente o ausente, la imagen de su hijito.

—¿Por qué le decían el niño prodigio, Abuelo? — interrumpió Raúl.

—Porque lo era, hijo mío — contestó el Abuelo... — Un fenomenal prodigio que aun no hablaba ni andaba y ya se sabía de memoria el abecedario.

Precisamente por eso, su buen padre se sentía muy preocupado del porvenir de su hijo. ¿Qué podría hacer su hijo? ¿Qué sería su hijo? Cualquier cosa, ni pensarlo siquiera. Su destino debía ser tan grande como su precoz maravillosa inteligencia. Y aunque el buen padre pensaba en ello día y noche, no daba en el secreto.

Y en sus permanentes dudas solía preguntar a su hijo:

—¿Qué quieres ser, Daniel, hijo mío?

Algunas veces Daniel tenía repuestas estrambóticas. Así, un día le contestó:

—¡Quiero ser vigilante, papá!

Y, por fin, una noche, respondiendo a la acostumbrada pregunta de su papá, Daniel pronunció la gran frase, la de su destino y de su fama.

—¡Quiero estudiar para Edison!

Nada supo contestar su padre a tan extraordinarias palabras, ni pudo pedir mayores explicaciones, porque Daniel, grave y meditabundo, y huyendo de preguntas importunas, se fué a dormir... Los padres de Daniel, saliendo al fin de su asombro, comprendieron el fantástico destino envuelto en aquellas palabras misteriosas y se regocijaron íntimamente y comenzaron a construir los castillos en el aire, de altura inconmensurable, que todos los padres acarician cuando piensan en el porvenir de sus hijos, y se fueron diciendo en voz bajita para no interrumpir el sueño del niño prodigio:

—Cuando Daniel sea un hombre...

—Cuando Daniel sea Edison...

—Más grande que Edison...

—Más rico que Edison...

Y se durmieron.

La luz del nuevo día no fué ya la luz de los otros días. Más viva, más diáfana, había transformado la gran ciudad en colosal brillante...

Corrió la nueva por la ciudad. Los hombres al ir a su trabajo se saludaban dándose la estu-

penda noticia. Y los diarios, rápidos como el rayo, la difundieron por todo el país. He aquí lo que uno de ellos decía:

“UN NIÑO PRODIGIO. — ¡Esta es la fotografía de Daniel! Un niño, un tierno niño, hijo de padres humildes, y uno de los más grandes genios del Universo. Es el orgullo de la ciudad y será la gloria de todos los ciudadanos. ¡Vedlo! Esta es la cara infantil y grave, el prodigio que desdeña los goces, los juguetes y los juegos de sus encantadores años; que rehuye la bulliciosa compañía de los otros niños, que solo piensan en saltar y en correr por las calles; que adelantando su edad madura, pasa los días y las noches con la frente inclinada sobre libros serios y pesados, que muchísimas personas mayores no comprenderían. ¡Admirable! ¡Es un Edison en flor! Y quiere ser un Edison más grande y glorioso que el viejo Edison, mago de la electricidad. ¡Viva Daniel! Este debe ser el grito de todos los corazones patriotas y honrados. ¡Por Daniel! Esta debe ser la preocupación de todos los ciudadanos que amen el progreso y piensen en dedicarle unos minutos diarios de su pensamiento, para que la suma de millones de sentimientos simpáticos formen una atmósfera adorable en torno del niño genial, del niño prodigio que sin dejar de ser niño, y sin haber sido niño, habla, piensa y trabaja como un grande hombre. ¡Y bendigamos todos a los padres que han dado a la ciudad su genio y su escudo!”

Así hablaban todos los diarios. Y a las pocas horas millones de personas vitoreaban entusiasmadas al pequeño Daniel.

¿Qué era, mientras tanto, de Daniel?

En la azotea de la casa de sus papás había una piececita, en otrora palomar y gallinero. Allí se instaló, jurando no salir hasta tanto no hubiera terminado de estudiar para Edison. Allí se encerró.

Y la piececita hasta entonces ignorada en la ciudad, se transformó en una especie de santuario.

Los propietarios de las casas vecinas y más altas, ganaron mucho dinero alquilando las ventanas, balcones y azoteas, sobre la piececita del niño prodigio. Y todos los días, miles de ciudadanos, unos con sus ojos naturales, otros ampliando su visión con prismáticos, contemplaban extasiados la azotea, la piececita y los menores detalles del glorioso hogar del niño prodigio. Y el gentío alcanzaba proporciones desmesuradas al atardecer, pues había corrido la voz de que el niño prodigio salía y paseaba dos segundos cuando el sol se hundía en el enrojecido Occidente.

Pasaron los años. Y año tras año, el aspecto de la casa del niño prodigio y sus alrededores cambiaba.

Primero fueron levantadas las vías tranviarias, porque el estridente traqueteo de los tranvías hería desagradablemente los sensibles oídos de Daniel.

Después la municipalidad prohibió el tráfico de carros, coches y automóviles, para impedir que los gritos de los carreros, los relinchos de los infelices viejos caballos y las escandalosas bocinas de los autos, distrajeran, desviarán, pervirtieran las hondas meditaciones de Daniel.

Y en un vasto espacio alrededor, no había ya más casa que la de Daniel, ni más hogar que el hogar de Daniel. Era como una iglesia en un desierto.

Pero no un desierto de arena, sino un desierto poblado del pensamiento de la ciudad y de toda la humanidad. Un desierto poblado de libros.

Fué idea de un gran diario: "La ciudad — escribió un día — debe facilitar al niño prodigio todos los medios necesarios para que su genio pueda desplegar las alas sin descanso y sin fatiga. El libro es la herramienta del sabio. Llévese libros, todos los libros escritos por los hombres. Que su mano tenga siempre a su alcance el libro que su cerebro le pida".

Y así se hizo. Se constituyeron sociedades patrióticas, comités infantiles, juntas de damas, comisiones de inválidos. Se organizaron: "El Día del Libro", "El Mes del Libro", "El año del Libro", "El Canto del Libro"...

Y, milagrosamente, gracias al entusiasmo del pueblo, todos los días interminables hileras de camiones cargados de libros, vaciaban su preciosa carga frente a la casa de Daniel. Derribaron casas vecinas, porque bien pronto no quedó espacio para más libros. Y los libros formaron una montaña altísima y cubrían todo el frente de la casa, llegaban a la azotea, la invadían y bloqueaban la puertecita por donde en los primeros tiempos salía Daniel para pasear dos segundos a la puesta del sol. Daniel suspendió el corto paseo, porque los libros no le dejaron espacio alguno. ¡No lo sintió Daniel! ¡Absolutamente! Su alma rebosaba de ale-

gría y amor. ¿Qué le importaban los dos segundos de paseo, si en cambio el amor de la ciudad le daba todo cuanto necesitaba para ser más grande y más rico que Edison?

Daniel leía, estudiaba, pensaba. Devoraba libros.

Leía un libro por minuto. Libro leído, libro que quedaba grabado con todos sus puntos y comas en su prodigiosa memoria, libro que no necesitaba ya más. Lo leía y lo tiraba, volando por la ventanita que daba a otro descampado, de detrás de la casa. Y de minuto en minuto, un libro salía volando por la ventanita; libros de todas clases, encuadernados y en rústica, grandes y pequeños, libros con láminas estupendas y libros modestos manchados de tinta y de chocolate... ¡Toda la familia de los libros, innumerable y multicolor!... Y bien pronto la montaña de los libros leídos fué tan alta y vasta como la montaña de los libros a leer...

¡Qué espectáculo para la ciudad!... Los domingos, grandes multitudes acudían a contemplarlo. Y los buenos niños, seguían inquietos el vuelo de los libros, palmoteando, gritando alegremente:

—¡Otro!... ¡Otro!... ¡Va otro!... ¡Otro más!...

Los felices propietarios de prismáticos podían distinguir de minuto en minuto una mano fina, larga, descarnada, aparecer sin nada y desaparecer con un libro, que al cabo de otro minuto saltaba por el lado opuesto.

Y llegó el gran día ansiado por la ciudad.

Diez años se había pasado encerrado y estudiando Daniel, el niño prodigio. En diez años se había leído todos los libros. Ya nadie llevaba libros a la casa de Daniel, porque no había más en la ciudad, porque de haberlos, tampoco hubieran sido necesarios, pues Daniel los tenía exprimidos todos.

¡Toda la sabiduría de los hombres había llegado a aquella piececita y salido volando, por su ventana!... Pero en esa breve pausa de su tránsito los libros habían dejado su substancia en el prodigioso cerebro de Daniel. Llegaban a la piececita ubérrimos, rezumando ciencia y sabor y salían resecos y exprimidos como limones prensados!...

Habiendo adquirido toda la sabiduría de los hombres, Daniel anunció el fin de su reclusión. ¡Había terminado de estudiar para Edison! ¡Ya era más que Edison! Sólo faltaba demostrarlo.

No perdió tiempo en hacerlo.

Un día, los diarios, con títulos a toda página, lo anunciaron:

“Dentro de tres días, a las 12 en punto, Daniel, el niño prodigio, el hombre más grande que Edison, padre de la fama y gloria de la ciudad, saldrá de su divino retiro, por donde ha pasado toda la ciencia de los hombres, para aplicar sus portentosos conocimientos, para hacer de nuestra ciudad la más rica, fuerte y maravillosa y envidiada de la tierra.

“¡Nadie debe faltar! ¡Todo el pueblo ha de presenciar un acto tan solemne, jamás visto por ojos humanos!”

Llegó el tercer día.

¡Oh, Dios mío, qué hormigueo de gente!... ¡Jamás, jamás, hijos míos, se había visto tanta gente reunida, ni tan ávida, ni con ojos tan abiertos para no perder detalle de lo prodigioso que iba a acontecer!

No se veía la casa. Donde antes había la casita llena de flores y de perfumes, vieron una montaña, una compacta montaña de libros. Los libros, a causa del viento y de la lluvia, se habían adherido unos a otros, formando una masa tan sólida, que sólo buenas cargas de dinamita la hubieran hecho saltar. Una montaña de base ancha, de paredes agrietadas y de grandes vetas, como si las manos de miles de obreros afanosos hubieran querido construir una pirámide. No remataba en punta. La cúspide era como la de un volcán, pues los libros, al invadirlo, respetaron, no obstante, el techo de la pieza, única salida posible para el prodigioso Daniel.

Millones de ojos se concentraron en la boca de aquella extraña montaña de libros, palpitando de emoción todos los corazones.

Centenares de aeroplanos, globos y dirigibles evolucionaban majestuosamente alrededor de la montaña, prestos los observadores a lanzar cohetes verderrosa, señal convenida con las altas autoridades del país, para que en el gran libro de la historia nacional se registrara la hora exacta, con minutos y segundos, de la salida a la luz del genio incomparable.

Lentamente, el reloj de una torre vecina dió once campanadas y otras tres más suaves y cortas.

¡Un cuarto de hora! ¡No faltaban sino quince minutos!

¡Quince minutos largos como la eternidad!

La multitud, sin aliento, miraba y escuchaba.

Al fin, el reloj empezó a cantar las doce campanadas, y cada golpe hería el corazón de la multitud.

Y al dar la última, se hizo un profundo silencio. Sólo el poderoso zumbido de los motores aéreos se oía. Y era como un canto de aleluya.

Pero Daniel no aparecía...

—No sale... No sale...

—Daniel... Daniel... Daniel...

Y millones de voces se elevaban, impresionadas por la duda, y un como presentimiento de espanto... ¡Si se hubiera muerto Daniel!...

Algunas mujeres sollozaban ya, estrechando fuertemente a sus hijos bien amados, cuando de un aeroplano surgió un poderoso rayo de luz verderosa... Y otro, y otro, y cien más, de los aeroplanos, globos y dirigibles, que evolucionaban atisbando la prodigiosa aparición.

—¡Ya sale... ya sale... ya sale!...

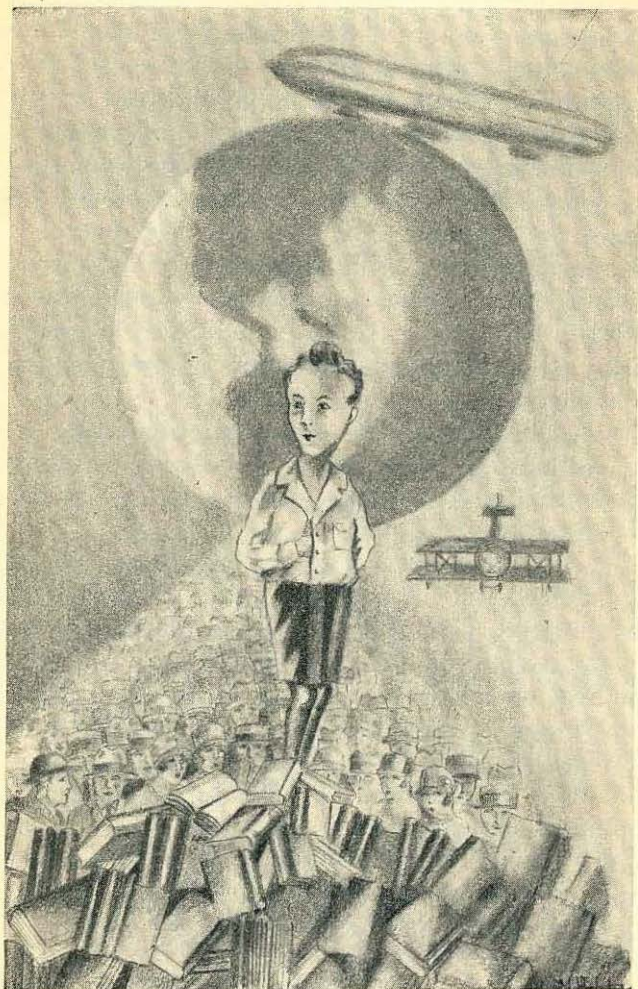
—¡Daniel... Daniel... Daniel!...

Restallaban en el aire gritos de gozo y admiración.

Hubo un pequeño movimiento en la cúspide de la montaña y una figurilla apareció...

—¡Daniel... Daniel... Daniel!...

Efectivamente, era Daniel... un hombrecillo de piernas de enano, de brazos chiquitos y delgados, de pecho estrecho... Un hombrecillo sin cuerpo, todo cabeza... Una cabeza enorme, más



...Hubo un pequeño movimiento en la cúspide de la montaña y una figurilla apareció... (Pág. 160)

alta que su cuerpo, más ancha que su cuerpo, tan grande que tapaba el disco solar, con una frente vasta y tan brillante, que los rayos del sol se reflejaban en ella y herían a la multitud, y unos ojos, ¡oh, hijos míos!, unos ojos poderosos, dos focos de luz y de calor, dos antorchas del saber, dos soles iluminando todos los misterios del mundo...

—¡Ya baja!... ¡Ya baja!... ¡Ya baja!...

Así era... Daniel movió sus piernecitas, comenzó a caminar, puso su pie chinesco en una saliente, un atlas enorme obsequio de una compañía de seguros, y...

—¿Qué, Abuelito? — interrumpió Raúl.

Espantoso, hijo mío, — contestó el Abuelo, acariciando sonriente los rubios cabellos de Raúl. — ¡Espantoso!...

... Y como un trueno prodigioso ensordeció a la multitud. El aire, trastornado, silbó de furor. La multitud, espantada, creyendo llegada la hora del juicio final, no tuvo ni alientos para correr: los hombres se quedaron quietos en su sitio, como si una fuerza sobrenatural los hubiera clavado en la tierra bendita... El cielo, limpio y sereno, sin una nube y silencioso... ¿Dónde estaban los aeroplanos, los globos, los dirigibles, con sus hombres y sus luces verderosas? Nadie lo ha sabido hasta ahora, ni nadie lo sabrá nunca jamás... ¡Desaparecieron, simplemente!... ¡Y también había desaparecido Daniel!...

Pasado el primer temor, los ojos de la multitud buscaron a Daniel...

—¡Daniel!... ¡Daniel!... ¡Daniel!...

Pero Daniel no respondía.

—¡Lo han asesinado!... ¡Lo han asesinado!

Y la multitud creyó que algún monstruo envidioso y emboscado había puesto una bomba terrible que al estallar hizo trizas a Daniel y se llevó a regiones atmosféricas desconocidas a los hombres del aire y sus máquinas...

Rugiendo de ira, la muchedumbre escaló la montaña de libros, dispuesta a encontrar al vil asesino y vengar con su muerte la del inmortal Daniel.

Y la cima fué rodeada. Llegó a ella primero un anciano y venerado médico...

Los que le seguían lanzaron un grito de espanto, tan dolorido y potente, que la multitud se quedó de nuevo petrificada de horror.

—¡Oh, Daniel! — sollozó el anciano doctor.

—¡Desgracia!... ¡Desgracia!... ¡Pobres de nosotros!... ¡Pobre ciudad!...

Razón tenían en sollozar.

—¿Encontraron al hombre de la bomba? — preguntó, lloroso, Raúl.

—No, hijo mío, no lo encontraron, pues tal monstruo sólo existía en el corazón asustado de la multitud.

—¿Quien mató, entonces, a Daniel, Abuelito?

—Escuchad, hijos míos...

El anciano médico, después de examinar el cadáver de Daniel, hizo un gesto de indecible asombro y habló así a la multitud:

—¡Hermanos todos!... ¡He aquí lo que ha pasado!... ¡Daniel ha muerto!...

—¡Al asesino!... ¡Al asesino!... — rugió la multitud.

Idlo a buscar si podéis, — gritó el anciano doctor.

—¿Dónde está?... ¿Quién es?... — y los más exaltados levantaban ya los puños dispuestos a aplastar a la soñada fiera.

—¿Dónde está?... Allá arriba, — dijo el médico, señalando el refulgente firmamento. — ¿Quién es?... ¡El Sol!... Escuchad todos... El Sol ha matado a Daniel... No fué una bomba lo que estalló... Fué la cabeza de Daniel... La gran cabeza, la enorme cabeza, la cabeza que guardaba como alcancía mágica todo el saber de los humanos, la ciencia, el arte, la filosofía del pasado, del presente y del porvenir, la portentosa cabeza de Daniel que, formada, crecida y ensanchada a la sombra, no pudo resistir la fuerza de los rayos del sol... ¡Reventó como sandía madura estrellada contra el suelo!...

... ..

Así terminaron las aventuras del niño que quiso estudiar para Edison, concluyó el Abuelo, sonriendo bondadosamente a Raúl... Y en la desgracia, enfermedad, raquitismo, neurastenia, terminan todos los niños que, como hace un momento Raúl, desdeñan el aire libre, el ejercicio sano, la gimnasia inteligente, para encerrarse lejos del sol y de la vida... con libros que no entienden!

Alma sana en cuerpo sano

No se contentó el Abuelo con la reprimenda final de la historia del niño prodigio. Severamente agregó:

—Dentro de pocos días reanudarás tus trabajos escolares, hijo. Sé bueno, sé aplicado, como siempre lo has sido, pero no reincidas en excesos perjudiciales. Eres, querido Raúl, el reverso de Jorge, quien sólo pensaba en campeonatos y desdénaba el estudio metódico. Jorge se corrigió y cultiva su cuerpo de pequeño atleta sin descuidar la educación de su inteligencia. Sólo piensas en estudiar, leer mucho y desprecias el aire libre, el ejercicio sano. Por tu culpa has estado enfermo, sumiendo en el dolor a los seres que te son queridos y que te aman: a tu mamá, cuyo corazón sufría con los dolores de tu cuerpecito; a tu papá, que trabajaba con doble fatiga, pensando en tí; a Jorge, que vagaba como alma en pena, y a mí, hijo mío, que amo tu almita apasionada, que renazco en tí y en Jorge!...

Dulces sollozos de arrepentimiento y grati-

tud conmovían el pecho de Raúl. Y el Abuelo, insistiendo en una idea muy arraigada en él, continuó:

—Un hombre, para ser útil a su país y a sí mismo, ha de tener alma sana en cuerpo sano. ¿Para qué queréis ciudadanos más forzudos que los bueyes de nuestras pampas, si su cabeza fuera tan recia y dura?... ¿Para qué sirven ciudadanos de cabeza grande sobre cuerpo raquítico, enfermizo, incapaz de trabajar y de sostenerla?... No, hijo mío, no!... Las ideas claras y los sentimientos ampliamente humanos sólo son posibles si al vigor intelectual acompaña el vigor físico!...

La venganza de Jorge

Jorge había escuchado las palabras del Abuelo entusiasmado, y miraba a Raúl con picardía y una sonrisa un si es no es burlona.

—¡Daniel es el Kid de Raúl!

—Y tu venganza, ¿verdad? — inquirió el Abuelo sonriendo bondadosamente. Pero, no abuses de ella, que perdería su gracia y su oportunidad... Kid y Daniel se parecen, sin ser iguales. Se parecen por su lamentable fin. Se diferencian por su vida. Kid vivió, y al morir había gustado la vida. Daniel murió sin vivir. Fascinante es la vida de los libros, aunque engañosa, artificial. En el mundo, hijos míos, hay muchos hombres que todo lo toman de los libros, como hay otros, más numerosos, que nada toman de ellos. ¿Cuál de esos seres preferís?

—¡Ninguno! — contestaron prontamente Raúl y Jorge.

—Ninguno de ellos merece ser imitado. Vuestra opinión me regocija! Ella me dice que mis palabras llegan y se quedan en vuestros cere-

bros... ¡Desdichado de aquel que pasa indifere-
nte por la ciudad de los libros! ¡Desdichado de
aquel que se encierra en la ciudad de los libros!...
¡Vivid, vivid!... Todos podemos y debemos es-
cribir nuestro propio libro, trabajando, amando,
sufriendo, siendo parte del mundo, no como ma-
dero que va a la deriva, sino como pasajero que,
de ser necesario, sabrá llevar el timón. Todos po-
demos y debemos mejorar, ampliar, nuestro pro-
pio libro leyendo, consultando los libros de los
demás... ¡Vivid, vivid!...

Raúl y Jorge, olvidados de su insignificante
y superficial querella, contemplaban al Abuelo,
cuya belleza realzaba la exaltación. No siempre en-
tendían los conceptos del bondadoso anciano, pero
gustaban de sus palabras con fruición y presen-
tían que ellas resurgirían, hermosas, límpidas, en
sus cerebros! ¡Y eran insaciables!...

El mejor alumno

Raúl, cuya cabecita siempre trabajaba, preguntó:

—¿Cuál es el mejor alumno, Abuelo?

—La respuesta no es fácil, hijo mío.

—El mejor alumno es Raúl, — dijo Jorge con aplomo.

—Sin duda, Raúl es un alumno excelente, y lo será más ahora que se ha sacado algunas telarañas de su cerebro. Pero me parece que no entendiste la pregunta, Jorge. Raúl no se refiere a él ni a tí, ni a ninguno de vuestros compañeros. ¿No es así?

—Sí, Abuelo.

—Tu pregunta es difícil. Veamos un poco. La escuela hace hombres. El mejor alumno es el que sale de la escuela preparado para ser hombre. Para ser el mejor alumno no bastan los puntos del examen final. A niños he conocido que se llevaron inmejorables clasificaciones y, luego, sirvieron para bien poca cosa.

Reflexionó unos instantes y agregó:

—Inteligencia y técnica, conocer y aplicar lo que se sabe. El mejor alumno será aquel que más conozca y sepa realizar sus conocimientos. Nada me importaría, hijos míos, que salierais de la escuela sabiendo poco, si la escuela dejara en vosotros el afán inextinguible de saber, si hiciera de vosotros espíritus vivientes, dinámicos. Vale más querer saber, que saber a medias y sin curiosidad por saber mejor y sólidamente.

Calló el Abuelo, turbado. Y, comprendiendo el esfuerzo de atención de sus amiguitos, continuó:

—Me parece que mis palabras rebotan en vuestras cabecitas. La culpa es de Raúl, con sus preguntas. ¡No es nada preguntar quién es el mejor alumno!... Te digo, Raúl, hijo mío, que el niño capaz de madurar y formular tal suerte de interrogantes, va en camino de ser el mejor alumno!

—¿No lo dije? — replicó triunfalmente Jorge.

—No se burle, Abuelito. — murmuró tímidamente Raúl.

—Nada de eso. Burlarse de un niño y de su inquietud, es una acción indigna!... Querer saber, saber comprender, poder expresar lo que uno sabe y siente, ve y observa, saber y querer trabajar, saber y querer amar, saber y querer vivir, poniendo en todo, aun en lo pequeño, la máxima voluntad!... El niño que salga de la escuela sacando de ella estas virtudes, ése será el mejor alumno!...

—¡Nunca seré primer alumno!, — interrumpió Jorge con desánimo.

—¿Por qué, hijo mío?

—¡Es imposible, Abuelito!

—Imposible, es una palabra tonta. Ese primer alumno ha existido y al morir nos legó su ejemplo.

—¿Quién fué, Abuelo? — preguntó insaciable Raúl.

—¡Sarmiento!...

La alegría de vivir

Raúl, ya completamente restablecido, reanudó sus trabajos escolares.

Su regreso fué muy festejado por niños y maestros. Jorge participó de los homenajes, pues el maestro, al comenzar la clase, hizo el elogio de la amistad, tomándolo como ejemplo.

No se envaneció, sin embargo, nuestro amigo porque era una almita sencilla y noble.

Raúl respiraba con exaltada fruición el aire de la calle y la luz del sol.

Vivía con entusiasmo, y sus nervios y su sangre y sus músculos vibraban y cantaban, a su manera, himnos a la vida.

Jamás había experimentado el pequeño Raúl sensaciones tan fuertes y agradables. Jamás le parecieron tan hermosos y dotados de tan alto sentido las calles y las casas, los seres de la tierra y del aire, el firmamento y la franca risa de su hermanito Jorge.

Una idea nueva había germinado y crecido en

su cerebro. La idea que manó clara y amable de labios del bondadoso anciano.

Sentía grandes deseos de correr y saltar, de gritar. Y se entregaba con frenesí a sus nuevas sensaciones, sin analizarlas.

Jorge estaba en la gloria. La alegría de su amigo acrecentaba su alegría natural. La desbordante energía de Raúl intensificaba su propia fuerza. Y él también sentía la comezón de correr y saltar y gritar, mientras le decía, orgulloso:

—¡Tú eres mi profesor en libros y cuadernos!... ¡Yo seré tu profesor en gimnasia!

De lejos reconocieron al Abuelo. Corrieron a él y le abrazaron, y el venerable anciano, comprendiendo por la arrebatada expresión de sus miradas lo que había en sus almitas blancas, preguntó sonriendo bondadosamente:

—¿Qué os sucede, hijos míos?

—¡Abuelo... abuelito... soy feliz! — dijo Raúl.

—¿Por qué, hijo?

Nada respondió Raúl. Era feliz. No sabía explicarlo, pero se sentía dichoso, como nunca lo había sido.

Y es que, por primera vez en su vida, rebullía en su almita la alegría de vivir!

SEXTA PARTE

EDUCACIÓN MORAL

La madre

Cuando encontréis un corazón sensible a todos los dolores, vibrando a compás de puras alegrías, decid: ¡es un corazón de madre!

Cuando os miren unos ojos plenos de ternura y en cuyas retinas sonría una tenue y rosada figurilla infantil, decid: ¡son los ojos de una madre!

Cuando sintáis la húmeda caricia de unos labios, que al besar sean castos, decid: ¡son los labios de una madre!

Cuando soñéis flores y aventuras felices, decid: ¡una madre ha velado mi sueño!

Cuando oigáis, después de prolongada ausencia, el suspiro hijo de un dolor pasado y de una alegría presente decid: ¡me creía solo y por todas partes iba conmigo el alma de una madre!

Cuando vuestro corazón se entristezca sin

razón aparente, y gima extrañas torturas, decid: ¡es una madre que llora!

Cuando vuestro espíritu ría y cante, cuando el cielo os parezca más azul y el aire más ligero y la ciudad más amable, decid: ¡va conmigo el alma de una madre feliz!

Cuando triunféis en una empresa difícil, triunfo fruto del trabajo y del dolor de la incertidumbre, decid: ¡es el premio de mi amor a mi madre!

Cuando la desgracia os persiga y malogre todos vuestros deseos y ponga acíbar donde esperabais encontrar almíbar, decid: ¡es el castigo por haber hecho llorar a mi madre!

Porque, hijos míos, terminó diciendo el Abuelo a Raúl y Jorge, que le escuchaban emocionados, ¿podríais hallar en el mundo, en el universo, en el aire y en el agua, en la tierra y en el mar, en los hombres y sus obras, nada tan grande, tan sublime, tan generoso como el corazón de una madre?

Dolor de madre

En la calle apacible, un grito desgarrador fué la señal de la tragedia!...

Algunos hombres corrieron, presurosamente, hacia la esquina... Las mujeres salieron a la puerta de calle, la angustia reflejada en el rostro, porque todas eran madres, todas tenían un hijo fuera de casa, y el corazón de una madre, al menor incidente, palpita espantado... Un agente cruzó corriendo la calle, hacia la farmacia. Tras él seguían unos hombres, doloridos y atentos, llevando un cuerpo inanimado...

Y con ellos, una mujer pálida, sollozante, despeinada, cuyos ayes causaban pavor!...

¿Qué había ocurrido?

Allá, en el otro extremo de la calle, apareció el Abuelo, paseando acompañado de sus inseparables Raúl y Jorge.

El Abuelo hablaba. Sus palabras se perdieron, pues se interrumpió de pronto para señalar con el bastón el agitado grupo de frente a la farmacia, mientras murmuraba:

—¿Qué corazón de madre habrá sido destrozado?

Y apresurando el paso, en un minuto se encontraron con los primeros curiosos.

Preguntaron. Nadie sabía nada, aunque todos se disputaban por despachar la fantástica historia, en sus imaginaciones forjada.

Abrióse paso el Abuelo con aquella manera cortés y suave que nunca le abandonaba. Apartáronse respetuosamente los curiosos y algunos se descubrieron, deferentes. Y, no obstante sentir absorbente curiosidad, Raúl se preguntaba:

—¿Por qué el Abuelo pasa por todas partes?

Mientras uno de los curiosos murmuraba, con acento de dolorosa simpatía:

—¡Debe ser el abuelo!

Y Raúl concluyó así su pensamiento:

—¡Claro!... ¡El Abuelo es el abuelo de todos los niños!...

Entraron.

¡Oh, madres, que terrible espectáculo!

Sobre una camilla hecha con dos sillas y un colchón, había el cuerpo de un niño, cuerpo ensangrentado, despedazado, muerto!... Y a su lado, sentada en una silla, la cabeza dulcemente sostenida por una buena mujer, había una madre!... ¡Pobre madre!... ¡Una madre que era la imagen de la palidez, del miedo y del dolor!... ¡Una madre de ojos grandemente abiertos y fijos, mirando, sin ver, un punto misterioso del techo!... ¡Una madre toda ella grito inarticulado, ese grito que no se olvida, ese grito que llega al corazón y lo desgarr!... ¡Una desven-

turada madre, de brazos cruzados sobre el pecho y las blancas manos juntas como si ellas quisieran decir la oración que su alma, perdida en la tragedia, no sabía, no podía decir!... ¡Una madre inerte, cuerpo sin alma, que velaba, toda ella, el informe cuerpecito! ¡Una infeliz madre que se levantó, de pronto, convulsivamente agitada, extendiendo los brazos y gimiendo: “Hijo, hijito mío”, para caer, ¡ay desdichada!, rígida, muerta en brazos de la buena mujer que la sostenía!...

Un gran silencio, silencio mortal, como si en aquel instante se hubiera apagado la vida en la tierra y en el universo, sucedió... Y en el silencio se elevó la voz del Abuelo:

—¡Mirad, aprended y no lo olvidéis, hijos míos!... ¡Este es el hijo que al matarse a sí mismo, por imprudencia, mató a su madre!... ¡Huyó de su madre para vivir en el ruido de la calle, y la calle ha cobrado hoy su presa!... ¡Es el niño que mató a su madre!... ¡Mirad, aprended y no lo olvidéis, hijos míos, porque no merecen perdón de los hombres ni de Dios los niños que acongojan y matan el corazón de sus madres!...

El hombre que murió en la calle

La ciudad no hablaba de otra cosa.

En la fría noche invernal fué hallado, extendido sobre un zaguán, muerto de frío y de hambre, un anciano.

Vestía harapos, estaba apergaminado, era la imagen de la miseria implacable.

Mendigaba muchos años hacía y su nombre y su figura gozaban de popularidad.

Lleváronlo a la Morgue, pues no tenía domicilio conocido. Tiraron sus harapos, pestilentes, a un rincón, y al día siguiente llevóselos el basurero.

Hombre violento, de genio pronto a la exaltación, el basurero rasgó una ropa que se caía en pedazos y, estupefacto, entre hilachas vió un peso. Despertóse en él la avariciosa curiosidad. De febril manotón rasgó otro pedazo y un billete de 5 pesos cayó al suelo. Deshilachó harapo por harapo y en conjunto reunió un capital de 6.000 pesos.

Eso era lo que comentaba toda la ciudad.

Y con la ciudad, Raúl y Jorge.

A quienes les faltó tiempo para querer contar el extraordinario suceso al Abuelo.

—Conozco la lamentable historia, hijitos, — les dijo. — Toda la ciudad la conoce... El desventurado Carroña — ¿no es así como le llamaban? — ha muerto de frío y de hambre, durmiéndose sobre su capital, como aquel usurero que falleció en la cueva donde había enterrado montañas de oro y de alhajas... La avaricia es muy común entre los seres humanos. Es resabio de siglos pasados, que se hereda de generación en generación, porque persisten ideas y costumbres injustas...

—¡Vaya un tipo! — comentó Jorge.

—¡Un pobre tipo, más infeliz, quizás, que Abu-Cassem!

—¿Quién era Abu-Cassem, Abuelo? — preguntó, gozoso, Raúl.

—¿No conocéis la historia de “Las babuchas de Abu-Cassem”?

—No, abuelito.

—Es muy linda. Se la contó la hechicera Schahrazada al cruel, por desdichado, sultán Schahriar.

Y, sonriendo bondadosamente, el Abuelo habló así:

Las babuchas de Abu-Cassem

En el Caíro, ciudad del legendario Egipto, vivía un droguero llamado Abu-Cassem Et-Tamburí.

Esclavo del dinero que ganaba en su negocio de droguería, era un pobre hombre, pues no sabía gozar ni usar sus muchas riquezas.

Y por inconcebible avaricia vestía como el más miserable mendigo y llevaba unas babuchas que cualquier hambriento beduino del desierto habría despreciado.

Las babuchas de Abu-Cassem, llenas de parches, pesadas y malolientes, gozaban de extrema popularidad en el Cairo. Y chicos y grandes, hombres y mujeres, ricos y pobres, todo el mundo las conocía y tomaba como punto de comparación para expresar lo desagradable. Por ejemplo, cuando alguien se sentía mal del estómago, gemía:

—¡Líbrame, Alah! ¡He comido una carne más pesada que las babuchas de Abu-Cassem!

Y para ahuyentar a los niños pegajosos, da-

dos a bromas indigestas y a palabras incultas, la gente decía:

—¡Por Alah! ¡Es de ingenio más pesado que las babuchas de Abu-Cassem!

Ignoraba, ciertamente, Abu-Cassem la tremenda popularidad de sus babuchas. Ignoraba, también, que ellas debían ser la causa de funestas calamidades. Y en su ignorancia, dejábase arrebatarse por su avaricia insaciable y en vez de calzarse las babuchas o de comprarse otras, como correspondía a su posición y riqueza, se las colgaba de la espalda y, así, descalzo y con las babuchas a cuestras, paseaba por el Cairo, contestando a los impertinentes:

—¡Alah es grande! ¡Me ha hecho el don de unas babuchas preciosas y permite que todos los creyentes me las envidien! ¡Alah aparte de mí y de mis babuchas el mal de ojo!

Y he aquí que un día Alah le proporcionó un excelente negocio. Y, por primera vez en su vida, Abu-Cassem pensó en celebrar la ganancia. Y se dirigió al hammam, donde nunca había ido. Y antes de entrar, como escrupuloso creyente musulmán, dejó las babuchas en el vestíbulo, diciendo al portero:

—¡Vigila mucho mis preciosas babuchas, porque todos los creyentes envidian y admiran las babuchas de Abu-Cassem!...

Mientras los frotadores y masajistas sudaban para limpiar el grasiento cuerpo del avaro, el guardián de babuchas, no pudiendo resistir el hedor de las de Abu-Cassem, las tomó y escondió en apartado rincón.

Ya iban saliendo los bañistas del hammam, terminada su jornada de trabajo, cuando Abu-Cassem reapareció en el vestíbulo, contoneándose y dándose más importancia que si, en vez de ser el más avaro droguero, fuera el propio sultán de Egipto. Buscó sus babuchas y en su lugar vió unas muy nuevas y elegantes, de cuero amarillo limón. No se le ocurrió que serían de otro cliente del hammam, sino que, aconsejado por su avaricia, se dijo:

—¡Sin duda Alah me las envía, sabiendo que desde hace tiempo estoy pensando en comprarme unas parecidas!... ¡O, acaso, sean de alguien que, sin darse cuenta, las ha cambiado por las mías!

Y dando gracias a Alah, porque después del negocio del día le proporcionaba el de unas babuchas nuevas y elegantes, las tomó, las colgó de su espalda y se marchó.

Pero, las babuchas de cuero amarillo limón eran del kadí, quien al salir del hammam pidiólas y estalló en gritos de furor al saber que habían desaparecido. El guardián de babuchas, temeroso de la justicia del kadí, siguiendo un rastro pestilente encontró en el rincón, donde habían quedado olvidadas, las babuchas de Abu-Cassem.

Al verlas y olerlas, todos, hasta el kadí, las reconocieron y primero uno y luego los demás, gritaron:

—¡Abu-Cassem ha robado las babuchas del kadí!... ¡Alah castigue al ladrón de babuchas!

Y los guardias del kadí salieron corriendo en su persecución, encontrando a Abu-Cassem cerca de su droguería, adonde se dirigía caminando muy

contento, engallado con sus babuchas nuevas y siendo el asombro de los vecinos, que no querían creer a sus ojos. Se le echaron encima, y como anticipo de la justicia del kadí, le molieron a palos, mientras le arrebatában las babuchas.

Y todos los que le veían pasar, llorando y gesticulando, se compadecían, porque era adagio muy popular en el Cairo:

—¡La justicia del kadí es más pesada que las babuchas de Abu-Cassem!

¡Y Abu-Cassem lo supo en su carne y en su bolsillo!

No le valieron protestas ni historias. Cargaron sobre sus hombros las viejas y apestosas babuchas y le arrojaron a húmedo y subterráneo calabozo.

Cabizbajo, maltrecho y saqueado, pues en la cárcel le pegaron y para salir de ella el kadí le condenó a pagar crecidísima suma de dinero: reapareció Abu-Cassem, al cabo de dos meses, en su droguería.

Todo el día se lo pasó mirando sus malhadadas babuchas y calculando en su matemático cerebro de avaro cuántas de cuero amarillo limón y de todos los colores de Alah habría podido comprar con el dinero dejado en las garras del kadí.

Y se propuso deshacerse de sus calamitosas babuchas. Y no bien se hizo de noche, Abu-Cassem cerró la tienda, se dirigió al Nilo y tiró las babuchas al río. ¡Sólo Alah conoce el destino de sus fieles musulmanes! Las babuchas, arrastradas por la corriente, se enredaron en las redes de unos pescadores, destrozándolas. Y los pescadores, lle-

nos de cólera, se dirigieron al kadí, pidiéndole justicia, por daños y perjuicios, contra Abu-Cassem, pues, ¿quién no conocía sus babuchas? Y el desdichado Abu-Cassem volvió a la cárcel y para recobrar la libertad debió pagar otra crecida cantidad de dinero.

Abu-Cassem tenía ya el alma más triste que Sylock al terminar el juicio de la sangre, y al regresar a su tienda, se sentó en cuclillas, como es costumbre entre los musulmanes, sobre raídos almohadones, y llorando murmuró:

—¡Ah, babuchas malditas, hijas de mi negro destino, no me causáis más que estragos!

Y pensó toda la noche en lo que podría inventar para deshacerse de ellas, y al clarear el día se dijo:

—¡Ya Alah!... ¡Las voy a enterrar en mi jardín!

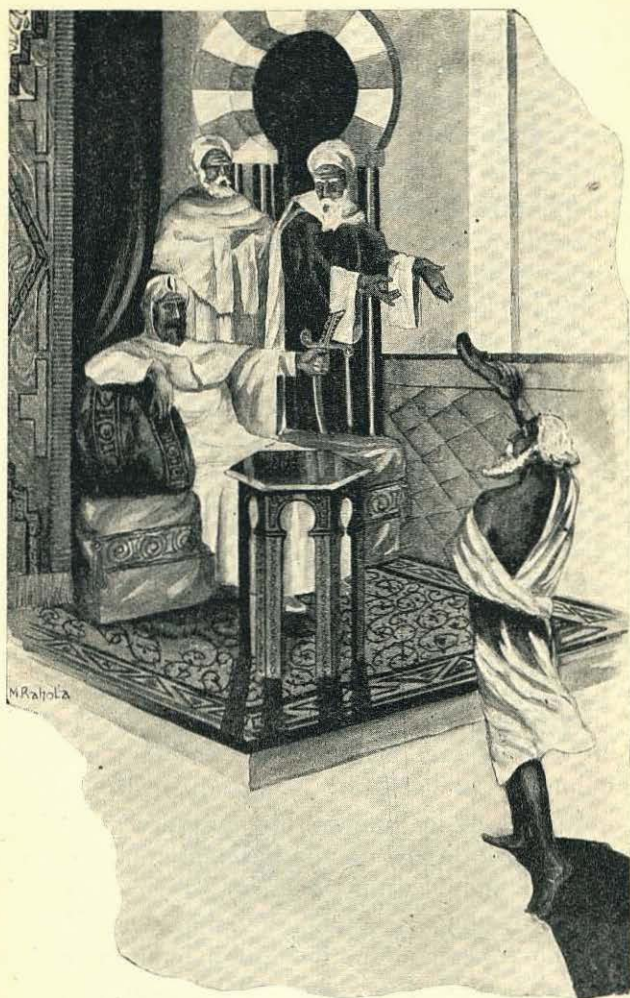
Bajó al jardín y enterró sus babuchas. Y resultó que un vecino suyo, que estaba enojado con él y deseaba hacerle daño, vió como las enterraba y corrió a casa del kadí y le delató:

—¡Oh, mi amo el kadí!... ¡Abu-Cassem está desenterrando un tesoro que enterrado había en su jardín!...

El kadí codicioso del tesoro, envió sus guardias a la casa de Abu-Cassem, con orden de detenerlo y llevarlo inmediatamente a su presencia. Y al tenerle, el kadí dijo a Abu-Cassem:

—¡Ya Abu-Cassem, entrégame el tesoro que has desenterrado!

Abu-Cassem, estupefacto y presintiendo nuevas torturas, juró y rejuró que había estado ente-



..¡Oh señor Kadí, he aquí la negra causa de mis tribulaciones!... (Pág 189).

rrando sus negras babuchas. El kadí, codicioso, no quiso creerle, lo mandó a la cárcel, y con sus guardias destruyó el jardín de Abu-Cassem. Y, entre rejas, Abu-Cassem fué por tercera vez apaleado y forzado a comprar con dinero su vida y libertad.

¡Ay, pobre Abu-Cassem!... No tenía límites su desesperación. Se mesaba las barbas, lloraba y lanzaba conmovedores quejidos.

Pero el dolor no le hizo olvidar su propósito. Tomó las babuchas, las maldijo y se fué al campo y, muy lejos, las arrojó a un canal. La suerte triste de Abu-Cassem quiso que las babuchas se engancharan en las ruedas de un molino haciéndolas saltar. Los propietarios reconocieron las babuchas, y Abu-Cassem fué, por cuarta vez, encarcelado, apaleado y saqueado con tanto rigor, que habría podido, con el dinero dejado entre las uñas del kadí, comprar diez molinos y todas las babuchas de Egipto y del Magrheb, de la Arabia y del Irak.

Regresó Abu-Cassem a su casa en el límite de la perplejidad. Subió a la terraza y puso las babuchas en la baranda. Y he aquí que mientras reflexionaba en su lamentable suerte y en el indudable encantamiento de sus babuchas, un perro de la casa de sus vecinos se lanzó sobre ellas y jugando tiró una a la calle. Y quiso el destino funesto que cayera sobre la cabeza de una anciana que pasaba, dejándola más ancha que alta!... Los parientes de la víctima pidieron ante el kadí el precio de la sangre y Abu-Cassem fué condenado

a pagarlo y a pagar a sus carceleros y al kadí, para recobrar su libertad... y sus babuchas!

Las babuchas ya le habían arruinado y temiendo que la próxima vez le arrancarían el alma, se decidió por una resolución extrema. Corriendo desatentadamente volvió a la casa del kadí, alzó las calamitosas babuchas por encima de su cabeza y a grandes gritos habló así:

—¡Oh, señor kadí, he aquí la negra causa de mis tribulaciones! ¡Por ellas me veo reducido a mendigar el pan en las mezquitas y en los caminos de Alah! ¡Te suplico, pues, que te dignes dictar un decreto diciendo al mundo entero que Abu-Cassem ya no es propietario de las babuchas, hijas de mi negro destino, pues las lego a quien quiera recogerlas!... ¡Oh, mi señor kadí, y no olvides de poner en tu decreto que de las desgracias que ocasionen en el porvenir, ya no será responsable el mendigo Abu-Cassem!... ¡Uas-salam!

Y arrojando las babuchas en medio de la sala de los juicios, salió corriendo y espoleado por las risas y las burlas del kadí, de los guardias y de los testigos.

... ..

Y terminó la historia de las babuchas de Abu-Cassem, hijos míos. No se ha sabido nada más de ellas, pero vivieron lo bastante para demostrar que la codicia y el egoísmo hacen a los hombres infelices y despreciables.

Miseria

La historia de "Las babuchas de Abu-Cassem" regocijó a Raúl y Jorge, y éste preguntó:

—¿Abu-Cassem también murió de frío y de hambre, Abuelo?

—Lo ignoro, hijo mío, aunque supongo que sí, porque la miseria no suele perdonar!... Hay dos clases de miseria y las dos son implacables: la miseria espiritual y la miseria material. Carroña y Abu-Cassem fueron dos miserables espirituales, pues, poseyendo, sufrieron males fáciles de evitar. Por eso la gente se ríe de sus desdichas, en vez de compadecerlas.

—Pero, hijos míos, — continuó el Abuelo, — no todos los miserables son como Abu-Cassem y Carroña. No todos padecen grandes calamidades o mueren de hambre y de frío en la calle, por su culpa! El mundo de los miserables es vasto y la profundidad de sus desventuras entristece e irrita.

Por las calles y campos de las ciudades y países del mundo, forman caravanas lamentables

de niños huérfanos o abandonados o extraviados, ancianos decrepitos que llegaron al límite de su vida sin una mano amiga, sin hogar, sin lazos morales ni materiales, jóvenes sin ventura condenados a la holganza y a la mendicidad, muchachas y ancianas sin amor de madre o de hijos, presa aquéllas de vampiros usando a éstas de instrumentos, alcoholizados y deformes, imbecilizados y degenerados... Son los súbditos de la Miseria, tristes despojos humanos, librados por una sociedad cruel a las torturas de inmensa Corte de los Milagros!...

¡En cada una de esas pobres almas mora la tragedia y sobre ellas pesa el mismo destino!

¡Cayeron fuera de la órbita social y la sociedad los ve pasar indiferente, no queriendo reconocer a sus hijos!

¡Ay!, hijos míos, a menudo me pregunto y la respuesta me angustia: ¿cómo los favorecidos con los bienes de la tierra pueden gozar en el despilfarro, habiendo tanta tristeza, viendo pasar por su lado la fantasmal caravana de los vencidos, de los miserables huérfanos de bien y de amor?

—¡Quisiera ser multimillonario! — interrumpió Jorge.

—¿Para qué, hijo mío?

—¡Para acabar con los pobres!

—¿Cómo lo conseguirías?

—¡Dando mis millones, Abuelo!

—¡Lo mismo hizo Inocencio! — replicó el Abuelo, sonriendo burlonamente. Escucha, querido Jorge, y tú también, Raúl, hijo mío:

La filantropía de Inocencio

Al morir su padre, Inocencio heredó algunos millones de pesos.

Era Inocencio un hombre puro, religioso, fraternal, pero de ideas muy limitadas.

Le era imposible vivir lujosamente, siendo un igual entre sus iguales, los millonarios. Y le era imposible, porque en su alma buena señoreaba la imagen tristísima de un hombre sin pan, o de un niño sin hogar, o de una joven sin ventura...

Durante largos años vivió atormentado por crueles dudas, sin hacer nada, sin gastar nada, mientras sus millones crecían rápidamente. Y cuanto más aumentaba su fortuna, mayor era su dolorosa perplejidad.

Amigos y parientes se mofaban de Inocencio. Se burlaban de su vida sencilla y sobria, achacando a incurable avaricia lo que se debía a estricto escrúpulo moral.

Con sus millones se encargaban de sugerirle proyectos de viajes y aventuras, y a todos respondía invariablemente:

—¿De quién son los millones de mi padre? ¿Son míos? ¿Puedo despilfarrarlos en caprichos y fantasías personales, habiendo en el mundo tantos desventurados sin pan y sin hogar? ¿Es imposible! He querido morar en el palacio de mi padre y me desalojó el espectro del hombre que duerme recostado en un zaguán! He querido regalarme en la mesa y en el fondo de mi plato he visto la carita pálida del niño que se muere de hambre! He querido viajar, dar la vuelta al mundo, pasajero del yate de mi padre y me contuvo la visión de millares de infelices que sucumben lentamente por no poder hacer un viaje de algunos centenares de kilómetros!... ¿Es imposible!... ¿No puedo tocar ese dinero!

Y he aquí que un día, leyendo el diario, conoció la frase de Jesús: “Da tu dinero a los pobres y sígueme!” Y su regocijo no tuvo límites, ni los tuvo su sorpresa, pues Inocencio, como buen católico, no conocía la Biblia.

Ya sabía qué hacer de los millones de su padre. Seguiría el consejo de Jesús, dándole un sentido más amplio: ¡acabaría con los pobres!

A su abúlica perplejidad sucedió una actividad incesante.

Recorría los barrios pobres, repartiendo dinero.

Andaba, de noche, por las calles céntricas en busca de mendigos durmiendo en zaguanes y se los llevaba a su casa.

Y el palacio de su padre se convirtió en asilo.

Los pobres pululaban a su alrededor. Jamás hubiera creído que fueran tan numerosos.

Revisaba atentamente los avisos periodísticos, de esos piadosos que recomiendan a las almas caritativas casos especiales de miseria. Y a los domicilios denunciados corría como alma en pena, cargado de ropa, de comestibles, de dinero y saludables consejos. Y esa especie de avisos empezaron a menudear en forma tan alarmante, que el bondadoso Inocencio no tenía mañana libre, ni minuto de respiro. Pero trabajaba con ánimo alegre.

Las sociedades de beneficencia aumentaban que era una bendición.

Inocencio gastaba sin tasa ni medida. Sacaba dinero de un pozo que parecía inagotable.

Ansioso de aliviar y destruir, en lo que pudiese, la miseria humana, se cuidaba de gastar lo que otro administraba.

Porque Inocencio, para librarse de trabajos y preocupaciones desagradables, había concedido plenos poderes a Raspa, su administrador, que heredara con los millones de su padre.

Raspa ha pasado a la historia como un modelo de administradores. Inocencio pedía y Raspa entregaba. Nunca objetó una cantidad por crecida que fuese. Siempre salía de apuros, por graves que parecieren.

Pasaron años y años y la flor de la mendicidad, tan amorosamente regada con los millones de Inocencio, encantaba por su lozanía y vigoroso empuje. Se desarrollaba a ojos vistas, pues la fama de Inocencio, el Filántropo, había dado la vuelta al mundo y era poderoso foco de atracción para todos los desvalidos.

Inocencio se regocijaba en su alma ingenua. Regocijo que no implicaba pecado, porque no lo contaminaban los pestilentes vahos del Orgullo y la Vanidad.

Inocencio formaba parte de 100 consejos directivos de otros tantos institutos y sociedades benéficas. Presidía 200 comisiones visitadoras de pobres. Honraba con su presencia todas las fiestas de caridad, donde se come y se baila para felicidad de los desvalidos. Organizaba las mesas y grupos de señoritas mendicantes.

Inocencio se excedía, se multiplicaba, se agigantaba: comía en cualquier hórrido almacén y dormía tres horas por día.

En la madrugada de aciago día salió Inocencio del palacio de su padre convertido en asilo, para recomenzar con renovados bríos su trabajo diario. Visitó a las viudas y a los huérfanos. Consoló y socorrió a nuevos pobres. Dió dos conferencias sobre caridad. Asistió a cinco reuniones. Recorrió la ciudad encabezando diez distintas comisiones benéficas... Cansado y satisfecho, entrada ya la noche, regresó a su casa.

Y, ¡oh sorpresa, que espectáculo le esperaba!

La calle donde se erguía el orgulloso palacio de su padre convertido en asilo, estaba llena de pobres lastimeros y agitados y de muebles de toda especie... Asustado, corrió para entrar, llamando a Raspa, su administrador. Un portero galoneado guardaba la puerta. Detuvo a Inocencio, preguntándole ásperamente, pues por su indumentaria Inocencio parecía un mendigo entre los mendigos:

—¿Qué quiere usted, astroso? ¿Quién es usted?
De asombro enmudeció Inocencio y sólo al cabo de algunos minutos pudo balbucear:

—¡Soy Inocencio!

—¡Y a mí qué!

—¡Soy el propietario de este palacio!

Riósele, groseramente, el portero y exultó:

—¿Cuántas copas bebiste de más, roñoso?

Inocencio, desencajado, perdida la cabeza, creyó ser víctima de un mal sueño.

Sin duda el portero meditaba desembarazarse a palos de Inocencio, cuando un señor elegantemente vestido, despidiéndose de otro rechoncho y basto, salió de las habitaciones interiores a la calle. Conoció a Inocencio y acercándosele saludóle con deferencia. Inocencio, convencido de que vivía una realidad, no un sueño, preguntó febril:

—¿Qué sucede? ¿Por qué no me dejan entrar? ¿Por qué me insultan?

—¿Pero usted ignora, señor Inocencio, los hechos? —interrogó asombrado el señor.

—¡No sé nada!... ¡Déjenme entrar, es mi casa!...

—¡Ya no es más su casa!... ¡Tampoco es usted rico!...

—¿Y mis propiedades?... ¿Y mis campos?... ¿Y mis depósitos bancarios?... ¿Y las alhajas de mi familia?...

—¡En otras manos!... Raspa lo fué hipotecando todo y luego vendiéndolo, usando del poder que usted le confirió. Le quedaba este palacio y ha sido vendido esta mañana. Su nuevo propietario ha tomado posesión de él, echando a la calle a sus

pobres, sus muebles y trayendo un ejército de desinfectadores.

—¡Vendido el palacio de mi padre!...

—Sí, sí. Tallarín se llama su nuevo propietario!

—¡Me vuelvo loco!... Tallarín... ¿quién es Tallarín?

—¡Ah, tampoco sabe eso!... ¡Tallarín era el proveedor de sus asilos!...

—¡Raspa!... ¡Quiero hablar con Raspa!...
— gritó enloquecido Inocencio.

—No se preocupe por Raspa. Se ha quedado con la mitad de sus propiedades y terrenos. Esta mañana ha salido para Europa, en viaje de placer... ¡Pasaje primera de lujo!...

—¡Ladrones!... ¡Ladrones!... ¿Qué voy a hacer ahora, pobre de mí?

—¡Júntese con sus pobres!... ¡Si sus pobres le quieren!... ¡Desventurado Inocencio!... ¡Con su filantropía ha llenado la ciudad de pobres y ha enriquecido a pillos y aventureros! ¡Sus millones han alimentado la Corte de los Milagros! ¿Y sabe usted lo que ha conseguido? Aumentar en uno el número, ya crecido, de sus habitantes!...

—¡Más pobres!... ¿Quién es el nuevo pobre?

—¡Usted, infeliz Inocencio!...

—¡Jesús! — suspiró Inocencio, desvaneciéndose.

Solidaridad

—¿Qué fué de Inocencio, Abuelo? — interrogó Raúl, apenado.

—Murió en un asilo de pobres que, para acabar con los pobres, fundara!

—¿No se puede acabar con los pobres, abuelito?

—Sí, hijos míos, se puede acabar con los pobres, se puede derribar la odiosa Corte de los Milagros y sembrar de sal su territorio.

—¿Cómo, Abuelo, si Inocencio no lo consiguió?

Reflexionó unos segundos el Abuelo y, sonriendo bondadosamente, dijo:

—Dos son los constructores de la Corte de los Milagros. Y se llaman Egoísmo y Avaricia. Un gigante avanza para destruirla y es su nombre Solidaridad.

Por egoísmo y avaricia los hombres se combaten despiadadamente, corriendo en pos de riquezas y honores que acumulan, privando de lo indispensable a los mendigos y a los que trabajan y producen, con su trabajo, la riqueza.

Contra tan fieros enemigos nada puede el esfuerzo filantrópico de un hombre bueno. Los millones de Inocencio se perdieron, como una gota de agua en el mar. Y a cambio de algún dolor real aliviado, fomentó el profesionalismo mendicante, estimuló a los profesionales de la caridad, creó en torno suyo una red de intereses deshonestos, se rodeó de hipócritas y aventureros, dió nueva vida a los monstruos Egoísmo y Avaricia!

¡Seamos solidarios, hijos míos!

¡Combatamos la miseria en sus fuentes, no en sus efectos!

La sociedad, al organizarse mal, produce la miseria. Y sólo la sociedad, en un esfuerzo común, puede acabar con ella.

Al nacer, adquirimos un derecho: ¡el derecho de vivir!... Trabajemos, hijos míos, concluyó el Abuelo, para que ese derecho no se quiebre en manos y por obra de los egoístas y avariciosos, que ven en el hombre un sujeto aprovechable para sus fines, un escabel para alcanzar poderes y riquezas inmorales!

La Mendiga

—¡Una limosna, señor, para un pedazo de pan!...

El Abuelo y sus amiguitos, vieron la figura miserable!... Una viejecita de cara arrugada, de cuerpo tembloroso y doblado casi en ángulo recto, que extendía hacia ellos, en ademán de mecánica súplica, la mano sarmentosa y sucia.

—¡Una limosna, señor, para un pedazo de pan!...

Y la voz lastimera y monótona, vibraba con extraña intensidad en la calle agitada y de ruidos estridentes.

—¡Por sus nietecitos, señor!... — agregó, con la sabia intuición de quien necesita excitar la compasión ajena para vivir.

Y el Abuelo, conmovido, con gesto rápido, entregó unas monedas a la infeliz anciana.

—¡Nosotros también! — dijeron Raúl y Jorge. Y juntando sus centavos se los dieron a la mendiga.

Reanudaron su paseo, silenciosos, sin escu-

char la letanía agradecida de la mendiga. Había tristeza en los ojos del bondadoso anciano y perplejidad en las límpidas frentes de Raúl y Jorge.

La buena plática del Abuelo, tan bruscamente interrumpida, puesta frente a la realidad, a la tragedia de una vida, chocaba en las cabecitas de Raúl y Jorge. Abu-Cassem, Carroña, Inocencio, se les aparecían y esfumaban en rápida sucesión de imágenes... De la obsesión los libró el Abuelo, preguntándoles con cierta brusquedad:

—Pensáis en Inocencio, ¿verdad?

—Sí, Abuelo.

—Pensáis que mis actos contradicen mis palabras, ¿verdad?

—Sí, abuelito, — volvió a contestar Raúl.

—¿Es un pensamiento injusto!...

Jorge miró a Raúl un poco asustado. ¡Buena la habían hecho!...

Y el Abuelo, esta vez sonriendo con malicia, interrogó de nuevo:

—¿Y teméis ya que terminemos los tres en un asilo, como Inocencio?

No contestó nada Raúl. Menos se atrevió Jorge. Ambos comprendieron que habían ido demasiado lejos, incapaces aún de frenar a tiempo el pensamiento que se desboca. A sus dudas, y al temor de Jorge, sucedió ardiente curiosidad y el bondadoso anciano se apresuró a satisfacerla:

—Hijos míos, la idea no debe agostar la perfumada flor del sentimiento. ¡Si véis una miseria, aliviadla!... ¡Si la lágrima del desdichado cae sobre vuestro corazón, enjugadla!... Noble es el

generoso impulso que os lleve hacia el que sufre... Bien hicimos en ayudar a la pobre viejecita. Podemos decirlo, porque sabemos ya que esto no es todo, como creyó el pobre Inocencio. Nosotros sabemos que la mendiga socorrida, mendiga seguirá siendo, y que este es el gran dolor, la llaga abierta y sangrienta de la Humanidad!

Amad a los ancianos

—Venís fatigados, hijos míos. Sentaos, así, uno a cada lado, como si fuerais mi guardia de honor!... ¡Jamás ningún poderoso de la tierra la habrá tenido tan gloriosa y leal!...

—¡Nunca, Abuelo! — contestaron sonriendo alegremente Raúl y Jorge.

—¿Qué historia podríamos inventar hoy, amigos?

—¡La que usted quiera, Abuelo!

—Ya que me concedéis la elección, hablaremos de mí y de mis hermanos, los ancianos. . . Dicen que los niños y los ancianos se parecen. ¿Sabéis por qué?... Los niños aman las flores y los pájaros, el cielo puro y el aire libre, las palabras suaves y el dulce calor maternal. Y los ancianos, hijos míos, aman las mismas cosas y, privados del dulce calor maternal, que sólo pueden evocar en largas horas de ensueños infantiles, se transforman voluntariamente en niños de cabellos plateados para que el recuerdo les parezca más realidad. Los ancianos han vivido todas las edades viriles con sus

alternativas de dolor, alegrías y trabajos; han conocido hombres y cosas; han amado sus sueños en la compañera de su vida, y su vida no vivida en sus hijos y esperanzas íntimas, sólo de ellos conocidas, en sus nietos... Y cuando la nieve cubre sus cabezas, y la laxitud de los años entumece sus miembros, y en su espíritu sosegado, plácido, sereno como atardecer otoñal, desfilan rápida y ordenada, cinematográficamente, los años pasados: encuentran inagotable solaz en los episodios y escenas de sus años infantiles... Y si el anciano olvida acontecimientos y luchas terribles sostenidas en su juventud, siente renacer en su alma toda su vida de niño y se ve corriendo y jugando, amando y sufriendo inocentemente y vuelve a gustar el inefable sabor de las primeras lecturas, de aquellas ingenuas páginas animadas con afanes fantásticos, milagrosos!... Y en todos los niños contempla la reproducción de su imagen y el dolor de ellos es su propio dolor y sus alegrías le sumen en éxtasis delicioso... Y en los niños ve la vida pura, no maleada aún por los brutales choques de la vida de los hombres... Y en los niños ve la humanidad futura y descubre, mirando en su interior, que los hombres de hoy son niños corrompidos y piensa que brillará una gran luz de progreso cuando, para ser niños, los hombres no esperen la ancianidad!...

¡Amad a los ancianos!... Y si os cruzáis con alguno y le véis abstraído, sonriendo a algún recuerdo querido, pensad para amarle: "Sonríe a sus nietecitos, y nosotros lo somos, porque en el corazón del anciano caben y viven las imágenes de todos los niños del mundo!"...

El pájaro herido

Hallábanse el Abuelo y sus fieles amiguitos Raúl y Jorge en la plaza Libertad, gozando la dulzura del atardecer, respirando contentos la fresca brisa...

Millares de pajarillos jugaban en los árboles, piando, persiguiéndose, amortiguando con su simpática algarabía los ruidos de la calle.

Y el Abuelo, que debía conocer el lenguaje de los pájaros, sonriendo a sus cantos tiernos, dijo:

—Los pájaros son como los niños. Tiernos, dulces y delicados como ellos, caen heridos mortalmente al menor choque con la adversidad o la maldad...

Una piedra lanzada por mano aviesa y desconocida, penetró tempestuosamente por entre el tupido ramaje y una nube de pajarillos huyeron asustados y piando con desesperación y alarma... No todos huyeron... De rama en rama fué rebotando un pobre cuerpecito herido... Y sobre el suelo cayó, con tenue ruido mate, que resonó como un trueno en el corazón del Abuelo...

Raúl se levantó apresuradamente y corrió al pie del árbol, donde yacía el pájaro herido y con infinito cuidado lo levantó y se lo llevó al Abuelo:

—¡Tiene las alas rotas!... Pobre pajarillo, ¿cómo podrás vivir ahora, sin volar?...

Y mientras los desconsolados compañeros del pájaro herido volvían recelosos para buscarlo y se iban comunicando tristemente la noticia de tan fatal catástrofe, el Abuelo continuó con voz emocionada, llena de lágrimas, y cubriendo con las manos al pajarillo, que temblaba con el frío de la fiebre:

—Sería tan hermoso que los pájaros de la ciudad creyeran en la amistad de los niños, sus hermanos, y en la bondad de los hombres, y vinieran a picotear migajas de pan entre nuestras manos, o nos acariciaran con sus alas volando en estrechos círculos alrededor de nuestras cabezas!... ¡Pobre pajarillo herido!...

Libertad

Raúl no abandonó al pájaro herido. Se lo llevó a su casa y lo curó con tanto amor y tanta ventura, que a los pocos días las alas del pajarillo ya podían, de nuevo, batir el espacio.

Pero Raúl amaba a su pájaro con amor egoísta y lo encerró en una jaula, muy linda, muy limpia, muy dorada, y la puso en la ventana de su piececita.

Amábalo entrañablemente y nunca faltaba el buen alpiste, ni el agua limpia en la jaula del pajarillo, ni tampoco las palabras cariñosas con que Raúl lo saludaba todas las mañanas, durante el día mientras estudiaba y preparaba sus deberes y antes de acostarse.

Sin embargo, el pajarillo no cantaba. Estaba triste. Languidecía. Los primeros días saltaba alegremente, dando con su cabecita contra el enrejado de la jaula. Después, sus vuelos fueron haciéndose más pesados, menos frecuentes, y acabó por quedarse quietecito en un rincón de la jaula, la cabeza hundida y una tristeza infinita en sus

brillantes ojitos de mirada perdida en el espacio azul...

Raúl se entristecía con la tristeza del pajarillo. Ya no sabía qué hacer para alegrarlo, para oír sus trinos y extasiarse siguiendo sus gráciles vuelos.

Y cierto día, comprendiendo el Abuelo lo que pasaba en la blanca almita de Raúl, habló así:

—Erase una vez un sultán que amaba con amor sin límites a su hijo. Cuando el niño se fué haciendo grande, su padre, viéndole hermoso, encantador, temió perderle y mandó construir un palacio maravilloso rodeado de altísima muralla. Y en el palacio se encerró con su hijo... Durante la infancia del gracioso niño, el palacio fué la síntesis y el refugio del encantamiento y de la armonía... Creció el hijo del sultán y a medida que iba haciéndose hombre, extraña tristeza empalidecía sus mejillas, antes tan frescas y sonrosadas... Sus risas no despertaban ya los ecos del palacio ni iban a vibrar en el viejo corazón de su padre... su voz armoniosa, argentina, apagóse poco a poco, hasta morir por completo... Y el joven huésped del palacio encantado, dueño de todas las riquezas y comodidades, pudiendo con una palabra satisfacer cualquier deseo, era la imagen del silencio y de la melancolía... Encerrado en sus habitaciones, situadas en la más alta torre del palacio, se pasaba el día mirando fijamente el espacio, y las noches siguiendo ávidamente el curso de las estrellas... El sultán se mesaba las barbas, desesperado... Hizo llamar a los más célebres astrólogos y magos del país y del mundo,

pero ninguno acertó con el remedio... Y he aquí que un día, perdida toda esperanza, el padre se dirigió a las habitaciones de su hijo... Nadie había en ellas... Una larga cuerda hecha con sábanas, almohadas, camisas, pendía de la ventana al jardín... Y sobre la cama halló una carta que decía:

“Padre querido: Perdona a tu hijo, que paga con su fuga tu cariño. No he podido resistir la tentación del espacio, del aire libre, de los horizontes no limitados por altos muros... Y huyo del palacio donde dejo el corazón para consuelo del corazón de mi padre amado... Perdóname, padre mío, si prefiero ser mendigo del desierto, con libertad, antes que gran señor esclavo en su jaula de oro!”

... ..
Al escuchar la historia, Raúl pensó en su pajarillo y corrió a su casa, como si temiera que un retraso de minutos pudiera resultar fatal.

Llegó jadeante, y sin tomar respiro fué a su cuarto, abrió la jaula, tomó en sus manos al pajarillo, que se hizo muy chiquito de asustado que estaba, lo acarició dulcemente y lanzándolo al espacio, le dijo con tristeza y alegría:

—¡Pobrecito mío!... ¡Tú también estás enfermo de libertad!...

Y descolgando la jaula, la destruyó, para no verse más tentado a privar de su libertad a ningún otro gracioso ser del aire.

Un caballo viejo

El Abuelo y sus amiguitos paseaban, conversando agradablemente. Y oyeron que un hombre decía a otro:

—¡No fué nada!... ¡El matungo se cayó y reventó!

Esas palabras hirieron dolorosamente al Abuelo, porque dijo:

—No hay peor, más feo defecto, que la ingratitud!... Ya lo habéis oído, hijos míos... Un caballo viejo muere en la calle, reventado por una carga que en sus años mozos llevara alegremente, y un hombre que pasa dice: “¡No fué nada!... ¡El matungo se cayó y reventó!”... Hijos míos, una vida trabajosa, ¿no exige otro trato? Las bestias, porque son bestias, ¿no merecen el afecto de los hombres que se sirven de ellas, sacándoles trabajo, que es dinero y bienestar?

Me entristece ver un pobre caballo viejo arrastrando penosamente la carga no hecha ya para sus lomos destrozados por los años, y no recibiendo sino los insultos del carrero, o las risas

desconsideradas del público ocioso, o un pienso hurtado por la avaricia del propietario, o latigazos crueles...

Y mi alma se entristece más, al pensar en los hombres cuyo destino no es muy distinto, y que, también, caen un día bajo el peso del infortunio y del trabajo, que no es para sus años...

¿Cómo podremos sentirnos hermanos de esos desventurados ancianos de amargo destino, si en nuestro corazón no compadecemos al pobre caballo viejo que va con la cabeza tocando el suelo y sin aliento por las calles de la ciudad, hasta caer reventado en una de ellas?

Risa callejera

Tirando fatigosamente un carrito repleto de frutas y verduras, va un pobre hombre por la calle, cantando su mercancía.

Envuelto en una aglomeración de tráfico, el pobre hombre pierde la cabeza y embiste con su carrito un automóvil en marcha.

El carrito ha volcado y la calzada se convierte en muestrario de los frutos de la estación.

Inmediatamente se forma nutrida rueda de curiosos que siguen, mirándose burlonamente, excitándose con chistes de mal gusto, las atropelladas maniobras del pobre hombre, empeñado en salvar su instrumento de trabajo y su mercancía.

Y a pesar de sus gesticulaciones y gruesas palabras, el pobre hombre sólo puede salvar algunas frutas machucadas y sucias. Un barrendero levanta el resto.

¡Y el pobre hombre, uncido a su carrito, reanuda la marcha, con paso más lento y fatigado, sin cantar!...

Los comentarios jocosos y las miradas pica-

rescas van desgranándose a medida que los curiosos vuelven a sus preocupaciones habituales.

Y al quedar solos, el Abuelo y sus amiguitos Raúl y Jorge, aquel comentó:

—¡Usted no se ha reído, Abuelo!

—¡No, hijo mío, no me he reído!... La desdicha ajena no me regocija... No me he reído, porque a través de las gesticulaciones y palabras gruesas del pobre hombre, he visto un hogar donde unos niños y una madre pagarán ese “accidente de tráfico” comiendo un pedazo menos de pan; porque en los ojos del pobre hombre y en su ira vi el espanto de un día perdido, sin la mísera ganancia que le permite sostener su hogar!... ¡Esa risa callejera es cruel e inconsciente, hijos míos!... No os dejéis tentar por ella!...

Pequeñas causas

—Porque, queridos Raúl y Jorge — continuó diciendo el Abuelo —, suele afirmarse, con razón, que pequeñas causas producen grandes efectos, y yo os digo que en esas escenas, al parecer insignificantes, se pone a prueba el temple de las almas!...

El hombre que hiere al pajarillo, que insulta al caballo viejo, víctima de la injuria del tiempo y de sus explotadores, que se ríe del dolor de un pobre ser: es inmoral, hijos míos!

Y ese hombre no se conmoverá ante la suerte del niño sin escuela, no comprenderá la tragedia del anciano sin hogar y sin pan, no se sentirá solidario con todos los seres condenados a un trabajo sin redención...

Forma parte de la legión humana que retarda con su indiferencia, su incapacidad, su inmoralidad, el progreso propio y de los demás.

Es el egoísta que sólo llora el mal cuando lo sufre personalmente, que no ve el mal en ninguna parte, si él se siente bien.

¡No le imitéis, hijos míos!

—¿Qué debemos hacer, Abuelo? — preguntó Raúl.

—¡Amar!... ¡Amar las flores, los pájaros, los hombres!... ¡Amar la vida y la naturaleza... ¡Amar el trabajo y la justicia!... ¡Amar el mundo y la libertad!... Habiendo amor en vuestros corazones, seréis tolerantes con el error ajeno, seréis intolerantes con las desdichas que se puedan evitar, seréis soldados bienamados del progreso, seréis Hombres!...

SEPTIMA PARTE

EDUCACIÓN ESTÉTICA

La belleza

El Abuelo se complacía paseando con sus amiguitos.

Raras veces se les veía platicar lejos del bullicio urbano, de la vida ciudadana.

Y el Abuelo decía con frecuencia a Raúl y Jorge:

—El baño diario es indispensable a la salud y a la belleza del cuerpo. El baño vital es necesario a la belleza del alma.

No comprendieron muy bien el pensamiento del Abuelo, al principio, pero se les fué revelando poco a poco a fuerza de repetición y de práctica. Ayudábales discretamente el Abuelo, con palabras oportunas:

—El baño vital es lo que nosotros hacemos, hijos míos... Sumergirnos en el mundo de los hombres y de las cosas, para conocerlos y amarlos!... Vivir con ellos sus inquietudes, sus afanes, sus esperanzas, sus dolores. Compartir con

ellos alegrías y tristezas. Leer en ellos el pensamiento que les impulsa, el afecto que les guía. Vuestra almita ha de estar abierta a todos los vientos, y éstos, con sus ráfagas violentas y contrarias, la purificarán!

Y el Abuelo, fiel a sus principios, recorría con sus almitas las calles agitadas y congestionadas del centro, las calles plácidas suburbanas, los paseos, plazas y parques, donde los árboles y las risas infantiles apagan los discordes ruidos de la ciudad afiebrada; estudiaba el alma misteriosa de los artistas en museos y salones, el alma apasionada de la multitud en el puerto y en las fábricas. ¡Y exaltaba la belleza ante un hogar florido!

Nada era insignificante para el Abuelo. Una flor pisoteada, un niño sucio, un árbol mutilado, una palabra grosera, un edificio monumental y hórrido, una casa obscura conteniendo hogares sin ventura, una risa, un hombre preocupado, una mujer atareada, un grito, unas palabras tomadas al azar de cualquier conversación, una pelea, el paso cadencioso de dos enamorados o de dos amigos, los harapos de un anciano recostado contra la pared de lujoso palacio, un mendigo, un alcoholizado, el soñador que va como sonámbulo por la calle y tropieza con el impetuoso hombre de negocios, una manifestación, una fiesta, una fecha, una noticia, una efemérides, un accidente de tráfico, un libro o un título leído al pasar, un niño solitario en la multitud... : todo le sugería útiles reflexiones, en todo veía belleza!

—La belleza no se guarda sólo en los museos.

La belleza está en todas partes, porque es la vida misma, porque es el sentido de la vida, hijos míos, comentaba el Abuelo. No hay belleza fuera de la vida. Encerrados en museos podréis gozar sublimes copias de belleza. Pero la belleza misma os aguarda en la calle y en el campo, en los hombres y las cosas. En ellos encontraréis los modelos que copiaron los genios del arte. Y en ellos, en lo que tengan de feo y hasta repelente, sorprenderéis la belleza oculta que sólo espera la ocasión o el ambiente propicio para manifestarse pujante y gloriosa!...

Más que de costumbre, Raúl contemplaba al Abuelo con exaltado arrobamiento, pendiente de sus palabras. Y el Abuelo, sonriendo bondadosamente, porque leía en su blanca almita, le preguntó:

—¿En qué piensas, Raúl, hijo mío, cuando me miras así?

Confuso y enrojeciendo, Raúl contestó:

—¿En usted, abuelito!

—¿Qué piensas de mí?

—¿Pienso que su maestro debió ser muy bueno y muy sabio!

—¿Oh!, sí, hijo mío, sin duda lo eran, porque mis maestros han sido dos. Más sabios y más buenos que yo. Y más viejos que yo, y más viejos que el abuelo de tu abuelo, y del tuyo también, Jorge — dijo el Abuelo sonriendo misteriosamente. ¿Nunca os dije nada de mis maestros?

—Nunca, Abuelo, contestaron Raúl y Jorge, aprestándose a escuchar.

—No seamos ingratos con ellos y escuchad:

Los dos hermanos

Nacieron antes que el primer hombre — comenzó el Abuelo, y en su voz y en su sonrisa vibraba el misterio.

Hijos de padres inmensamente ricos, tuvieron a su disposición la tierra y el sol, el viento y la lluvia, el frío y el calor, la miseria y la abundancia, la bondad y la crueldad, la cordura y la locura, el genio y la imbecilidad, la vida y la muerte, y sujetaron a sus deseos y leyes a tiranos y reyes, santos y conquistadores, oradores y pueblos de todo color y de cualquier edad, a dichosos y desventurados, a niños y pensadores, y la Mujer y el Hombre les sirvieron de instrumento!...

Bosques hollados y selvas vírgenes, mares enfierecidos y ríos de perezosa corriente, lagos límpidos y cascadas hirvientes, montañas coronadas de nubes y las cuevas profundas y oscuras de sus flancos, llanuras cubiertas de arena o de maduros trigales, entrañas violadas de la tierra, volcanes empenachados y de rugidos colosales, cielo azul que atrae como abismo y atormenta como lo

infinito, cielo encapotado saturado de agua que puede ser piedra y nieve, brisas suaves y vientos huracanados, el insecto que se arrastra y vive y muere en un día y la estrella fantástica por su luz, distancia, dimensiones y subyugante por la vida que oculta a nuestras miradas insaciables... lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, el amor y el odio: heredaron!

Pero su padre, al dejarles en herencia tan inmensas riquezas, les dijo:

—Todos mis bienes están en vosotros, dispuestos a serviros, prontos a demostrar sus poderosas virtudes. Una condición os impongo, porque no es bueno dar nada sin reserva o sin pedir un esfuerzo equivalente al beneficiado. Nada podréis hacer por vosotros mismos e iréis gozando de mis bienes a medida que sepa y goce el instrumento, cuya elección dejo a vuestro albedrío. Mirad a los seres y cosas de la tierra y decidme cuál de ellos escogéis para conocer, amar y contar, a través de ellos, los tesoros que os lega vuestro padre!...

Y los hijos, obedientes, miraron a los seres y cosas de la tierra, examinándolos uno a uno con extraordinaria prolijidad, y al cabo de muchas horas de reflexiva observación, la hermana dijo:

—Ya elegimos, padre mío.

—¿Qué elegisteis?

—¿Ve aquellos dos seres bípedos, de cráneo prognato, frente estrecha, piernas torcidas, de muy visibles inserciones musculares, que en vez de correr parece que trepan montaña arriba, huyendo de enfurecido Mammut?

—Sí, hijos. ¡Son el Hombre y la Mujer!

—Por su intermedio queremos manifestarnos, padre mío!

—¡Muy bien!... La elección es vuestra y no me opongo.

Apresuradamente, porque estaban impacientes por gozar de sus prodigiosas riquezas, se acercaron al Hombre y la Mujer, siguiéndolos hasta la caverna donde se habían refugiado, temblando de miedo. Y a porfía, los dos hermanos esforzaronse por despertar la inteligencia y el sentimiento del Hombre y de la Mujer. Y se dijeron, con triste desaliento:

HERMANA. — ¡Fuimos ligeros en la elección.

HERMANO. — ¡Nada entienden ni sienten!

HERMANA. — Conozco el secreto de los seres y de las cosas; las leyes del agua y del aire, del fuego y del calor, del trueno y de la tempestad, del movimiento y de la energía, de la vida y de la muerte; las virtudes de vegetales y minerales, de los habitantes de la tierra, del espacio y del mar; del pájaro que vuela, del hombre que nace, de la semilla que germina, de la hierbecilla que crece, del rayo que mata, de los soles y sistemas planetarios... ¿Cómo haré para gozar los frutos de mi sabiduría, si ésta choca con la dura cabeza de mis instrumentos?...

HERMANO. — Conozco la belleza que anima a los seres y cosas de la tierra y los tesoros ocultos de sus moléculas en movimiento... Conozco los colores del arco iris, el canto del viento en el bosque, la poesía del corazón y del cerebro... Conozco la línea del árbol que dobla la tempestad

y la luz del sol y de la luna jugando en las montañas y llanuras y en el mar, ríos y lagos... Conozco el sonido misterioso de los mundos rodando en el espacio, del corazón que ama, del cerebro que piensa... Conozco las leyes de la columna y del arco... del Ritmo y de la Armonía universales!... ¡Cómo podré cantar, declamar, versificar, escribir, danzar, esculpir, cincelar, construir, decorar... embellecer y sutilizar todo cuanto toque o mire, si mi sabiduría choca con el duro corazón de mis instrumentos?...

Así se lamentaban los dos hermanos, en presencia del Hombre y de la Mujer que buscaron, aterrorizados, huyendo del Mammut, un refugio en la caverna!... Y luego de penoso silencio, continuaron:

HERMANA.—Observa la caverna, hermano mío. En ella viven el Hombre y la Mujer... Es un cubil igual a los cubiles de las fieras del mundo!...

HERMANO. — Mira al Hombre y a la Mujer, hermana mía. Acurrucados en la obscuridad, tiemblan de pavor. Sus pobres almas ven espíritus maléficos en la hoja que cae y en el viento que silba!...

HERMANA. — Todo es misterio para ellos!... Y en sus pobres almas se forma un monstruo espantoso: la superstición!...

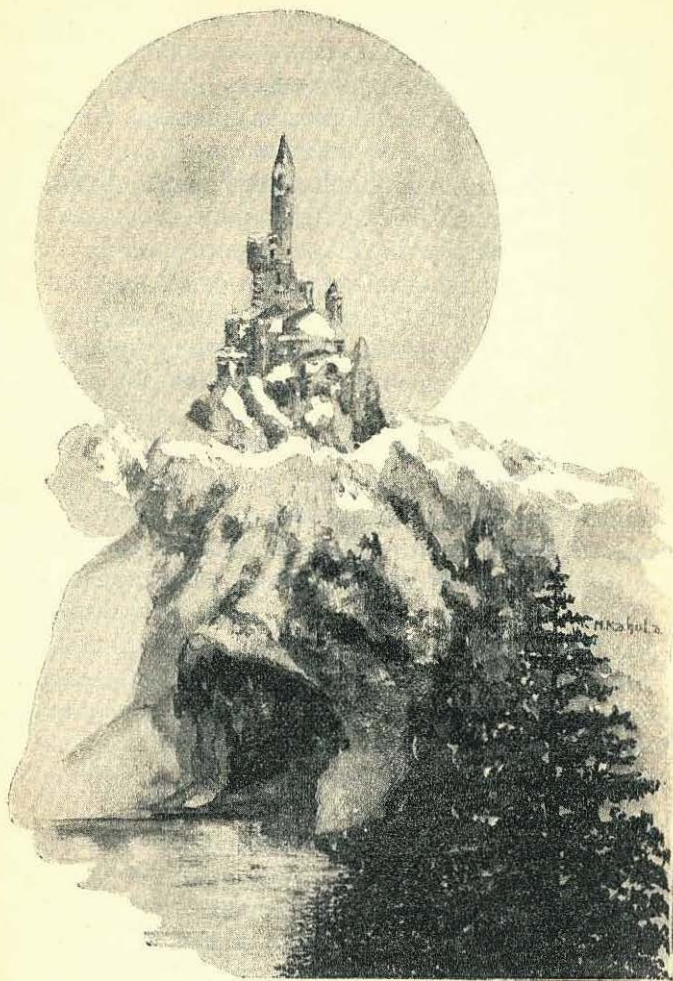
HERMANO. — El Hombre cierra la angosta entrada de la caverna con una gruesa piedra... La Mujer ululúa sin ritmo himnos desarticulados, sin palabras, gritos de quejumbrosa melancolía. ¡Así entiende alejar a los espíritus maléficos!... El

Hombre protege a los hijos, el hacha de sílex al alcance de la mano, porque el peligro, en la obscuridad, está en todas partes!... Ya duermen amontonados, confundiendo sus alientos y combatiendo el frío glacial con el contacto de sus cuerpos!... ¡El ambiente es fétido, no se puede respirar!... ¡Vámonos, hermana mía!...

Amaneció... El Hombre y la Mujer salieron, dejando en ella a los hijos, de la caverna, balanceando los brazos y buscando, hacia oriente, una llama en los ojos, el disco rojo del sol... La Mujer recorrió la tierra endurecida por la nieve y el hielo en busca de hierbas y frutas. El Hombre se alejó, el hacha de sílex en el hombro, a batir las fieras más débiles, cuyas pieles necesitaba para su cuerpo y el de su mujer e hijos... Y trepaban a los árboles, con simiesca ligereza, en cuanto preveían un enemigo superior a sus fuerzas... Satisfecha el hambre, combatido el frío, el Hombre se entretenía grabando, con gruesos y pesados cuchillos de marfil, de hueso y cuerno de Reno, en los árboles y en las paredes de la caverna, fieles imágenes de Renos, Bisontes y Mamuts, figuras de maravilloso poder con Renos y Salmones entrelazados. Y la Mujer acariciaba a sus hijos imitando los ruidos del bosque, rugidos de fieras, el silbido del viento huracanado, el trueno y la tempestad...

Observábanlos con apasionado interés los dos hermanos, mientras hablaban:

HERMANA— ¡Tranquilicémonos, hermano mío! ¡De nada nos servirán las lamentaciones!... ¡Tampoco podemos deshacer lo hecho!... ¿No viste al



...¡Está tan alto y brillará tan intensamente, que su luz inundará las calles de la ciudad!... (Pág. 236).

Hombre y a la Mujer?... En ellos mora un enemigo terrible: su ignorancia. Nada saben, fuera de comer y defenderse. ¡Y aun eso lo hacen de cualquier manera!... Revelémosles nuestros secretos, a pequeñas dosis, para no asustarlos!...

HERMANO. — Hablaste muy bien, hermana mía!... Inspiraré a la Mujer cantos agradables, danzas rítmicas, y haré que comprenda la belleza de una flor, la esbeltez de un árbol, el trino de los pájaros, la bondad de la aurora. Le enseñaré el arte de vivir fuera de las cavernas y de adornar con utensilios de cerámica, fabricados por el Hombre, un palacito, rústico hogar lacustre, que ya veo en lontananza... Despertaré en ella el recuerdo y el amor a los muertos y en el hombre la persistencia de los hechos gratos a la comunidad y, transportados de alegría, construirán, con grandes piedras escogidas, hermosos monumentos megalíticos: dólmenes, menhirs, cromlechs, taulas... ¡Oh, hermana mía, preveo bellezas sublimes, goces de infinita pureza, armonías divinas, encajes de piedra, un bosque de airoas columnas, arcos, bustos y bajorrelieves, ciudades colosales llenas de mármoles trabajados, cincelados, de imágenes vividas con más colores que el arco iris!...

HERMANA. — Revelaré al Hombre y a la Mujer mis secretos elementales: aprenderán a pulimentar la piedra, a trabajar el bronce, a fabricar el hierro... las leyes del fuego y del calor, de la navegación... Grabaré, una a una, las letras del alfabeto y dominándolas correrán a pasos de gigante... Daré vida, entre los seres humanos, a los sabios que comprenderán la Geometría y la Fí-

sica, la existencia del Hombre en su relación con los demás, que analizarán su naturaleza, sus debilidades, sus terrores, sus virtudes, su origen y su futuro y con el análisis las supersticiones dispersas chocarán fundiéndose en grupos mitológicos y en religiones terribles para desaparecer en día lejano de auroras deslumbradoras... ¡Oh, hermano mío, presiento un porvenir alucinante, con innúmeras repúblicas y miriadas de seres en posesión de sí mismos y del universo!... ¡Y el Hombre volará!... ¡Inagotables son las riquezas de nuestro padre!... ¡Adorémosle, hermano mío, trabajando!...

Y los dos hermanos, con febril entusiasmo, pusieron manos a la obra. Incansables, han trabajado el cuerpo, el cerebro y el espíritu del Hombre y de la Mujer y en decenas y decenas de siglos de incesante acción, ha salido de sus manos la Humanidad de hoy!...

.....

—Estos han sido mis maestros, hijos míos — terminó diciendo el Abuelo.

Ciencia y Arte

—¿Cómo se llaman, Abuelo, los dos hermanos? — preguntó Raúl.

—Sus nombres son deliciosos, hijo mío!

—¿No los podemos conocer, abuelito? — insistió Jorge.

—Sí, hijitos. Vuestra apasionada curiosidad me alegra, porque sólo los curiosos, los insaciables llegan a alguna parte donde valga la pena vivir!... Se llaman: Ciencia y Arte!... los dos hermanos de belleza indescriptible que han gobernado y guiado a los hombres desde las tinieblas cavernarias a la aurora nuestra.

—¿Quién era su padre?

—Su padre es el Universo, o, Dios, o el Infinito: como más os plazca, hijitos... Necesidad se llama la madre de la Ciencia. Sentimiento, la madre del Arte. Por satisfacer sus necesidades cada vez más complejas y superiores, la Humanidad ha penetrado en los secretos de la Naturaleza y del Espacio. Para ensalzarlas, ha buscado el Ritmo y la Armonía, que vibran en lo íntimo de las

cosas, de los seres, de los mundos, en reposo o en movimiento.

—¿Qué bienes les legó su padre?

—La tierra, hijos míos. Toda la Tierra es de ellos y, por consiguiente, nuestra también. Poseemos, con ellos, un tesoro de valor incalculable, de inagotables reservas. La hermana Ciencia nos enseña a conocerla. El hermano Arte nos induce a amarla. Vosotros, hijitos, conocéis y amáis vuestros hogares y os avergonzaría no conocerlos ni amarlos, porque ello significaría que no os interesa la casa donde nacisteis, donde vuestras mamitas han sufrido y esperan a sus almitas, donde vuestros padres encuentran la paz después de largas jornadas de penoso trabajo o de fatigosas cavilaciones. Y la Tierra es vuestro hogar, y el mío y el de todos. Conozcámosla en toda su vasta extensión y en su profundidad y en sus riquezas, y adornémosla con las flores del Bien y de la Justicia!... Esta es la recompensa final anhelada por los dos hermanos infatigables que han trabajado por nosotros y con nosotros desde los albores de la vida humana!

Saliendo del Museo

—¿Estáis contentos, hijitos? — preguntó el Abuelo.

—Mucho, abuelito — respondieron Raúl y Jorge.

Y, al decirlo, el entusiasmo vibraba en sus palabras.

Habían pasado la tarde en el museo. Y, ya en la calle, se veían aún recorriendo plácidamente corredores, galerías y salas frescas y saturadas de luz blanca, lunar, gustando, extasiándose en la contemplación del Arte interpretado por una pléyade de espíritus selectos, de afinada sensibilidad.

Nada se decían, deseando, con egoísmo, prolongar la grata visión.

No pasearon por las calles bulliciosas y estridentes del centro. El ruido disorde les hubiera resultado insoportable. Se alejaron de la ciudad febril, prefiriendo vagar sin rumbo, por los suburbios de calles claras y afeadas por el egoísmo de los hombres.

El Abuelo velaba a sus dos almitas sonriendo

bondadosamente, pues leía sus pensamientos y sus ilusiones le complacían.

Y, de pronto, les llamó a la realidad, diciendo:

—Mirad... es una obra de arte que no pudimos ver en el Museo!

Raúl y Jorge miraron, y ante ellos, no muy distante, vieron una casita blanca, rodeada de flores, de construcción sencilla y airosa, alegre, tanto, que sus puertas y ventanas, enmarcadas de verdor, sonreían. Un niño precioso, vigoroso, de colores de aurora, reía a carcajadas y palmoteaba, siguiendo el caprichoso vuelo de brillante mariposa en libación. En la puerta, una mujer, esbelta, limpia, sana, reía con la risa de su hijito, siendo una flor más fragante que todas las flores, una mariposa más brillante que todas las mariposas!...

—¿Visteis, hijos míos?... ¡El hermano Arte no ha inspirado una obra más bella!...

La casita blanca se perdió a los lejos. Y de nuevo nuestros amigos paseaban en silencio, cada uno con su pensamiento.

—¡Abuelito! — gritó Raúl.

—¿En qué piensas, hijo mío?

—¡Cuando sea grande viviré también en una casita blanca!

—No basta que seas tú solo. Piensa en los demás. Cada hogar debería ser una obra de arte, y los hombres, las mujeres y los niños, poemas vivos de nuestra Madre Tierra!... Procura que sea así, pues mientras a tu lado, en el hogar vecino al tuyo, moren la fealdad y la tristeza, no gozarás de alegría entera ni de belleza sin mácula!...

Iris, o la sentencia de los Hados

Y el bondadoso anciano, no queriendo ser comprendido a medias, contó la siguiente historia:

Iris era rico. De su padre heredó el gusto por el arte y la exquisita sensibilidad que permite gozar sus matices sutiles.

Fuera del mundo de los artistas y de las obras artísticas, nada existía para él.

Y queriendo deleitarse plenamente, sin estar expuesto a los espectáculos desagradables de la vida, se hizo construir un fantástico palacio en la cumbre más alta y más hermosa de los Andes.

Lo embelleció con los frutos del ingenio humano, en todos sus órdenes y de todos los tiempos.

Pintura, escultura, música, poesía, literatura, tragedias, dramas y comedias en verso y en prosa, novelas pastoriles, románticas, realistas, psicológicas, sociales y de los nuevos géneros dislocados, por extrema y no encauzada inquietud: de todo había en su palacio, que en sí mismo era ya una maravilla arquitectónica...

Sintióse feliz y pasaba de deleite en deleite,

porque en la variedad encontraba su espíritu constante renovación.

En compañía de artistas, de músicos, de escritores, de escultores: de los espíritus más selectos del mundo, organizaba fiestas de sublime espiritualidad.

Nada turbaba la venturosa paz en el palacio de Iris.

Y un día, sin saber cómo ni por qué, una vaga inquietud se apoderó del corazón de Iris.

¿Qué le faltaba?... ¿Qué viento maléfico llenó las magníficas salas de extrañas sombras, de punzantes gemidos, de colores sucios, de olores penetrantes?...

Interrogábase con afán y el misterio le torturaba.

Sus cuadros se cubrían de un polvo negro, sus estatuas, sus bustos, se volvían terrosos, los mármoles empalidecían, los tapices se desprendían y las melodías armoniosas se transformaban en torturador amontonamiento de notas sin sentido... Huía espantado a su biblioteca y del universo de cantos y pensamientos surgían quejidos, exclamaciones de odio, bestiales orgías, rechinar de dientes...

Iris cerró su puerta, creyendo que los invitados habían perturbado la paz de su morada con las emanaciones del mundo... Y, en la soledad, la tortura tomó proporciones dantescas... Iris, enloquecido, cayó enfermo y en su delirio oyó una voz que le decía:

—¡Insensato!... ¡Has llamado sobre tu cabeza la miseria, la suciedad y la fealdad del mun-

do!... ¡Acaparaste el Arte para gozarlo en compañía de algunos favoritos y por tu culpa millones de seres se ven privados de su divina luz o condenados a insensibilidad completa!... ¡Incurriste en la cólera de los Hados y éstos han pronunciado contra tí terrible sentencia!... Es ésta, y no pierdas sílaba, desventurado Iris: “Las bellezas amontonadas en este palacio y el palacio mismo serán invisibles, e Iris, único habitante de esta morada que sellamos con sello de encantamiento, es condenado a respirar el ambiente fétido de los hogares sin aire, de las fábricas sin luz, a sentir en su espíritu y en su cuerpo los dolores, deformaciones y lacras de la humanidad doliente...”

—¡Ay de mí! ¿Cuánto durará el castigo? — gimió Iris.

—Mientras haya un niño sin hogar y sin escuela y una madre despreciada, mientras el vicio atormenta a los hombres, mientras la miseria sea la victimaria de los hombres, mientras la suciedad en las ciudades y en los campos atormenta a los seres, mientras la fealdad hija de la ignorancia y aliada de la injusticia obscurezca la vida, mientras la Ciencia no esté en todos y sea de todos, mientras el Arte no esté en todos y sea de todos... el palacio y las cosas que contiene y tú mismo sufriréis el encantamiento decretado por los Hados!...

—Entonces, mi martirio será eterno! — sollozó Iris.

—No desvaríes, desventurado Iris — replicó la voz misteriosa. — Llegarán los tiempos y tu palacio y las cosas que lo embellecen y tú mismo, re-

apareceréis ante los hombres, en esta cumbre de los Andes, la más alta y la más hermosa... Tu casa, transformada en diamante colosal, reflejará y expandirá a miles de leguas a la redonda los rayos del nuevo Sol!... Alégrate, Iris porque verás los nuevos tiempos y en un segundo serás recompensado de siglos de dolor!...

—¡Ay de mí!... ¡Infeliz de mí!... — se lamentaba Iris y al callar la voz misteriosa, despertó, con sudor de agonía. Llamó y, no acudiendo nadie, levantóse, recorrió las innumerables habitaciones de su palacio... Su numerosa servidumbre había desaparecido...

Y comprendiendo que en sueños le fué revelada la realidad, se desvaneció...

El palacio encantado

—¿Hace mucho tiempo, abuelito, que los Hados encantaron a Iris? — interrogó el insaciable Raúl.

—¡Mucho, hijo mío!... Tanto, que la fecha se pierde en la nebulosa de la historia.

—¿Y cuándo terminará el encantamiento?

—No lo sé, hijitos. Ya os dije una vez que el secreto del porvenir está en vosotros... Y no quiero ser profeta... Pero los nuevos tiempos se acercan. Las señales de augurio vibran en el aire y en el corazón de los hombres.

—¿Cómo veremos el palacio transformado en diamante?

—¡Está tan alto y brillará tan intensamente, que su luz inundará las calles de la ciudad!... Y las casas y los padres y los hijos se bañarán en ella y se sentirán dichosos, porque siendo limpios, no verán la suciedad en los demás ni en ninguna parte; porque siendo alegres, no verán la tristeza en sus semejantes ni en sus moradas ni en sus lugares de trabajo, ni en sus parques, paseos, calles y campos; porque siendo puros, no verán el vicio

a su alrededor; porque siendo sanos, no verán la deformidad ni las enfermedades repelentes y evitables; porque siendo soberanos, no verán la miseria esclavizadora envileciendo a ningún ser; porque siendo justos, no verán al hombre sufriendo en manos del hombre; porque siendo libres, no verán los estragos de la prepotencia; porque siendo inteligentes, no verán la ignorancia bestializando las almas; porque siendo pacíficos, no verán correr la sangre; porque siendo Hombres, harán de la Tierra la morada fraternal, donde todos los corazones y todas las almas latirán al unísono con el Ritmo y la Armonía universales!...

—Cuando seamos hombres, ¿qué deberemos hacer para desencantar a Iris? — inquirió de nuevo Raúl.

—¿Qué deberemos hacer? — insistió Jorge con enérgico ademán.

—¿Qué deberéis hacer?... ¡Ay, hijos míos!... Hermosa es vuestra pregunta, pero la respuesta se compone de grandes palabras que no se pueden pronunciar en vano!...

Y el Abuelo, viendo que la desilusión entristecía las almitas de Raúl y Jorge, agregó:

—Esas grandes palabras las aprenderéis vosotros mismos... Cuando seáis hombres, hijos míos, observad el mundo y la vida de los hombres y preguntaos: “¿Qué se necesita, almita mía, para que la Ciencia esté en todos y sea de todos, para que el Arte esté en todos y sea de todos?”... Y vuestra almita responderá:

¡JUSTICIA!...

OCTAVA PARTE

E L H O G A R

Las últimas clases

Se acerca el fin del año escolar.

La colmena donde los niños acuden para libar las flores del Saber y del Sentir, va a cerrar sus puertas, para renovar el aire y su contenido en unos meses de reposo y de silencio.

Los niños dan pruebas de intensa preocupación, porque llega para todos la hora de la justicia!... Buenos y malos alumnos deberán pasar por la misma prueba de fuego: el examen.

¡El examen!...

¡No lo temen, sin embargo, nuestros amiguitos Raúl y Jorge!

Su vida no se interrumpe, es la misma, siendo para ellos igual, en trabajo y dedicación, el término del año escolar a su comienzo.

La alegría y la confianza no abandonan a Raúl y Jorge. ¿Les es indiferente la prueba final? No. La esperan con impaciencia. ¿No trabajan?

Sí. Trabajan como ayer, como en los primeros días, y estudian, leen, escriben, hacen ejercicios, sin fatiga, sin apresuramiento, sin recargo, pues durante el año pensaron en sus libros, lecciones y ejercicios, aprendiendo cada día su cosa, no dejando nunca para el siguiente lo que podían y debían hacer hoy. Raúl y Jorge van a la escuela, no para pasar, como loros enfermos de fatigosa charla, al grado inmediato superior. Van a la escuela para aprender, preparándose a vivir su futura vida de ciudadanos de un país que necesita hombres útiles e inteligentes y no individuos desordenados, ignorantes, incapaces y charlatanes. Por eso, los últimos días de clase no molestan ni inquietan a Raúl y Jorge. Por eso, son el orgullo de sus maestros y el asombro y la envidia de los niños desaplicados.

¿No les dijo una vez el Abuelo? :

—Hijos míos, si queréis ser útiles y buenos, estudiad, trabajad todos los días, metódicamente. Lo que se aprende así, en el esfuerzo de todos los días, no se olvida jamás. En cambio, ¿qué provecho se saca del estudio precipitado, angustioso, de los niños desaplicados, al llegar el fin del año? ¿Es como llenar de cosas raras e indigestas un melón hueco!...

Caras pálidas

—¿Le conocéis, hijitos? — preguntó el Abuelo, sonriendo burlonamente.

—Es Terremoto, nuestro compañero de grado.

—¿Terremoto se llama?

—No, abuelito. Su apellido es Román, pero todos le dicen Terremoto.

—¿Por qué?

—Porque siempre hace mucho ruido.

—¿Y es más destrozón que yo! — completó Jorge.

—No parece ahora muy amigo del ruido. Se achica y apostaría cualquier cosa que prefiere ser tragado por la tierra a comparecer ante la mesa examinadora.

Y sonriendo bondadosamente a Raúl y Jorge, que esperaban, tranquilos, seguros de sí mismos, la hora del examen, agregó:

—Como otros muchos niños de todos los grados, está pálido y ojeroso. Ha pasado malas noches y peores días, queriendo hacer a última hora y acuciado por la necesidad, el trabajo del año.

Es muy fácil alborotar, ser cabecita de motín en los meses tranquilos del año escolar. Pero el fanfarrón acaba cuando se acerca la prueba. Entonces se da cuenta de su lamentable conducta. Perdió el tiempo, engañó a su mamita, despreció las ilusiones de su papá, y las grandes palabras del maestro no hicieron mella en él. En vano se esfuerza hoy por recobrarlas, porque sólo queda en nosotros lo esperado y atendido con cariñosa voluntad... Sus travesuras le valieron un apodo formidable y a ellas debe la angustia que empalidece su cara, que enturbia su mirada, que encoge su almita tan amiga del ruido fanfarrón. ¡El terremoto está en él!... Se ve ya ante la mesa examinadora, centro de la curiosidad universal, balbuceando respuestas ininteligibles o ridículas a preguntas claras!...

¡Pobre Terremoto!... ¡Daría gustoso toda su fama entre los niños ligeros y desaplicados, a cambio de algunas nociones bien aprendidas!... ¡Esperanza ilusoria, hijitos, porque el conocimiento no se compra, ni viene a nosotros, como por arte de encantamiento, cuando lo necesitamos!...

Victorias y derrotas

¡Han terminado los exámenes!

La constancia en el trabajo tuvo su recompensa y la despreocupación su castigo.

Raúl y Jorge, sin dificultad, pasaron al grado inmediato superior. Ganaron las notas más altas y merecieron ser citados públicamente, por los maestros, como ejemplos de inteligente aplicación; Y los diarios publicaron sus nombres y las revistas sus fotografías!...

Pietro, el niño italiano que conocimos tímido y asustado en los comienzos del año escolar, conquistó brillante puntuación. Y en lenguaje, y en sus maneras, parecía ya un verdadero niño argentino.

Terremoto se condujo lamentablemente. Se cumplieron sus temores. A nada supo responder, porque las sencillas palabras del maestro le parecieron espantables rugidos!... Queriendo por magia lo que sólo se consigue estudiando, se hizo un nudo en el delantal, pues recordaba que su hermanita solía hacerlo en compañía de sus amigui-

tas, mientras murmuraba sin descanso: "Pilatos, Pilatos, si no paso, no te desato!"... Y no pasó...

Y, al comentar las incidencias del día, dijo el Abuelo a los victoriosos Raúl y Jorge:

—Muy a menudo los niños desaplicados y que olvidan el trabajo ordenado por la turbulencia sin sentido, consiguen victorias aparentes. Una pregunta demasiado fácil, una respuesta acertada por raro azar, una distracción del maestro examinador o su compasiva tolerancia: bastan... ¡Es peor para ellos, hijitos!... ¡Mucho peor!... Sus almitas se entregan al desenfreno y de grandes cometerán mil desatinos, porque confían en la casualidad. Una vez les sacó de apuros y creen que lo mismo hará mañana y pasado y durante toda la vida!... ¡Insensatos!... La derrota alecciona a los niños desordenados y desaplicados. Les demuestra que según es la siembra así será la cosecha, que la casualidad olvida a sus creyentes. Desead siempre, hijos míos, un premio proporcionado a vuestros merecimientos. Y conquistadlo con método, perseverancia y previsión.

Dispersión

¡La escuela ha cerrado sus puertas!

¡Y en sus patios, corredores y aulas, aun resuenan frescas voces, risas sonoras! Pero, es el eco de la agitada vida escolar.

¡La calle ha retomado su presa!...

Por tres largos meses, los niños vivirán de espaldas a la escuela. ¿Cuántos de ellos volverán? ¿Cuántos quedarán en el camino?

No te entristezcas, alma, por los niños que aprobaron el sexto año. Estos se desprendieron, natural, dulcemente, de la escuela para cumplir la misión que a todos nos aguarda en la vida!...

¡Y contempla, angustiada, a los niños que apenas gustaron el perfume de las flores del Saber y del Sentir y se ven ya marchando, a la deriva, por el mundo del trabajo que los embrutece o de la vagancia que los aniquila!

Esas son las víctimas que de año en año escolar quedan, tendidas, en el camino!... Y forman, ¡oh, desdicha!, muchedumbres...

Los amigos se han despedido de los amigos.

Unos volverán a encontrarse. Otros no se verán más. ¿Vivirán todos en el corazón de cada uno?

Se han despedido alegremente, gritando, y su alboroto appena, porque oculta el mañana. Sobre cada una de esas cabecitas, alocadas y adorables, pesa un porvenir. ¿Qué porvenir?...

¡Oh alma! ¿No te estremece la dispersión de tantos niños, a quienes durante meses y meses viste juntos bajo el ala protectora y fecunda de la escuela?

Y así, dejándose llevar por el rítmico vaivén de sus pensamientos, paseaba el Abuelo en compañía de sus almitas inseparables, Raúl y Jorge. Tristes estaban también nuestros amiguitos, y ellos, asimismo, seguían el hilo de sus pensamientos, que no eran egoístas, no, de vanidoso aleteo en torno de su victoria, porque, discípulos bien-amados del Abuelo, pensaban tanto en sí mismo como en los demás!

Ante la puerta cerrada...

El Abuelo no era egoísta, no guardaba para sí sus pensamientos. El interrumpiendo el silencioso paseo, dijo a sus amiguitos Raúl y Jorge:

—Ante la puerta cerrada de la escuela, deteneos un momento, hijos míos!... ¡No paséis de largo, indiferentes!... Ella se abrió amorosamente, para acoger millares de almitas blancas sin desbastar. Las recibió vírgenes, y las devuelve a la sociedad fecundadas. Llegasteis a la escuela, ignorándolo todo y salís de ella habiendo levantado una punta del velo que oculta a los dos hermanos, la Ciencia y el Arte, que conducen a la Humanidad por los múltiples senderos de la Vida.

—No seremos ingratos, Abuelo, contestaron espontáneamente, Raúl y Jorge.

—No se trata de ingratitud, hijitos, que ya os sé curados de tan pestilente defecto. Quiero que comprendáis. No debéis amar la escuela sólo por gratitud, sino también comprendiendo el inmenso bien recibido. Ante la puerta cerrada de la escuela, los niños que ya no han de volver, deben arro-

dillarse y orar: "Bendita seas, porque pensando en ti me serán más fáciles los pesares, más puras las alegrías, menos altos los obstáculos, de la vida". Y los niños que retornarán a ella deben arro-
dillarse y orar: "Bendita seas, porque pensando en ti, volveré más ágil, más fuerte, más obediente; porque, gracias a ti, alegre el corazón de mamita y aligero con gratas esperanzas el trabajo de mi padre"...

La escuela, hijos míos, ha de estar en vuestro cerebro y en vuestro corazón. En éste para amarla; en aquél, para comprenderla.

Hacedlo así, y la escuela, hado fiel y amable, os dará paz y alegría.

¡Madre - Escuela!

—No la améis románticamente, hijos míos — continuó el Abuelo.

—¿Cómo debe ser amada la escuela? — inquirió Raúl, el insaciable.

—De manera práctica y provechosa.

—¡Así lo haré yo! — dijo Jorge con resolución.

—¡Así deben hacerlo todos, Jorge, hijo mío!... Hombres conozco que no pierden ocasión de bombardear a la escuela con terribles discursos rememorativos y de homenaje, pero incapaces son de embellecerla o multiplicarla. ¡Adoradores románticos de la escuela!... ¡No paguéis con discursos floridos vuestra deuda!... La escuela, como madre virtuosa, se complace en el amor de sus hijos. A todos quiere por igual. A todos ansía estrechar entre sus brazos... ¡No pensasteis alguna vez, hijitos, en el dolor de una madre privada de tener a todos sus hijos, obligada a desprenderse de alguno de sus bienamados hijos?... ¡Este es el dolor y la tragedia de Madre-Escuela!... A todos sus hijos, los niños argentinos, quiere estrechar

y besar. Pero no todos llegan a ella. Como la pobre Cenicienta del cuento de hadas, es el niño argentino que no puede ver a su Madre-Escuela!... ¡Allanad el camino, hijos míos, derribad los obstáculos!... ¡Multiplicad las escuelas!... ¡Embelled las escuelas!

—¿Faltan muchas escuelas, abuelito? — interrumpió Raúl.

—¡Muchas!

—¿Y por qué no se construyen?

—Es una pregunta que me hago muchas veces, hijito.

—¿Y no tiene respuesta?

—Todo tiene respuesta, hijo... Y preguntas más difíciles que esa, también... No se construyen escuelas para todos los niños, porque hay padres muy ignorantes y otros indiferentes. Aquéllos, como no la conocieron, se figuran, ¡infelices!, que poca falta hace a sus hijos. Estos, ingratos, pasan absortos en sus mezquinas preocupaciones y cerrando la bolsa... ¡Cuando los padres quieren y pidan escuelas, las escuelas surgirán sin esfuerzo y sin dilaciones!... Sed así, en vuestra futura vida de ciudadanos: pedid escuelas, exigid escuelas. Y no os duela el dinero, porque Madre-Escuela paga en ciudadanía, en belleza, en virtudes, en trabajo inteligente, en hogares perfumados — bienes inapreciables — lo que cuesta a la nación!

El hogar de Raúl

Conversando amablemente, como era su costumbre, nuestros amigos se dirigían a la casa de Raúl, donde se había organizado una reunión familiar en honor de Raúl y Jorge. El Abuelo no necesitaba homenajes, porque vivía en el corazón de sus almitas y en el de sus padres.

La fraternal amistad de Raúl y Jorge había acercado y fundido a dos familias que antes se ignoraban. Se vieron a través de la venturosa sonrisa de sus hijos bienamados y se quisieron. ¿Podía ser de otra manera?

Raúl y Jorge, terminados los exámenes con la victoria, pasarán las vacaciones en el campo. La tristeza ensombrece sus frentes, encoge sus corazones, porque dejarán de oír los dulces y sabios consejos del Abuelo.

Por eso escuchan con más apasionada atención las palabras del bondadoso anciano, mientras se dirigen al hogar de Raúl, donde sus papás, vestidos de fiesta, les esperan con cariñosa impaciencia.

Ya han llegado y la paz del hogar serena sus conturbadas almitas. Y observan, con secreto orgullo, las efusivas manifestaciones de afectuosa gratitud con que sus papás reciben al Abuelo de venerable barba blanca. Y sonríen viendo sonreír al Abuelo, y sus ojos se iluminan fundiéndose en la llama de los ojos del Abuelo.

Una casita blanca, rodeada de flores, llena de luz y purificada por el aire: contiene el hogar de Raúl.

Es un hogar de paz y de serenidad. ¿No lo cantan así las flores, himno de primavera, y el suspiro del transeunte?

Y el Abuelo, rodeado de sus almitas y festejado, ¿no sonríe con expresión de inefable contento?

El dolor del Abuelo

En la serena paz del hogar de Raúl, el Abuelo se sentía feliz, aunque, a menudo, una sombra obscurecía su frente.

¿Qué pensamientos trabajaban en su cerebro, siempre activo?

¿Qué recuerdos acongojaban su corazón, siempre abierto?

No osaban interrogarle los papás de Raúl y Jorge, y éstos tampoco se atrevían.

Pero el bondadoso anciano, que se comprendía a sí mismo y comprendía y leía los pensamientos ajenos, habló así:

—¡Pienso en los desventurados que, persiguiendo quimeras, no construyen o deshacen su hogar!... Pienso en los hogares artificiales que leyes y costumbres bárbaras impiden reconstruir!... ¡Pienso en la miseria que invade hogares felices y torna la serena paz en desdichada turbulencia!... ¡Pienso en el vicio que estigmatiza hogares y los puebla de infelices retoños enfermos del mal de sus padres!... ¡Pienso en los hogares incendiados por

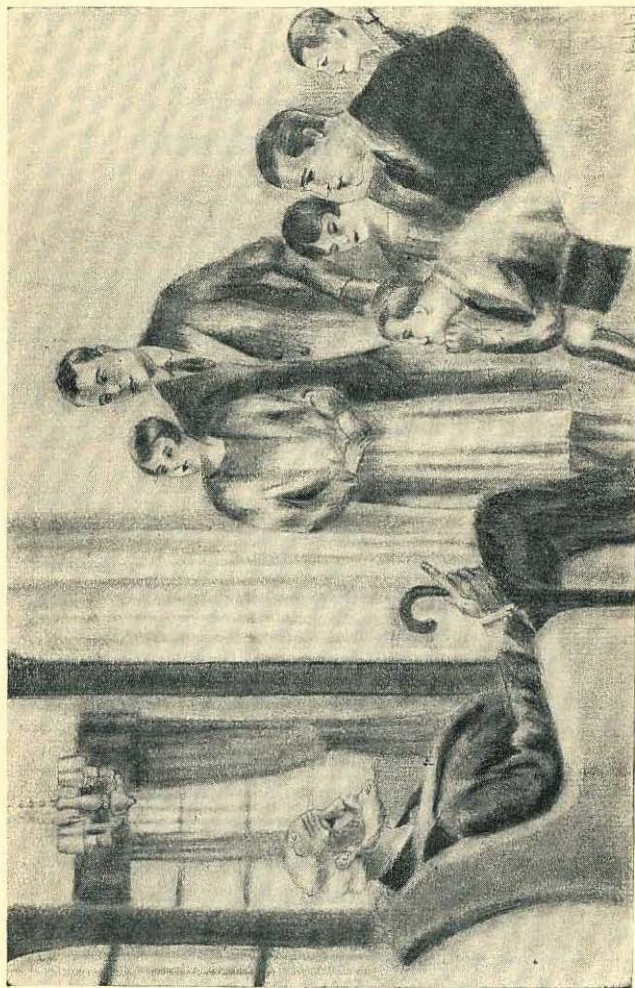
el alcohol!... ¡Pienso en los hogares donde la rutina y la superstición causan estragos!...

Y al hablar así, un gesto de dolor contraía los labios del Abuelo. Y continuó:

—Al pensar en ellos veo legiones de hombres y mujeres atormentándose mutuamente y legiones de niños que pagan en su cuerpo y en su espíritu la torturada vida de aquéllos... ¡Veo las causas y mi tristeza aumenta, porque tanto dolor podría ser ahorrado a la humanidad!...

—¿Cómo, abuelito? — preguntó el insaciable Raúl.

—¿Cómo?... Siempre tienes disponible un “cómo” y un “por qué”, hijo mío!... ¡Destruye la ignorancia y la injusticia, la superstición y el brutal egoísmo que encierra hogares en piezas infectas, la miseria y el vicio!... ¡Y sobre las ruinas podrás edificar millones de hogares dichosos, de dulce y serena paz!...



... Los ojos de una madre viven de luz prestada: de la luz que abrillanta los ojos de sus hijos... (Pág. 256).

Tres cantos del Abuelo

Y acariciando con la mirada a sus almitas Raúl y Jorge, el Abuelo continuó:

—¡Un hogar desventurado es la tragedia de todos los días y la mayor de las tragedias, hijos míos!...

Los niños son las flores del hogar y el porvenir del mundo. Son la alegría y la salud. Son el amor y la esperanza. Son la ilusión y el encanto. Son el beso que vibra intensamente en el corazón de la Mujer y la sonrisa que anima y fortalece al Hombre. Son la síntesis de un sueño convertido en realidad... Por eso, la tragedia de un niño que pierde sus virtudes, que se marchita en el hogar desventurado, es la mayor de las tragedias!...

Los ojos de una madre viven de luz prestada: de la luz que abrillanta los ojos de sus hijos. Nada hay en la vida tan grande, tan profundo y fascinante, como los ojos de una madre soñando a través de los ojos de su hijo. La vida es amor y una madre es todo el Amor, es abnegación y una madre es toda la Abnegación, es solidaridad y una madre es toda la Solidaridad!... Por eso, la tra-

gedia de una madre sin sonrisa de niño, sujeta como esclava a la tortura de un hogar desventurado, es la mayor de las tragedias!...

El corazón de un padre late ausente en sí mismo, porque vive en el corazón de sus hijos. Ama a la buena compañera de su vida, y madre de sus hijos. Si en el mundo hay un corazón fuerte para resistir los embates de emociones encontradas, éste es el corazón de un padre. Si en el mundo hay un ser capaz de trabajar hasta el agotamiento, este es el padre que anhela para su hijo una vida mejor. Bondadoso y curtido en la dura lucha vital, un padre amanece en su hijo y la juventud vuelve a él, vigoriza su alma cansada, si la flor infantil perfuma su hogar... Por eso, la tragedia del padre privado de revivir en sus hijos, que huye, sin oriente, del hogar desventurado, es la mayor de las tragedias!...

¡Es la triple tragedia del hogar y la tragedia máxima de la Humanidad, porque hiere de muerte su corazón!...

Con profunda tristeza fueron escuchadas las palabras del bondadoso anciano, quien agregó:

—¡Tenéis un hogar!... ¡Conservadlo, amigos míos, por vosotros y por estas dos almitas!... Un gesto, una palabra, un empecinamiento, una idea egoísta o cobarde, bastan para minar la serena paz del hogar. ¡Guardaos!... Los padres son compañeros que escogieron la misma senda en el laberinto vital y una luz les guía: el amor a sus hijos... ¡Sed compañeros tolerantes e inseparables y el hogar sin mancha será el premio de vuestra juventud y el apacible reparo de vuestra vejez!...

Vacaciones

Los padres de Raúl y Jorge quisieron demostrar cuánta era su gratitud, pero sólo les fué posible murmurar:

—¡Gracias, Abuelo!

Y el Abuelo, sonriendo bondadosamente, se levantó.

Había llegado el momento de la separación.

Raúl y Jorge querían llorar y se contenían, porque las lágrimas desplacían al buen anciano.

—¡Adiós, amigos míos!... ¡Adiós, hijitos!...
— dijo el Abuelo, y su voz temblaba. — Mañana os iréis al campo, a pasar las vacaciones veraniegas. ¡Quisiera acompañaros, pero no todos los niños de la ciudad son felices!... Os esperaré, hijos míos, buscando nuevas almitas blancas, perfumadas... Pensaré en vosotros y mi pensamiento os guiará... Me necesitaréis, porque durante las vacaciones podéis readquirir vicios hoy vencidos, pero no muertos.

Y sonriendo burlonamente a los dos amiguitos, completó así su pensamiento:

—No te rapas la cabeza y no te tumbes al sol, como rama desocupada, Jorge. No te encierres fuera del aire y del sol, como obcecado eremita, Raúl... Sed en el campo lo que erais ya en la ciudad: integrales, para que en vosotros se realice, en lo posible, el genial “Pensador” de Rodín...

Aprovechad las vacaciones para impedir que los primeros vientos desalojen de vuestras cabecitas los conocimientos, con tanta facilidad como si fueran hojas de otoño! Aprovechad las vacaciones para madurar el fruto de lo ya enseñado y hacer acopio de abono fresco donde puedan germinar las nuevas ideas y sentimientos que inquietan ya el cerebro y el corazón de vuestros maestros.

—Y de usted, abuelito, ¿verdad? — inquirió Raúl no sin cierta inquietud.

—También, hijos míos, también — consintió el Abuelo, sonriendo bondadosamente.

Pero con la condición de que escuchéis y aprendáis de memoria este consejo: durante las vacaciones los niños inteligentes cantan, juegan, trabajan, pasean, y aprenden multitud de cosas cantando, jugando, trabajando, paseando, sin fatiga mental y con provecho de su salud física.

Campo y Ciudad

—Fácil os será seguir mi consejo, hijitos — agregó el Abuelo, a quien la separación entristecía también y anhelaba gozar unos minutos más de apacible serenidad en el hogar de Raúl. — Entre los niños de la ciudad sois de los pocos que gozan del privilegio de abandonarla, en las vacaciones. ¡Y el precio es barato!...

Id al campo con el corazón alegre. Veréis la naturaleza en toda su virginal pujanza, dominante más que dominada.

No os burléis de los niños campesinos, de su rudeza. Ellos saben cosas que vosotros ignoráis, ellos conocen sensaciones fuertes que os maravillarán. ¡Sed sus compañeros, de igual a igual, hermanitos que se encuentran!

Infundid en ellos, la inquietud espiritual, nervio de la ciudad.

Aprended en ellos la paciente constancia, médula de la tierra.

El campo y la ciudad han de vivir en estrecha comunidad de ideas y sentimientos. El campo ali-

menta las ciudades. La ciudad entrega a los hombres de la tierra la herramienta que abre el surco y levanta sus chacras...

Fácil sería conseguirlo, si no mediaran la incompreensión y el egoísmo. El hombre quiere al hombre en cuanto se acerca a él y le comprende. Ignorarse: he aquí el tremendo peligro, el enemigo que ha torturado a la humanidad con guerras espantosas y con la persistencia de odios cimentados en arena!...

Si no mediaran la incompreensión y el egoísmo, los niños de la ciudad y los del campo serían los agentes de la obra fraternal. Campo y ciudad intercambiarían sus niños durante las vacaciones, fundiendo sus almas, uniéndose indisolublemente, porque el lazo que anudó mano de niño no se desata jamás!...

Otra es la realidad y ella es más fuerte, todavía, aunque no lo será siempre, que nuestros sueños. Y contentémonos, por hoy, con que mis dos almitas sean los heraldos del ideal!

—¡Nosotros los seremos también, Abuelo! — dijeron con decisión espontánea los padres de Raul y Jorge.

—¿Podríais dejar de serlo, mis amigos?

La separación

No dijo más el Abuelo. La tristeza venció su gran corazón.

Miró con ternura inefable a sus almitas y besándolas, murmuró:

—¡Adiós, hijos míos!... ¡Pensad en vuestro Abuelo y mi pensamiento volará a vosotros!...

—¡Abuelito, no nos olvide... espérenos!... — sollozaron Raúl y Jorge.

—Adiós, amigos míos — y el Abuelo, afiebrado, hablaba aprisa. — Vuestros hijos han sido mis ángeles de la guarda. A ellos les debo emociones inolvidables. ¡Con ellos he vivido horas de indescriptible ventura!... ¡Amadlos!...

—¡Con la sangre y la vida! — contestaron los padres.

—¡Y con el pensamiento! — completó el bondadoso anciano.

.....
Raúl y Jorge están inconsolables, abrazados a sus mamitas. El Abuelo se desprendió de la apacible serenidad del hogar, hundiéndose en las calles

de la ciudad tumultuosa y llena de misterios.
¿Adónde irá? ¿Quién escuchará ahora y comprenderá su bondadosa palabra?

¡Los inseparables, ¡oh, tristeza!, se separaron!
—¿Se volverán a encontrar?

CONCLUSION

Una vez, el Abuelo...

¡Ha terminado la larga y gloriosa jornada!...

La bondadosa imagen del anciano ha dejado huellas profundas en mi corazón!

¿Encontrará una simpatía igual en el corazón de los demás?

Ha sido para mí un genio adorable que, apareciéndoseme en sueños, ablandó mi pensamiento, modeló mi voluntad, vigorizó mi alma cuando las mortales horas de desaliento la torturaban!

¿Se aparecerá en el sueño de los demás?

Hijo de mi sentimiento, se apoderó de mis ideas para sembrarlas a todos los vientos!

¿Germinarán?

Ignoro si el eco de sus pasos resonará en el mundo, pero en mi mundo, y es él tan vasto como el universo, retumba con rítmica sonoridad!

Y, venciendo al tiempo, me presenta a mí mismo, sentado en el hogar, el hijo de mi hija en la rodilla, sonriendo y comenzando así la historia que nunca termina:

—Una vez, el Abuelo...





I.—El niño italiano	63
II.—Pietro	71
III.—Piedad	74

ÍNDICE

Pág.

IV.—La visión	76
V.—El alcohol	89
VI.—El día del sufragio	91
VII.—Un mal patriota	93
VIII.—1º de Mayo	95
IX.—25 de Mayo	98

CUARTA PARTE. — EDUCACION FISICA

I.—Kid Molinete	101
II.—Agua fría	114
III.—Pies grandes y cabeza pequeña	116
IV.—El campeón enmascarado	120
V.—La tristeza de Jorge	129
VI.—A la defensiva	131
VII.—Claridad	133

QUINTA PARTE. — EDUCACION INTELECTUAL

Y TECNICA

I.—La tierra	135
II.—Heroísmo	138
III.—El avión	141
IV.—Raúl, enfermo	146
V.—Raúl, convaleciente	148
VI.—La disputa	150
VII.—El niño prodigio	152
VIII.—Alma sana en cuerpo sano	165
IX.—La venganza de Jorge	167
X.—El mejor alumno	169
XI.—La alegría de vivir	172

SEXTA PARTE. — EDUCACION MORAL

I.—La madre	175
II.—Dolor de madre	177
III.—El hombre que murió en la calle	180
IV.—Las babuchas de Abu-Cassem	182
V.—Misericordia	190
VI.—La filantropía de Inocencio	192
VII.—Solidaridad	198
VIII.—La mendiga	200
IX.—Amad a los ancianos	203

X.—El pájaro herido	205
XI.—Libertad	207
XII.—Un caballo viejo	210
XIII.—Risa callejera	212
XIV.—Pequeñas causas	214

SEPTIMA PARTE. — EDUCACION ESTETICA

I.—La belleza	217
II.—Los dos hermanos	220
III.—Ciencia y Arte	228
IV.—Saliendo del Museo	230
V.—Iris, o la sentencia de los Hados	232
VI.—El palacio encantado	236

OCTAVA PARTE. — EL HOGAR

I.—Las últimas clases	239
II.—Caras pálidas	241
III.—Victorias y derrotas	243
IV.—Dispersión	245
V.—Ante la puerta cerrada	247
VI.—¡Madre Escuela!	249
VII.—El hogar de Raúl	251
VIII.—El dolor del Abuelo	253
IX.—Tres cantos del Abuelo	256
X.—Vacaciones	258
XI.—Campo y Ciudad	260
XII.—La separación	262

Conclusión:

Una vez, el Abuelo... .. .	265
----------------------------	-----

Láminas:

El faro	21
Inseparables	57
La visión	85
El campeón enmascarado	127
El niño prodigio	161
Las babuchas de Abu-Cassem	187
El palacio encantado	225
Tres cantos del Abuelo	255

PUBLICACIONES DE LA CASA

LECTURA

- 1^{er} grado. - "LUZ", por la Profesora Normal **Ramona Rodríguez de Castrillo**. - Para los alumnos que recién entran en la escuela.
- 2^{do} grado. - "CONVERSACIONES INFANTILES", por la Profesora Normal **Victorina Malharro**.
- 3^{er} grado. - "EL NIÑO ARGENTINO", por la Profesora **Rosa Fernández Simonin**.
- 4^o grado. - "ALEGRE DESPERTAR", por **Emma C. de Bedogni**.

GEOGRAFIA

Carlos H. Pizzurno. - Pequeño Atlas y Geografía de la República Argentina, compuesto de 26 mapas en colores trazados por su primer editor, el Prof. **Aquilino Fernández**, (Nueva edición puesta al día, notablemente corregida y aumentada).

GEOMETRIA

Aquilino Fernández. - Elementos de Geometría teórico-práctica para los niños.-(Nueva edición.)

DIBUJO

Cuaderno de Dibujo "EL ARGENTINO", por el Prof. **Aquilino Fernández** - Curso metódico, compuesto de 12 cuadernos.

F. CRESPILO, EDITOR

BOLIVAR 369

BUENOS AIRES